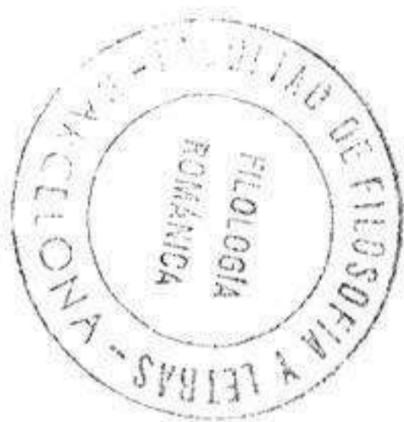


# EL ARGOT FRANCÉS

---



L'argot n'est autre chose qu'un vestiaire, où la langue, ayant quelque mauvaise action à faire, se déguise.

(V. HUGO.)

En todos los pueblos, tanto antiguos como modernos, y sobre todo cuando éstos han alcanzado un notable desarrollo, se observa la tendencia á formarse un idioma peculiar y secreto, que, teniendo por base el idioma oficial, se diferencia notablemente de él.

No entra en el propósito de sus formadores el dotarle de una gramática propia, pues ni les interesa para sus fines ni para ello tendrían aptitud. Bástales sólo poseer un léxico incomprensible para los no iniciados. Á la citada tendencia deben su origen las jergas de todos los países, que no son los respectivos idiomas oficiales, aunque de ellos conserven la gramática más ó menos adulterada, y que no se confunden tampoco con el lenguaje puramente técnico de ninguna ciencia ni arte.

Distinguen á estas jergas, hijas del pueblo y de toda clase de gente maleante, su limitación y su carácter secreto.

Las lenguas que á causa de los acontecimientos históricos se han extendido por diversas regiones del mundo tienen, necesariamente, mas de un *argot* (1); así no son enteramente iguales el argot francés y la jerga hablada en Bélgica, el *slang* (2)

---

(1) Los fundadores, ó al menos acrecentadores de esta jerga, se designan á sí mismos con el nombre de *argotiers* ó ladrones.

(2) Esta palabra significa *canto*.

de Inglaterra y el de los Estados Unidos de América, y mucho menos el *caló* de España y el de cada una de las naciones americanas que hablan el español, á pesar de proceder tanto el de la una como los de las otras de un solo tronco común.

Además de las mencionadas clases de *argot* hay otras, aunque de carácter más particular y reducido. En Francia hay un *argot* especial hablado en los teatros y otro, que no es otra cosa que una mezcla de francés é inglés, usado en las carreras de caballos (1).

Tanto el *argot* en Francia, como el *slang* en Inglaterra, el *bargoens* en Holanda, el *rothwelsch* en Alemania, el *hantyrka* en Bohemia, el *baïlabalan* en la India y el *caló* en España se valen de los mismos medios de expresión, resultando tan enérgicas é ingeniosas sus palabras y frases, que compiten muchas veces con las del idioma oficial.

Los procedimientos de formación de que se sirve el *argot* francés son: voces del francés clásico y de los idiomas antiguos y modernos; la transformación por medio de la prótasis, epéntesis, metátesis, apócope y síncope; una marcada preferencia por ciertos diptongos nasales, por determinadas sílabas sibilantes y por algunos sufijos; el cambio de significación en aquellas voces que no ha transformado, ó sustitución arbitraria de una palabras por otras; el empleo de tropos é imágenes, los juegos de palabras, los anagramas, las ironías, las abreviaturas y todo cuanto pueda crear una fina fantasía.

Emplea el *argot* á cada momento la alegoría y la metáfora, que son sus principales elementos.

Se diferencia notablemente esta jerga de sus congéneres de otros países en que, á diferencia de ellos, ha sabido generalizarse entre las clases más elevadas de la sociedad, siendo acogida tanto en el libro como en el periódico, pudiendo decirse que es éste el rasgo característico que la separa de las demás.

Víctor Hugo la califica de atrevida, inquieta, turbulenta y

(1) Este *argot* recibe el nombre de *baragouin*.

poética, y Nodier de rebosante de ingenio. Balzac, E. Sué, Victor Hugo, Zola y otros muchos ingenios modernos le han dado hospitalidad en sus obras ó han ensalzado sus cualidades. También ha merecido la atención de escritores tan notables como Montaigne, Vidocq, Vitu, Larchey y otros que la han dado á conocer por medio de estudios especiales y particularmente por medio de diccionarios.

No debe confundirse tampoco el *argot* con la *langue verte*, hablada exclusivamente por ladrones y presidiarios, ni con el *javanais* ni el *largonji*, jerga esta última hablada por los carniceros de París.

Muchas son las opiniones propuestas para explicar el origen etimológico de la palabra *argot*; pero en realidad ninguna ofrece verdaderas pruebas de certeza.

Según Furetière, viene dicha palabra del nombre de la ciudad de Argos, porque el *argot* encierra cierto número de voces griegas. Esta etimología no creemos que pueda tomarse en serio.

También se ha dicho que *argot* se deriva de Ragot, famoso belitre del tiempo de Luis XII. Esta explicación no es más plausible que la anterior. La palabra familiar *ragot*, que significa charlatanería, no tiene ninguna relación de sentido con *argot*, lenguaje misterioso para uso de cierta clase de individuos. Es aún menos admisible pretender, como se ha hecho, que *argot* viere del latín *ergo* (pues), palabra que no era casi conocida fuera de las escuelas, como también que *ergoterie* se decía *argoterie*, y de la cual, según Mr. Cousin, se ha formado *argutie*. Ninguna de estas etimologías tiene fundamento sólido.

La siguiente, que propone Mr. Génin, nos parece la más racional, pues se adapta por completo al sentido mismo de la palabra *argot*, siendo esto la más segura prueba de una buena etimología. Argot no sería otra cosa, según él, que una alteración de la palabra *jargón* (1) (en italiano jergo), que tiene la misma significación. Jergo sería un derivado del griego

---

(1) Esta palabra se usa hoy por los judíos españoles de Oriente para designar el castellano arcaico y corrompido que hablan.

ἱερός (sagrado). El *argot*, lo mismo que el *jergo*, sería, pues, de hecho y literalmente una lengua sagrada, conocida sólo por los iniciados é ininteligible para los profanos. Lenguaje peculiar á los malhechores y á todos los individuos que tienen interés en comunicarse sus pensamientos sin ser comprendidos por aquellos á quienes temen.

Víctor Hugo dice, hablando del *argot*: « Que se consienta en ello ó no, el *argot* tiene su sintaxis (1) y su poesía. Es una lengua. Si en la deformidad de ciertos vocablos se reconoce que ha sido chapurreada por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias se reconoce que Villon la ha hablado. Es toda una lengua en la lengua, una especie de excrecencia enfermiza, un injerto malsano que ha producido una vegetación, un parásito que tiene sus raíces en el viejo tronco galo y cuyo follaje siniestro trepa sobre todo un lado de la lengua. Y según que la excavación en ella practicada sea más ó menos profunda, se encuentra en el *argot*, debajo del viejo francés popular, el *provenzal*, el *español*, el *italiano*, el *inglés*, el *alemán*, el *rumano*, el *latín*, en fin, el *vasco* y el *celta* .. Formación profunda y rara, edificio subterráneo construido en común por todos los miserables, cada raza maldita ha colocado su capa, cada sufrimiento ha dejado caer su piedra, cada corazón ha dado su guijarro. Una multitud de almas malvadas, bellas ó irritadas, que han atravesado la vida y han ido á desvanecerse en la eternidad, allí están casi enteras y en cierto modo visibles aun bajo la forma de una palabra monstruosa ».

El origen del *argot* remonta á la formación misma de las sociedades, á la época en que se estableció la distinción de la propiedad, y en que *lo tuyo* y *lo mío* han hecho su entrada en el mundo.

*Propietario* y *ladrón* son dos términos desgraciada y fatalmente correlativos. El uno adquiere por el trabajo, el otro quiere gozar sin trabajar. Desde que los ladrones se organizaron en corporaciones, estas corporaciones tuvieron necesariamente un lenguaje suyo; sin embargo, no tenemos sino vagas noticias sobre el *argot* primitivo.

(1) Sólo V. Hugo lo sostiene, y negado por los demás autores.

Nuestro argot francés parece datar del siglo XIV al XV, época en que asociaciones de vagabundos y gente de mala vida infestaban á París y encontraban un refugio seguro en las callejuelas sombrías y estrechas, llamadas *cours des miracles*. Algunos autores pretenden que no se puede descubrir nada respecto al *argot* antes del año 1427 (1), época de la primera aparición de los gitanos en París, y de ello concluyen que fueron los que suministraron los primeros elementos. Sauvage asegura que la fundación del lenguaje argótico se debe á escolares y alumnos libertinos. Otros pretenden que este lenguaje era el mismo que el que convinieron entre ellos los comerciantes buhoneros que recorrían las ferias del Poitou; pero no tardó en ser enriquecido y perfeccionado por los ladrones y rateros. Aunque su origen no está completamente comprobado, está, sin embargo, probado que primitivamente el *argot* estaba en uso más bien entre los mendigos que entre los ladrones. Estos últimos no empezaron casi á usarle hasta mediados del siglo XVII. La lengua *argótica* se enriqueció mucho desde que la adoptaron, pues teniendo nuevas necesidades, tuvieron necesidad de crear un gran número de palabras. Formado por hombres que vivían en estado de revolución abierta contra las leyes y las costumbres, pero dotados de inteligencia, de talento y de una gran fuerza de carácter, el *argot* brilla generalmente por lo pintoresco y la energía de la expresión, á menudo por la profundidad del pensamiento. «Pero como los extremos se tocan—dice el *Journal Encyclopedique*,—al lado de ciertas expresiones aterradoras de energía se encuentran otras encantadoras de dulzura y de gracia: es el Carnaval del pensamiento.» Esos hombres habituados á despreciar la muerte, á la cual se exponen sin cesar, hacen de ella el objeto continuo de sus burlas. Así, en otro tiempo, la horca era llamada *sans feuille, chanterelle, jambe en l'air, la veuve* (ser ahorcado era *épouser la veuve*), lo mismo que en nuestros días la guillotina es llamada *l'abbaye de Monte-à-regret*, expresión que ya había sido empleada para designar el patíbulo. La muerte es la *camarde*, la *carline*; un muer-

(1) El día 17 de Agosto.

to, un *refroidi*; la sangre, *du raisiné*; matar á alguien es *refroidir*. La costumbre del crimen ha ahogado en ellos el remordimiento; así, llaman á la conciencia la *muctte*; pero por un capricho inexplicable, la *cour d'assises*, su enemiga natural, es llamada la *juste*. Sin embargo, de ordinario, las personas ó las cosas que pueden estorbarles en el ejercicio de su profesión son el objeto de su desprecio: por ejemplo, la luna es la *moucharde*, la *cafarde*; el abogado general, el ministerio público, es el *grand bêcheur*; un capataz de presidio, *rien*.

Pero lo que extraña en gentes de esta especie es la creación de expresiones que suponen pensamientos más profundos que los que les ocupan ordinariamente; he aquí algunos ejemplos: la cabeza, el asiento del pensamiento, mientras está sobre los hombros se llama la *sorbonne*, pero desde que se separa del cuerpo ya no es más que *une tronche*, que un cuerpo inerte como el tronco de un árbol.

Los *argotiers* llaman á los zapatos viejos *philosophes* y á la miseria *philosophie*. La sátira también se trasluce á menudo en sus discursos: *menteuse* es uno de los nombres de la lengua en *argot*; *tour de Babel* designa la Cámara de los Diputados.

¿Hay algo más expresivo que la palabra *sucelarbin* (larbín significa criado) empleada para designar á los directores de agencias de colocaciones, que arrebatan hasta el último maravedí de los criados que se ven forzados á dirigirse á ellos para encontrar ocupación?

La palabra *ogre* ¿no está también admirablemente escogida para designar á un agente de reemplazo, un usurero, un banquero? Pero lo que más abunda en este lenguaje es el sentido figurado. El bolsillo es *la profonde*; los dientes son *dominos*; un colchón, *une galette*; el juez de instrucción, *un curieux*; los alfileres, *piquantes* ó *têtues*; el corazón, *le palpitant* ó *le battant*; la llave, *une tournante*; las botas, *tuyaux de poêle*; las piernas, *fil de fer*, *quilles*, *fumerons*, *flageolets*; la paja, *la plume de Beauce*; la pluma, *une brodeuse* ó *une babillarde*; el reloj de bolsillo, *une toquante* ó *une bogue*; una llaga, *un abreuvoir à mouches*; la mezcla de toda clase de manjares, *un arlequin*.

Pobre en la expresión del lenguaje ordinario, el *argot* es rico cuando se trata de expresar crímenes, malas acciones,

como matar, robar, etc.; entonces los sinónimos abundan; tiene hasta palabras para expresar crímenes contra naturaleza, de los cuales cuesta trabajo suponer la posibilidad. Pero si se trata de hablar de virtud, de acción honrosa, carece de todo, ó no habla de ello sino con desprecio; así *goupiner*, *goupineur* es trabajar honradamente, es el obrero honrado; pero el verdadero trabajo para el *argotier* es el robo, es el asesinato; he ahí lo que él llama *travail*, *travailler*. Quiere, por casualidad, designar algunas ceremonias religiosas; se ve obligado á recurrir á perífrasis y aun no siempre lo consigue: el bautismo es *le truc de la morgane et de la lance*, es decir, la ceremonia de la sal y del agua. Para todas las palabras que no existen en *argot* es obligado recurrir á la lengua francesa. La sintaxis de este singular lenguaje no difiere de la del francés; así esta frase: *l'inspecteur général des prisons de Paris est entré dans ma chambre*, debe traducirse así: *le grand Condé des collèges de Pantin est enquillé dans ma tolle*. Esta otra frase: *la guillotine m'attend, qu'on me coupe le cou; j'ai assassiné sur le grand chemin*, se expresaría por las siguientes palabras: *l'abbaye de Monte-à-regret m'attend, qu'on me fauche le colas; j'ai fait suer le chêne sur le grand trimar*.

Es indudable que los ladrones de la antigüedad tuvieron un *argot* como los de nuestros días. Las mismas necesidades engendran los mismos medios de cubrirlas. Pero la historia y la poesía antiguas no nos han dejado nada de las hazañas ni del lenguaje de los Cartouches y de los Mandrins de Atenas y de Roma, nada de los grandes hombres desconocidos, *quos fama obscura recondit*, como dice Virgilio.

La historia y la poesía de la Edad Media se han mostrado menos puristas, pues los escritos de este tiempo están esmaltados de palabras argóticas, y desde entonces el *argot* ha ido siempre perfeccionándose, enriqueciéndose y generalizándose.

El *argot* se había elevado en el siglo XV hasta el tono de la literatura, testigo *Les Deux Testaments*, del famoso poeta de aquel tiempo, François Villon, ladrón de profesión, así como su *Jargon* y sus *Repues franches*, poesías escritas en *argot*, las cuales habían obtenido la admiración del célebre

Clément Marot, como se puede ver en el prefacio puesto á la cabeza de su edición de las obras de este *argotier* famoso. La *Légende de maître Pierre Faiseu*, por el *argotier* Bourdigné, no es menos curiosa en este género.

Mr. Moreau-Christophe dice hablando de la jerga que nos ocupa: «El *argot*, siendo el idioma de la corrupción, se corrompe aprisa él mismo. Además, como procura siempre ocultarse, tan pronto como se siente comprendido, se transforma. Así, el *argot* se va descomponiendo y descomponiendo sin cesar. Cartouche hablaría hebreo para Lacenaire. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga, como los hombres que las pronuncian. Sin embargo, de tiempo en tiempo, y á causa de ese movimiento mismo, el antiguo *argot* reaparece y se vuelve nuevo, enriquecido con expresiones siempre pintorescas, sutiles, enérgicas, ingeniosas.

«El *argot* (1), viviendo sobre la lengua, usa de ella á su antojo: de ella toma al azar, y se limita á menudo, cuando la necesidad surge, á desnaturalizarla sumaria y groseramente. No siendo bastante rico, por rico que sea, para traducir cada palabra de la lengua madre por una palabra correspondiente, se limita á añadir, en este caso, á la palabra francesa una «especie de cola innoble», una terminación en *aille*, en *orgue*, en *iergue* ó en *uche*. Ejemplo: *Vouziergue trouvaille bonorgue ce gigotmuche? Trouvez-vous bon ce gigot?* Frase dirigida por Cartouche á un carcelero á fin de saber si la suma ofrecida por su evasión le convenía.

La terminación en *mare* es hoy día muy usada. Se ignora, por ejemplo, la palabra que en *argot* corresponde á *perruquier*; se dirá *perruquemare*.»

El *argot* abunda en palabras figuradas de todo género, «palabras inmediatas, creadas no se sabe dónde ni por quién, sin etimología, sin analogías, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, algunas veces horrorosas, que tienen una sin-

(1) En Alemania los ladrones le han dado el nombre de *kokamloschen* (lengua diestra), del hebreo *loschen*, lengua, y *hanam*, sabio, diestro.

En Portugal recibe el nombre de *calao* y en Italia *furbesco*.

gular fuerza de expresión. Idioma abyecto, que corre entre el fango; vocabulario pustuloso, del cual cada palabra parece un anillo inmundo de un monstruo de la vasa y de las tinieblas. Parece, en efecto, ser una especie de horrible bestia hecha para la noche, que se acaba de arrancar de su cloaca. Se cree ver una horrible maleza viviente y erizada, que tiembla, se mueve, se agita, se vuelve á la sombra, amenaza y mira. Tal palabra se parece á una garra, tal otra á un ojo extinguido y sangriento, tal frase parece remover como una uña de crustáceo.

Todo eso vive con esa vitalidad inmunda de las cosas que se han organizado en la desorganización...» (V. Hugo.)

Para que nuestros lectores se formen idea del *argot* común á los obreros de París, ponemos á contiguación el siguiente ejemplo:

La escena tiene lugar en las oficinas de policía, donde un obrero es llamado á declarar como testigo.

«Mon président, le temps était beau; j'étais à la campagne, où je me *promenais en menuisier*.

LE PRÉSIDENT: Que voulez-vous dire?

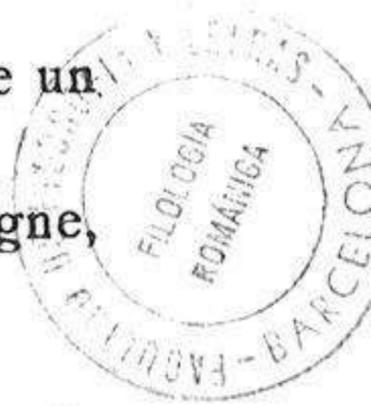
LE TÉMOIN: Que je me *promenais avec ma scie* sous le bras.

LE PRÉSIDENT con aire asombrado: Mais vous êtes fondeur en cuivre?

LE TÉMOIN: Avec ma scie sous le bras, c'est-à-dire avec ma femme. » (Rires étouffés dans l'auditoire.)

Existe también el llamado *argot* de los cómicos, ya citado, y del cual daremos algunas noticias para completar este trabajo.

Se sabe que las corporaciones, los cuerpos aislados, los talleres, tienen tendencia á hacerse una lengua para su uso. El *argot* de los cómicos parece haber formado una lengua completa, si se atiende al testimonio de Mlle. Dumesnil. « En esta época, dice en sus *Mémoires* hablando de la juventud de Mlle. Clairon, los cómicos tenían aún un *argot* como los ladrones. Para preguntar: *Combien paye-t-on pour entrer à la comédie?* Se decía: *Combien rafle-t-on de logagnes pour allumer la boulevétade?* La troupe se llamaba *la banque*. Este



idioma comprendía poco más ó menos todo lo que se dice en francés. Prévile conocía á fondo este *argot* de los cómicos de los siglos XVII y XVIII. Hoy día los cómicos no tienen ya palabras especiales para reconocerse, pero conservan el *argot* propio de su profesión. A más de este *argot* del pequeño y gran mundo, hay también lenguajes convencionales empleados en ciertas reuniones cuyos miembros no quieren ser comprendidos. Así, había en la segunda mitad del siglo XVIII, en el café *Procope*, un cenáculo compuesto sobre todo de gentes de letras y filósofos, entre los cuales estaban Piron, Voltaire, Diderot, Lamotte, Boindin, Marmontel, Naigeon, etc. Se hablaba de literatura, política, y sobre todo de filosofía y religión. Así, los asiduos concurrentes habían convenido para hablar más libremente en designar el *alma* bajo el nombre de *Margot*, la *religión* bajo el de *Favotte*, Dios bajo el nombre de M. de l'Étre, etc.

Un día que Diderot tenía desde hacía dos horas á todos los concurrentes bajo el encanto de su palabra, un hombre que sospechaban que fuese de la policía se acercó y les dijo: « Messieurs, quel est donc ce M. de l'Étre, dont vous dites tant de mal?—C'est un agent de police », responde Diderot mirándole fijamente.

Para terminar, y como prueba de la literatura argótica, daremos á conocer un trozo de prosa y otro de verso, después de lo cual haremos algunas observaciones sobre el vocabulario de la jerga que nos ocupa.

He aquí el trozo en prosa:

Lettre d'un assassin à des complices: Un suage est à maquiller la sorgue dans la tolle du ratichon du pacquelin; on peut enquiller par la venterne de la cambriolle de la larbine, qui n'y pionce quelpoique; on peut pésigner et tourtouser le ratichon et sa barbine, en leur bonnissant qu'ils seront escarpés s'il y a du criblage; on peut aussi leur faire remoucher les bayafes: alors le taffetas les fera dévider et tortiller la planque où est le carle. Le vioque a des flaculs pleins de billes; s'il va à Niort, il faut lui riffauder les paturons.

TRADUCTION. Un coup est à faire dans la maison du curé du pays; on peut entre par la fenêtre de la chambre de la ser-

vante, qui n'y couche jamais; on peut saisir et lier le curé et la bonne en leur disant qu'ils seront assassinés s'il y a des cris; on peut aussi leur montrer les pistolets: alors la peur les fera parler et indiquer le lieu où est l'argent. Le vieux a des sacs pleins d'argent; s'il le nie, il faut lui brûler les pieds.

He aquí el trozo en verso:

## PARODIE DES COMMANDEMENTS DE L'ÉGLISE

### Argot.

Les fêtes tu t'empoivreras,  
Avec ta largue, au tapis-franc.

Les dimanches tu grinchiras,  
Dans les tolles, bogues et ployants.

Paumé, point ne mangeras,  
Dans le taffe du gerbement.

Mercure seul tu adoreras,  
Comme dabe de l'entrollement.

En bachasse tu pegrenneras,  
Jusqu'au jour du decarement.

Tous les luis tu poisseras,  
Pour vivre et picter chenûment.

### Traduction.

Les fêtes tu t'enivreras.  
Avec ta femme, au cabaret des voleurs.

Les dimanches tu voleras,  
Dans les maisons, montres et portefeuilles.

Arrêté, tu n'avoueras rien,  
Dans la peur d'un jugement.

Mercure seul tu adoreras,  
Comme dieu du vol.

Aux galères tu mourras de faim,  
Jusqu'au jour de l'évasion.

Tous les jours tu voleras,  
Pour vivre et boire bien.

Hemos indicado al principio que el *argot* ha tomado palabras de otras lenguas, tanto antiguas como modernas, constituyendo esto uno de sus elementos de formación y que por ser el más raro será el único de que nos ocupemos.

Del griego ha tomado algunas voces, entre otras, *lartonnier*, *artie*, *artif*, *artón*, panadero, pan, de ἄρτος. *Gessier*, estómago, de γαστήρ.

Del hebreo: *Cleb*, perro, de *kêlhêbh*.

Del italiano: *Gambettes*, *gambille*, *gambiller*, *gambillade*, *gambillage*, *gambilleur*, *gambillotte*, *gambriade*: de *gamba*, piedad. *Fassolette*, pañuelo: de *fazzoletto*.

Del inglés: *Sollir*: de *to sell*. *Flirteur*, amante, novio, galanteador: de *flirt*. *Glace*, *glacis*, vaso: de *glass*. *Glovèces*, guantes: de *glove*. *Higlif*, la gente distinguida: de *high life*. *Hisser*, silbar, de *to hiss*.

*Stores*, párpados: de *store*, persiana. *Fish*, rufián, chulo, pincho: de *fish*, pez.

Del ruso: *Galoubet*, *goualante*, *goualer*, *galouser*, *gueulée*, *gueuler*: de *golosse*, voz. *Cé*, plata: de *serhebro*.

Del español: *Foutaise*: de *futesa*. *Barberot*: de *barbero*. *Moukère*: de *mujer*.

Del alemán: *Vase*, agua, *wasser*. *Schloffer*, dormir: de *schlafen*.

Del sueco: *Gosse*, *gosselin*, *gosseline*, muchacho, muchacha: de *gosse*.

Del gitano: *Romanichel*, *romanigo*, gitano: de *romanó*. *Bichonnet*, barba: de *chon*.

Aunque otros muchos ejemplos pudieran citarse, creemos suficientes los que anteceden para dar idea de las muchas voces que el *argot* ha tomado de otras lenguas. Tiene también gran analogía con ellas en la formación de sus frases, sobre todo con el castellano. Así, por ejemplo, la frase de caló *Fulano llevó sus alhajas en casa de su tío* se traduciría en *argot*: *Un tel porta ses bijoux chez sa tante*; es decir, las empeñó. Y como ésta, pudiéramos citar muchas otras en las que la analogía no es menos evidente.

ANTONIO BALBIN Y VILLAVERDE.

# LA AGRICULTURA Y 'EL QUIJOTE,'

---

Es el *Quijote* un libro de tal pluralidad de conocimientos, que todo hombre encuentra en él algo que aprender.

CONDE DE FRANCO.

Precediendo opinión tan autorizada como la del sabio catedrático que fué del Instituto de segunda enseñanza de Salamanca, séanos permitido, siquiera como simple ensayo, exteriorizar las opiniones del inmortal Cervantes acerca del estado de la agricultura patria en las postrimerías del siglo XVI y á principios del XVII, aplicando sus sabias doctrinas á los modernos tiempos.

En el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote*, y bajo la forma de un sublime y elocuente elogio de la libertad, nos presenta el cautiverio como *el mayor mal que puede venir á los hombres*. Esta tiranía, que en sentir de los geopónicos antiguos (1) era la causa primordial de que el obrero agrícola fuese escarnecido y vilipendiado, se remediaba más tarde con la libertad individual mediante la abolición de la esclavitud; pero no sucedió lo propio con el canon frumentario, ni con las tasas y levadas que, si no bajo forma tan denigrante y aflictiva como durante la dominación romana, que les dió origen, están hoy representadas por las múltiples gabelas que, desconsiderada y progresivamente, agobian la producción agrícola y cual red de tupida é inquebrantable mella tiraniza al labrador, mermando sus mezquinos rendimientos é impidién-

---

(1) *Informe sobre la Ley agraria*, de D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

dole la aplicación de sus individuales iniciativas por la supresión del *libre cultivo*, que le facultara, armonizando sus fuerzas productoras, para obtener mayor beneficio, que compensara, siquiera en parte, sus cuantiosos dispendios, frecuentes privaciones y constantes fatigas.

No pasó tampoco desapercibida para Cervantes la influencia del *absentismo rural*, verdadera plaga, que si ha concentrado en los grandes centros de población enormes masas humanas que luchan por una mezquina existencia. deja el campo exánime en brazos é inteligencias que aplicadas á la producción agrícola como fuente primordial de la riqueza de las naciones producirían una tan rápida como descada regeneración; por esto Cervantes presenta contrahechas, enfermizas y vacilantes las figuras simbólicas de la Agricultura y Ganadería españolas.

En el referido capítulo LVIII y los dos siguientes, al indicar la decadencia mercantil é industrial, hace notar también los perniciosos efectos que sobre éstos y la agricultura producían en su época la superstición, la rutina. «Levántase, dice, uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si se hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese á casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa y derrámasele á él la melancolía por el corazón... El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo.» Dedúcese á las claras la conveniencia de practicar lo del herrero legendario: «á Dios rogando y con el mazo dando.» Cuando la pertinaz sequía asola los campos, la helada los quema y el pedrisco los destruye, no basta mirar al cielo y observar la probable repetición de estos meteoros, se hace preciso buscar los remedios que la ciencia indica: la repoblación de los montes, el encauzamiento de las grandes masas de agua que, sin ser aprovechadas, ruedan por infecundos cauces; el cañón granífugo y la perfección en las labores mediante la moderna maquinaria, son prácticas que pueden prevenir tamaños males.

Vemos, pues, que, sin más que esbozar algunas de las atinadísimas observaciones que el *Quijote* contiene, no es gra-

tuita la afirmación que encabeza estas líneas, pues hasta el agrónomo se persuade de que los obstáculos que hay necesidad de remover para favorecer el progreso agrícola apenas han sufrido variación desde Cervantes hasta nuestros días; aminorada la ignorancia, destruído el despotismo, poniendo trabas legales al absentismo rural, disminuyendo gradualmente la excesiva tributación y con un poco de caridad, ya que no de franca protección de nuestros Gobiernos para nuestra escualida agricultura, se lograría su pronta regeneración, base principal de la prosperidad de España.

JAIME F. CASTAÑEDA.

---



# ALGUNAS CONTESTACIONES

PARA

## EL AVERIGUADOR POPULAR DE «EL LIBERAL»

XII

### 528.—La piedra filosofal.

(Estudio histórico-crítico.)

I

LA PIEDRA FILOSOFAL EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

La piedra que llaman Philosopal  
Sabía facer y me la enseñó;  
Facímosla juntos, después solo yo,  
Con que muchas veces creció mi caudal.

*El Tesoro.*

I

En un curioso documento conservado en el Archivo general de Simancas, dando cuenta detallada de los efectos que el emperador Carlos V de Alemania y I de España dejó en Yuste al morir, y que fueron elegidos por su hijo para que no se vendieran y se guardasen, figura ante todo *La piedra Filosofal*, encabezando larga lista de objetos avalorados nada menos en « un cuento novecientos y cuarenta y cinco mil y doscientos y doce mrs., sin las cosas que va dicho, que no

están tasadas, y otras que tiene S. M. que no ha pagado » (1).

¿Qué piedra sería, pues, esa llamada tan pomposamente « filosofal », que en nuestros días, en que andan tan adelantados los estudios litológicos, no se halla descrita en ninguno de sus tratados?

El oro es el gran motor de la humanidad: por él suspira el hombre desde que dió con ese poderoso metal, por él piensa y se agita, por él crea y descubre, y por él, en una palabra, trabaja, inventa, emigra y progresa, y hasta se hace esclavo y odioso y se vuelve malo á fuerza de codiciar y, perece. ¡Todo por el oro!...

Siendo el hombre codicioso desde abolengo, se comprende que en la Edad Media,—época en que sólo dominaban en la humanidad las pasiones mezquinas y egoístas tan propias de la ignorancia, — los misteriosos alquimistas se entregasen con indecible afán al ímprobo trabajo de descubrir la fabricación artificial del oro para hacerse ricos, creyendo en la transmutación metálica. Así es que la piedra Filosofal de que tanto se hablaba en aquellos tiempos, no es otra cosa sino esa deseada aleación mineral hábilmente preparada y capaz de hacer transformar en oro purísimo grandes porciones de plata, hierro, azogue, etc., al « encarcelarlas en Atanot » (2) con pequeña cantidad de dicha admirable piedra, según el decir de los alquimistas.

(1) EFECTOS DEL EMPERADOR EN YUSTE, ELEGIDOS POR SU HIJO D. FELIPE II:

*Cámara.*

<i>La piedra Filosofal</i> .....	7.500 mrs.
Un cofrecito de plata. ....	11.250 »
Una bolsa de sirgo morado con retrato.. ....	11.250 »
Una bolsa con un retrato de la Duquesa de Parma.....	1.500 »
Un librito de oro con retratos.....	21.957 »

.....  
D. Modesto Lafuente inserta íntegro este documento en los Apéndices de su *Historia general de España*.

(2) Horno de ladrillos de que se servían los alquimistas para sus operaciones.

Mas no están acordes los iniciados en el Arte hermético, con respecto á la proporción ó cantidad de piedra Filosofal que se necesita para transmutar en oro una masa de metal dada al efecto, puesto que mientras unos dicen que sólo pueden transmutarse dos, tres, cinco, diez veces el peso de la piedra Filosofal empleada en la operación, y otros aseguran hasta treinta, cuarenta y aun cien veces, no faltan alquimistas menos modestos que nos hablan ya de mil y cien mil veces el peso de la citada piedra, y hasta los hay que se remontan nada menos á un millón.

Así, pues, se comprende fácilmente que *la piedra Filosofal* que como oro en paño guardaba en su cámara el afortunado emperador Carlos V,—tal vez para pagar, cuando se transmutara en oro, « las cosas que no había pagado »,—sería sin duda el parto de algún alquimista alucinado ó embaucador, con la cual quiso agraciar á S. M. I., comprendiendo que andaba algo escasa de dinero.

Ya en el *Libro del Tesoro*, tratado de Alquimia escrito en verso y atribuído sin razón ni fundamento á D. Alfonso X (1), cuando á lo sumo data de mediados del siglo XV, principia el desvarío de nuestros literatos alquimistas, ó quizá literatos socarrones solamente, escribiendo en clase de composiciones. En la citada, el autor habla con brevedad de sus predecesores en el Arte transmutatoria, y nos dice con cierto misterio y en palabras encubiertas, desde luego, la manera de hacer la piedra Filosofal. He aquí algunas octavas de ese famosísimo libro para que el lector pueda hacerse cargo de su valor alquímico y poético:

---

(1) Si ese sabio Rey hubiese sabido hacer la piedra Filosofal, no hubiera andado tan apurado de medios, ni se hubiese visto obligado á acuñar moneda de plata y cobre de baja ley y de menos peso que de ordinario, con lo cual irritó tanto á su pueblo, ni el P. Mariana hubiera escrito en su *Historia*, hablando de dicho monarca: « Nada más le aquejaba que la falta de dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. » (Cap. V, lib. XIV.)

## LIBRO DEL TESORO

*(Códice de Sevilla.)*

## I

Llegada la fama á los mis oídos,  
 que en tierra de Egipto un sabio vivía  
 con tanto saber que facer podía  
 presentes los casos que no eran venidos.  
 Los astros juzgara, ca estos movidos  
 por disposicion del cielo, fallaba,  
 los casos que el tiempo futuro ocultaba,  
 bien fuesen presentes antes entendidos.

## 6

Tuve diversos estudios de gentes  
 de varias naciones, mas no que en tal caso  
 de los Caldeos fice yo caso  
 ni de los Árabes, nación diligente,  
 Egypcios, Siriacos, y los del Oriente  
 que el Arido havitan, y los Sarracenos  
 ficieron mi obra é versos tan buenos (1  
 que honran la parte de nuestro Occidente.

## 17

Tomad el mercurio así como sale  
 de minas de tierra con mucha limpieza,  
 psadlo por cuero por la su pureza,  
 porque más limpieza que questa no cabe  
 haced que su peso á tanto se iguale  
 con onzas doce al dicho compuesto,  
 en vaso de vidrio después sea puesto  
 con otra materia, ca otra no vale.

## 35

En vaso de barro aquesta metedla  
 que tenga cubierta de oro cual él,  
 como cazuela, y de este y de aquel  
 ca junta con lienzo, y con barro asida

(1) Este verso falta en el códice de Sevilla y lo suplimos con el correspondiente del códice de Madrid.

en que tres vegadas pueda ser metida  
por el cuerpo la piedra para su grandor  
y al reverbero del fuego y calor  
de llama de leña haréis sea cocida.

## 36

Aquí pues la piedra se hará calcina  
dentro de diez paralelos del Sol  
y al fin sacadla de aqueste crisol,  
será hecho polvo la gran Medicina;  
primera materia que á todo se inclina,  
do no hay calidad por quinta esencia,  
ca todo se aplica y tiene potencia  
para toda cosa á que se encamina.

## 40

Y como primero hicisteis del fuego,  
así lo faced en este camino:  
que en tiempo mas breve el negro divino  
vereis y colores de su primer fuego;  
y hasta llegar al rojo que luego  
en piedra se torna mas que el Rubí  
de vista excelente cual es la que vi:  
el que no lo cree, sabed que va ciego.

## 41

Por claras palabras la verdad os digo,  
y como lo hice y vi su valor  
así lo faced con grande primor,  
ca no es engaño pues yo soy testigo;  
y al Dios de las gentes por ello bendigo  
ca, como sabeis, me hizo abastado  
de ciencia, y riqueza, de amor y estado,  
pues de estos jamas anduve mendigo.

## II

Cien años después de la aparición del *Libro del Tesoro*, ejercía en Nápoles, habiendo ejercido antes en algunas ciudades importantes de Italia, particularmente en Palermo, el famoso médico y conocido alquimista, algo charlatán y aventurero por cierto, Leonardo Fioravanti.

Fioravanti nació en el año 1518 en Bolonia, donde principió á ejercer la medicina, y se retiró, por fin, hallándose en los últimos años de su vida, que acabó allí mismo en 1588 (1).

Debido á sus maravillosas curas, no tardó el médico boloñés en conseguir la clientela de los españoles residentes en Nápoles y, tal creció su fama, que el Virrey de dicho punto, que lo era á la sazón D. Pedro de Toledo, le nombró protomédico de su hijo D. García, y con éste salió para el África en la armada del emperador Carlos V, en Mayo de 1551, permaneciendo cinco años en aquel continente.

Tantas y tales fueron las relaciones y simpatías alcanzadas por Fioravanti entre los españoles de Nápoles y los de Berbería, que le animaron á venir á España donde pasó los años de 1576 y 1577, visitando varias ciudades. Reseña él mismo su estancia en Barcelona, llamándola *città nobelissima e da cavallieri amorevolissimi habitata*, anticipando lo que de ella dijo después Cervantes en el *Quijote* (2) y confiesa que en los alrededores de la expresada ciudad se le tenía por nigromante.

Fioravanti vendía medicamentos de su propia composición, entre los cuales merece citarse el conocido bálsamo que lleva su nombre, empleado aún en nuestros días por su reconocida eficacia.

No obstante y ser extranjero Leonardo Fioravanti, conocía bien el castellano y le gustaba tanto, que hasta escribía en dicha lengua siempre que trataba cosas de España, y aun castellanizaba muchos vocablos cuando escribía en italiano.

Dejó escritos varios libros, sin que ninguno por eso haya pasado á la posteridad, debido á que había en el autor más audacia que saber; pero, no obstante, sus obras se leían, como lo demuestran las ediciones que de algunas de ellas se hicieron en latín, francés, inglés y alemán. La bibliografía que conocemos de Fioravanti es como sigue: *Lo Specchio di scienza*

(1) El *Suplemento del Diccionario hispano-americano* (Barcelona, 1898) dice, equivocadamente, que murió en 1598.

(2) « Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y belleza única. » (Parte segunda, cap. LXXII.)

*universale*, Venecia, 1564.—*Del Reggimento della peste*, Venecia, 1565.—*Li Capprici medicinali*, Venecia, 1568.—*Il Tesoro della vita umana*, Venecia, 1570.—*Il Compendio dei secreti razionali intorno alla medicina, chirurgia et alchimia*, Venecia, 1571.—*La Chirurgia distinta in tre libri con una giunta di secreti nuovi*, Venecia, 1582.

También escribió otra obra que es precisamente la que á nosotros nos interesa conocer por la importancia que tiene para la literatura de la Alquimia española. Esto nos ha decidido á esbozar la silueta biográfica del autor, toda vez que tan pobre y desfigurada anda en nuestros mejores diccionarios. Dicha obra se intitula *Della Fisica dell'eccelesente dottore e cavaliere Leonardo Fioravanti Bolognese*, publicado en Venecia, 1582 (1). En el libro cuarto de la misma, que está consagrado á la Alquimia, hay algunos capítulos escritos en castellano, donde se cita á varios adeptos españoles, y al fin se insertan veintisiete *Coplas sobre la piedra philosophal*.

De dichas *Coplas* nos habló el P. M. Fr. Martín Sarmiento en las páginas 279 y 280 de sus *Memorias para la historia de la poesia y poetas españoles* (2), diciéndonos:

« ... Leyendo por acaso en un libro en octavo, de Chimica, ó Medicina, y en Italiano, del Autor Fioravante (*sic*), hallé al fin, como por apéndice, dos libritos de octavas de Arte mayor, en lengua Castellana muy antigua, y cuyo asunto era la Piedra Philosophal. Decía Fioravante en dicho libro impreso, que quando estuvo en España, le tenían por Mago; y que al pasar por Pamplona, había copiado allí de un manuscrito aquellas octavas Castellanas.

» Leílas todas, y me convencí que eran las mismas sesenta y tres que antes había visto cifradas en el *Thesoro* (3). El número, la división de libros, el metro, la colocacion de los consonantes, el leugage, el asunto, etc., todo era lo mismo

(1) Lucio Spineda hizo otra edición de dicha *Fisica di nuovo posta in luce*, en Venecia, 1603. En 1604 hizose en Francfort una edición traducida al alemán.

(2) Un vol. en 4.º, de xxviii-429 páginas, Madrid, 1775.

(3) Se refiere al *Libro del Tesoro*.

» que lo que yo había observado en las sesenta y tres octavas  
» cifradas, aun sin haberlas descifrado. Así comenzaba en  
» Fioravante:

Toma la donna (1) que mora en el cielo, etc.

» Esto es, toma la Luna, ó la plata, significada por ella. Par-  
» ticipé al punto de este feliz acaso al Dr. Ferreras, indicán-  
» dole en donde estaba Fioravante; y despues, jamás volví á  
» ver ni á Fioravante, ó su tomillo, ni aquel libro del *Thesoro*,  
» que se me había comunicado por algunos meses.

» Lo mas es, que como ya había satisfecho á mi curiosidad  
» leyendo las octavas en caracteres vulgares, y no había sa-  
» cado cosa de sustancia de su lectura, que pudiese persuadir-  
» me á que con dichas copias se pudiese fabricar la Piedra  
» Philosophal, miré aquel libro del *Thesoro* con una total in-  
» diferencia ».

Muy trascordado andaba el laborioso benedictino al escri-  
bir que las *Coplas sobre la piedra philosophal* eran « sesenta y  
tres », y que Fioravanti decía que las « había copiado » de un  
manuscrito », « al pasar por Plamplona », cuando las coplas  
son « veintisiete », y, con respecto á su procedencia, nada dice  
el citado médico boloñés de lo que nos cuenta Fr. Sarmiento.  
Confiesa Fioravanti que, « estando en Madrid, había hurtado  
un libro de Alquimia á un caballero italiano llamado Lorenzo  
Granita, que vivía en el Carmen, etc. », en el cual se hallaría  
la composición en octavas que transcribió en su *Física*, desfi-  
gurando el lenguaje.

El error de Fr. Martín Sarmiento fué duramente censurado  
por el celoso bibliotecario D. Tomás Antonio Sánchez, en su  
*Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (2),  
quien puso las cosas en su lugar, diciendo que dichas coplas  
no eran de *El Thesoro*, sospechando empero erróneamente,  
que fuesen la segunda parte de dicho libro.

Por esclarecer quedó, sin embargo, el conocer la paterni-

(1) El texto de Fioravanti dice *dama*

(2) Tomo I. Esta obra consta de cuatro volúmenes en 8.º y está  
impresa en Madrid, 1779-90.

dad de las famosas *Coplas sobre la piedra filosofal*, después del incidente histórico-literario que dejamos apuntado, hasta que por fortuna de las letras españolas apareció en nuestro suelo un historiador y crítico tan eminente como D. José Amador de los Ríos, quien en sus incesantes investigaciones halló, en nuestra Biblioteca Nacional de Madrid, un códice marcado L. 112, en el que figuran veintiocho octavas de arte mayor, bajo el epígrafe *Coplas de D. Luis de Centellas, sobre la piedra philosophal*, de las cuales nos dió noticia en las páginas 679 y 680 del tomo III de su *Historia crítica de la Literatura española*, Madrid, 1863.

D. Bartolomé José Gallardo registró luego dicho manuscrito en el tomo II de su *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, pág. 28 de su Apéndice (Madrid, 1866).

Poquísimas noticias tenemos de D. Luis de Centellas, de quien no rezan una palabra siquiera los antiguos ni aun los modernos diccionarios biográficos españoles y extranjeros.

Mi distinguido amigo el docto catedrático de Química é ilustrado rector jubilado de la Universidad de Barcelona, don José Ramón de Luanco, en su curiosa é interesante obrita sobre *La Alquimia en España* (1), nos dice solamente que Centellas, alquimista español, vivía en la primera mitad del siglo XVI, y que en el año 1552 residía en Valencia (2), desde donde escribió una carta al Dr. Manresa, en Murcia, sobre Alquimia (3), carta cuya copia consta manuscrita en la Biblioteca Nacional, códice T. 284, y que reprodujo textualmente el Sr. Luanco en el tomo I de la citada obra.

De la lectura de dicha carta, escrita mitad en castellano y mitad en latín, se deduce que un tal D. Baltasar de Zamora, « muy amigo mío y conocido » del Dr. Manresa, fué á vistar á D. Luis de Centellas por ser aquél « hombre que deseaba to-

(1) Dos vols. en 12.<sup>o</sup>, de 239 y 289 págs. Barcelona, 1889 y 1897.

(2) En el *Suplemento del Diccionario hispano-americano* (Barcelona, 1898), esto es, después de la aparición de la obra del Sr. de Luanco, hállase ya el nombre de Luis de Centellas, con los escasos datos de su vida que hasta hoy conocemos y dejamos apuntados.

(3) Que es lo que se lee en el tomo I de la *Biblioteca Mineral*.

par con el camino de la verdad y apartarse de la opinion de muchos », « pareciéndole bien algunos avisos » que Centellas le dió. Éste habla en su carta de Aristóteles, de quien copia algunos pasajes, y continúa discurrendo sobre Alquimia. Cita á Santo Tomás de Aquino, que también le tiene por alquimista, á Arnaldo de Vilanova y á Ramón Lull, por lo cual se comprende que Centellas sería hombre de conocimientos y aÑejo ya entonces, como lo dice él mismo en la mencionada *Carta*, que termina con el siguiente párrafo, transcrito al pie de la letra:

« Muchas otras cosas me ocurren y tantas que auellas de  
 » escreuir agora seria enfadar a v. m. y hacer un proçeso in-  
 » fenito y por tanto baste lo dicho que en mi anima si soy  
 » entendido que no e dicho poco y aunque a v. m. le parezca  
 » que escribo theorica lo mas es practica royendo estas y otras  
 » muchas auctoridades y leyendo libros muy autenticos y ver-  
 » daderos y tanto tiempo que con esto se me an caido las  
 » muelas y dientes y pues v. m. segun me a dicho no es tan  
 » viejo como yo y los terna mejores procure en esmenuzalla<sup>s</sup>  
 » porque son tales y de tales que le aseguro mucho fruto de-  
 » llas en lo demas que podria seguir lo dexo para quando sepa  
 » que mis cartas le son agradables y desto puede ser muy cier-  
 » to que antes faltara tiempo que materia en Valencia a XVIII  
 » de Setiembre de 1552

» Suidor de v. m.

» DON LUIS CENTELLES »

Al ver el Sr. Luanco que en la firma de esa *Carta* se escri-  
 be « Centelles », cree que así debe ser el nombre del descono-  
 cido alquimista de que nos habla,—lemosino quizás y proba-  
 blemente nacido á últimos del siglo XV,—dando por lo visto  
 más importancia á la ortografía de dicha firma que á la orto-  
 grafía de la cabecera de las *Coplas de Don Luis de Centellas  
 sobre la piedra philosophal*, siendo así que en la pág. 85 del  
 tomo I de *La Alquimia en España*, nos dice dicho señor al  
 hablarnos precisamente del códice en el cual se halla, entre  
 otros escritos, la mencionada *Carta*: « Que nada hay en él de  
 puño y letra de Centelles, pruébalo la igualdad de letra en

todos los tratados que contiene ». Pues bien, si la carta de Centellas no es autógrafa, creemos que huelga pronunciarse por la *e* contra la *a*; y no sabiendo tampoco si el autor de las *Coplas* y de la *Carta* al Dr. Manresa es valenciano ó catalán, nos parece que sobra la nota que el Sr. Luanco pone al pie de la pág. 84 del citado tomo, diciendo, como para justificar el empleo de la *e* en preferencia al de la *a* en el apellido referido, que « en el reino de Valencia se apellidan así los que en Cataluña *Centellas* ». Por fin parece que el docto catedrático se ve perplejo en esta cuestión, y menos convencido ya de su aventurado aserto, escribe en la pág. 100 de dicho tomo: «... por ser obra del mismo D. Luis de Centelles ó Centellas, autor de la carta al Dr. Manresa » (1).

Siendo, pues, las referidas *Coplas* muy poco conocidas, toda vez que D. Tomás Antonio Sánchez se limitó tan sólo á insertar la primera en su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (2) y el Sr. Amador de los Ríos no hizo más que reproducir en su *Historia crítica de la Literatura española* (3) la primera y la última, ó sea la « veintiocho », que es precisamente la que dejó de publicar Fioravanti en su *Física*, no hallándose tampoco estas *Coplas* en ningún tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, ni aun en otras colecciones, manuales y antologías poéticas, nos parece que después de lo dicho con respecto á ellas es imprescindible ya su inserción íntegra y gustosos las transcribimos, no sin suplicar antes la indulgencia de nuestros lectores.

(1) Al citar el Sr. Luanco en la página 97 del tomo I de su *Alquimia* la página de las *Memorias* del P. Sarmiento en que trata de las *Coplas* de Fioravanti, ha sufrido error, puesto que son las páginas 278 y 279, conforme hemos indicado en el lugar correspondiente, y no la pág. 276 como dice el ilustrado químico asturiano. Hacemos esta observación en beneficio de los que deseen ver el pasaje consabido en la obra del mencionado benedictino.

(2) Tomo I.

(3) Tomo III, pág. 680.

## COPLAS DE DON LUIS DE CENTELLAS SOBRE LA PIEDRA PHILOSOPHAL (1)

## 1

Toma la dama que mora en el cielo  
 que es hija del Sol, sin duda ninguna,  
 y aquesta prepara en baño de luna,  
 do lave su cara de su negro velo.  
 Después, si pudieres, al sol y al cielo  
 en el mismo baño la tengas en prisión  
 hasta que, purgada de su imperfección,  
 nos sea lucero acá en este suelo.

## 2

No entiendas que es obra de algún animal  
 ni menos es planta que nace en el suelo,  
 mas es una dama que vive en el cielo.  
 De allí nos la bajan esta obra real  
 y para nosotros es tan natural,  
 que nuestros cuerpos con ella curamos  
 y los imperfectos, perfectos tornamos:  
 de todos secretos el más principal.

## 3

Y cuando tú vieres la dama hermosa  
 así preparada por nuestro artificio,  
 haz que la pongan en otro ejercicio  
 adonde se vea tan maravillosa.  
 Juntadla luego con la otra cosa  
 por el matrimonio do se ha de engendrar  
 el hijo más noble y singular  
 que el padre y la madre y más preciosa.

## 4

Y lo que decimos que se ha de imitar  
 por el matrimonio que se ha de hacer,  
 no quiero lo ignores, pues lo has de saber,  
 que es Sol perfecto y más singular.

---

(1) Al objeto de que sean más inteligibles estas *Coplas* y pueda apreciarse mejor su valor literario, las acomodamos, en lo posible, á la moderna ortografía, sin alterar las voces y los giros anticuados, fijando además la puntuación, de la cual carece el texto manuscrito.

No engañen los sabios con disimular  
que el Sol y la Luna á la obra conviene,  
porque en sí, la Luna y el Sol contiene,  
y la experiencia se lo ha de mostrar.

**5**

Entiende ¡oh operante! que es menester  
que estos dos juntos de quien he hablado,  
hembra y macho, los hemos nombrado  
porque es matrimonio de hombre y mujer.  
Enciérralos luego sin más detener,  
no les estorbes la muerte secreta  
que causa la vida muy más perfecta  
según por la obra podrás conocer.

**6**

Después de vestida de tanta mixtura  
tuvieres la dama en tal perfección,  
tendrás por muy cierto que la solución  
del cuerpo es ya hecha de su hermosura.  
De aquí te conviene con mucha cordura,  
los medios pasar de color en color  
por donde veamos perfeto blanco  
que hace de blanco perfecta blancura.

**7**

Y más por extenso te quiero avisar:  
que puesto en el medio de aquestos extremos  
la muerte y la vida que tanto queremos,  
se causa en la forma, lo quiero mostrar,  
cuando primero veas separar  
el alma del cuerpo por destilación,  
al cuerpo se vuelve por imbibición  
si fuere pasada sin más te tardar.

**8**

Y de esta manera conserva el camino  
que es ya comenzado, porque has de saber  
que hay otra forma para disolver  
la fuerza del fuerte animal serpentino.  
El fuego te digo que sea continuo;  
jamás la materia dejéis resfriar,  
porque es un secreto el más singular  
do muchos prudentes perdieron el tino.

## 9

Y el otro secreto no quiero callar que han encubierto los sabios que fueron, pues en lo mucho que se detuvieron lo menos de aquello quisieron mostrar. Por tanto lo quiero del todo nombrar: que mires el paso de la imbibición que viene después de la disolución, por donde la obra no puedes errar.

## 10

Un mismo camino te digo que es aquello que vida y muerte llamaron, y aqueste es el paso do muchos erraron que vuelve tu obra del cabo á los pies. Y si tú no atiendes á otro interés sabrás que con tino has de reiterar el alma en el cuerpo que se ha de fixar, assí como hicistes la primera vez.

## 11

El fuego, primero te dije que fuese muy blando al principio de la solución; lo mismo te digo que sea la imbibición, pues mucho erraría quien no lo entendiese, ya que después el cuerpo tuviese muy fixo á lo blanco y en su perfección, seguro lo tienes del fuerte ladrón que no te entre en casa por más que hiciese.

## 12

Y cuando encerrares los enamorados en cárcel de amor secreta y obscura, no se te olvide, y aquesto procura, que pongas los pesos que están ya tasados; tres partes al uno le fueron contados de sabios que escriben la filosofía, y aquesto te digo por ser obra mía que sigas los sabios experimentados.

## 13

Y cuando tú vieres el fuerte metal  
debajo del sello, como es menester,  
acuérdate que lo has de poner  
al fuego del vientre del fuerte animal.  
Y ya con la pena que es tan desigual  
saldrán á su tiempo los muchos velados,  
sus caras y huesos tan descoyuntados  
con que los tornes á su principal.

## 14

No quiero que yerres en esto la vía  
y claro te digo que es digestión,  
que es causa de vida y regeneración  
del hijo encubierto que muerto yacía.  
El tiempo tampoco callar no querría,  
que es número cierto de días cuarenta,  
y aunque más fuesen no yerras la cuenta,  
pues más que perfecta la obra sería.

## 15

Tendrás en memoria los grados del fuego  
adonde el infante se nutra y crezca;  
míralo mucho, no incurra y perezca,  
porque es ternicino y perderse ya luego,  
esfuerce primero y acostúmbrese al fuego  
do siempre ha de estar y permanecer,  
vereisle vestido y mudado su ser,  
y si esto no vieres del todo eres ciego.

## 16

Y porque no yerres en la operación  
siguiendo continuo camino derecho,  
atiende en aquello que de suso (1) has hecho  
si trae camino de disolución;  
porque has de ver en su conclusión  
con estas señales de muchos primores,  
que son variedad de tantos colores  
de cuanto mis versos te dan relación.

---

(1) Arriba.

## 17

Pues blanca primero te digo que es ella  
cuando magnesia la llaman por nombre,  
que es tanto su ser, valor y renombre  
cuan grande la hizo el que supo hacella;  
y si esto vieres no temas perdella  
que negra se vuelba después su color,  
porque éste es el medio de aqueste primor  
que negra se vuelba la blanca doncella.

## 18

Después que ya el cuerpo hubiese cobrado  
el Alma perfeta por la imbibición,  
tendrá cierta forma de resurrección  
como la tiene el que es glorificado,  
que goza los dones de que es ya dotado  
con agilidad y mucha viveza;  
así tendrá éste con su sutileza  
sobre de aquello de que fué engendrado.

## 19

Si más adelante quisieres pasar  
al último grado y perfeto valor,  
auméntale el fuego con mucho temor,  
que no hay otra forma jamás que enseñar;  
de blanca muy roja se te ha de mostrar  
aquella doncella de todos nombrada,  
y aquí se te muestra la obra acabada  
si sabes la obra de multiplicar.

## 20

Mas esto ocultaron los sabios que fueron  
con mucha cautela en sus escrituras,  
que apenas las puertas abrir no quisieron  
y así nos trajeron á ciegas y á obscuras.  
Mas los modernos que les sucedieron,  
y entre ellos Arnaldo, famoso nombrado,  
camino nos deja y tan alumbrado  
que nunca acertaron los que no le vieron.

**21**

Y porque la piedra que así es acausada con ser muy rabiosa del fuego pasado carece de ingreso, porque le ha faltado el agua de vida de que es desecada, toma una parte desta agua nombrada con tres de mercurio, que no es el vulgar, y entonces la puedes al fuego tornar como al principio que fué comenzada.

**22**

Y allí con el grado del fuego nombrado, muy blando, en principio verás disolver la misma materia que lo ha de embeber: lo rojo en lo negro muy presto trocar y luego embebido en lo blanco fijado, después en lo rojo que es fin de la obra, y así lo perdido en éstos se cobra y en breve tiempo se verá acabado.

**23**

Y por que se cumpla del todo el camino que es ya comenzado, pues se ha de acabar, no yerres la forma de multiplicar, pues es con mercurio del vulgo más fino la forma y el peso tendrás de continuo escrito en tu pecho con mucho contento, y desta una parte con diez, no te miento, será todo lapis (1) perfecto y muy fino.

**24**

De lo postrero así multiplicado se tiene otra vez de multiplicar un peso con ciento del mismo vulgar, como primero lo tienes obrado, y todo será medicina forzada. Con metales agora curemos y al mismo mercurio también si queremos, de la imperfección perfecto acabado.

(1) Voz latina que significa piedra preciosa.

## 25

Y ya pues que tienes como es menester  
la piedra (1) cumplida, perfecta acabada,  
con tanta mixtura bien alimentada  
cuanto mis metros te dan á entender,  
no ignores la forma para proceder  
sobre estos metales que se han de curar,  
pues sola una parte te puede bastar  
con ciento de aquello que has de guarecer.

## 26

No tomes fatiga ni tengas pasión;  
haz lo que te digo y entiende si quieres  
que cada vez que la piedra solvieres (2)  
y la congelares en una unión,  
diez pesos se ganan en la proyección  
hasta llegar á un cuento infinito,  
pues tenlo secreto que aquesto que he escrito  
de todos se encubra con mucha razón.

## 27

Con esto que es cabo de muestra cumplido  
aquello que he visto con mucha verdad  
da siempre loores á la Trinidad  
y al padre y al hijo. pues que le es debido;  
y aquel que de entrambos ha procedido  
maldiga los tales que la obra descubren  
si no son aquellos que mucho la encubren,  
porque á los tales no me es defendido.

## 28

No quiero me culpes en lo que he hablado,  
pues cierto te digo que es cierta verdad  
ni en estos mis versos no hay contrariedad  
ni, como los otros, lo digo doblando:  
procura entender con mucho cuidado  
el vaso y materias, en que se ha de obrar  
y no lo haciendo, tú te has de engañar  
y te hallarás del todo burlado.

*Finis Veritatis.*

(1) Esto es: la *pedra filosofal*.

(2) Disolvieres.

## III

En el citado códice T. 284 figuran así mismo cinco curiosas octavas formando pequeña composición sin título que las una, dedicadas igualmente á explicarnos, con la misma claridad, la preparación de la piedra Filosofal.

Los ilustrados ingenieros Sres. Maffei y Rúa de Figueroa fueron los primeros en publicarlas. Las insertaron en el tomo I, página 147 de sus *Apuntes para una Biblioteca mineral* (1), artículo « Centellas ». Mas ello hace decir al Sr. Luanco, equivocándose desde luego, que los « ingenieros antes citados las atribuyen á D. Luis de Centellas, fundándose tal vez en que estan en el mismo tomo que empieza con la carta de aquel alquimista » (2), cuando nada absolutamente rezan á este respecto los expresados autores, quienes se limitan á decir, tan sólo, después de aludir á los demás manuscritos del códice referido y de transcribir las cinco octavas: « Sin duda estos Mss. pertenecieron al citado Centellas ».

Las mencionadas « cinco octavas » sobre la piedra Filosofal, que nos decidimos también á insertar, van precedidas, en el códice, de las siguientes líneas:

« Estos versos me enviaron de Madrid por muy buenos años de 1568 á ocho de enero. »

**Materia.**

Son tres hermanos en una natura:  
 los dos de ellos fijos, del Sol ya perfetos  
 cuerpos se dicen lucientes y netos  
 vestidos de noble y real vestidura;  
 el otro no fijo, de materia pura  
 de quien estos otros por línea descenden,  
 de aquí los extraños secretos dependen  
 si el cuerpo y el alma hicieren mixtura.

(1) Madrid, 1871 (dos tomos en 4.<sup>o</sup>).

(2) *La Alquimia en España*, tomo I, pág. 81.

### **Preparación.**

Cuan hicieres tal juntamiento  
pa destruir la virtud furibunda,  
corrompe los cuerpos en agua pudibunda  
y el ánimo pasa por tal lavamiento;  
mas abre los ojos del entendimiento  
que en baño se lava y se purga el infante  
porque alli cuece su buen autrimento.

### **Disolución.**

Por tal regimiento dicen casados  
el cuerpo y el alma que así preparaste,  
después que en su tálamo los encerraste  
en sus propias fuerzas se son enforzados  
y á la primera materia tornados;  
abraza el esposo su dulce esposada  
y queda de un fijo tan noble preñada  
que vence la fuerza de los dos velados.

### **Fijación.**

En medio los fuegos de mucha templanza  
el niño recibe entera firmeza,  
y tanto se hace más fortaleza  
cuanto en el fuego hiciese tardanza;  
y por que se cumpla tan buena esperanza  
reitera siempre la disolución,  
después de la sétima congelación  
verás una piedra de buena pujanza.

### **Aumento.**

Cuando ya vieres salir coronado  
el Rey cristalino vestido de albura,  
mézclale el vino con mucha mesura,  
con muy poca parte de lo ya fijado;  
sea así todo el baño tornado  
hasta que en odio lo veras desatar,  
y en muy poco tiempo veráslo fijar  
con el magisterio que ya es acabado.

El Sr. Luanco, que ha estudiado muy bién el códice de referencia analizando los diversos trabajos que sobre Alquimia contiene, dice que las « cinco octavas » no son de Centellas, lo cual se comprende fácilmente sabiendo que este alquimista residía en Valencia, los últimos años de su vida cuando menos, mientras que dichas octavas fueron enviadas desde Madrid, por Enero de 1568. Además creemos que aun cuando el asunto sea el mismo que el de las coplas anteriores y tratado de la misma embrollada manera, toda vez que unas y otras no son más que charla pura, dicha con escasa habilidad poética, parece descubrirse un temperamento más audaz y descocado en el autor de las « cinco octavas », quien tiene hasta distinto vocabulario.

En el apunte biográfico acerca de Luis de Centellas insertado en el *Suplemento del Diccionario hispano-americano*, citado ya, se habla de estas octavas, sin indicar su número ni abordar la delicada cuestión de su paternidad (1).

#### IV

En aquellos tiempos de verdadera locura para descubrir la transmutación metálica, creyendo que la habían conocido ya egipcios y griegos, todos se contagiaban; reyes y monjes, militares y letrados, señores y plebeyos. La sola idea que agitaba al unísono los ofuscados cerebros medioevales no fué, ciertamente, la idea religiosa, que era distinta entre hebreos, árabes y cristianos, sino « el culto al Oro ». Por eso se dedicaban todos con igual fervor al estudio del Arte hermético. ¡Cuán cierto es que cuanto más ignorante es el hombre más piensa en el dinero..., porque no puede pensar en otra cosa! En nuestros días sucede á muchos exactamente lo mismo.

La humanidad atravesó entonces varios siglos ocupada en la fabricación de la dichosa piedra Philosophal. Ésta brillaba

(1) Advertiremos, de paso, que en el mencionado apunte se ha escrito « Fioranti » queriendo nombrar al médico bolañés Fioravanti, de quien nos hemos ocupado.



en el obscuro pensamiento de los alquimistas más que el sol de mediodía, y aquella verdadera fiebre de oro no cesó hasta el Renacimiento.

En España, los escritores del siglo XVII recogen aún los ecos de los últimos adeptos nacionales, y casi todos nos hablan de la deseada piedra, pero ya con ironía, lo cual demuestra claramente, no sólo que no llegaron a producirla, sino que se había perdido ya toda esperanza de poder obtenerla.

Vicente Espinel dice en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*:

« Sé hacer la piedra Filosofal, que convierte el hierro en oro, y con  
» esto nunca me falta lo que he menester; pero no he osado comuni-  
» carlo con nadie en Génova, porque la República no me estorbase mi  
» viaje; que lo hicieran, sin duda, porque, como esta divina invención  
» es tan apetecida y deseada de todos, todos andan tras della, etc. »

(Relación III, descanso 1.º)

Tirso de Molina se descuelga con estos versos:

Suele por un modo igual  
verdes las cosas hacer  
cual piedra filosofal.

Y Lope de Vega con estos otros:

Alquimistas sin mercurio,  
filosofales quimeras,  
que vuelven aire la plata,  
y con el humo se ciegan.

Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, recordando el inútil afán de transmutación, escribe en sus *Panegíricos*:

« Cosa á que la piedra Filosofal ó el mercurio que blasona esta  
» ciencia ó arte, jamás ha llegado. »

D. Francisco Antonio de Bancés Candamo compone una comedia, intitulándola *La Piedra Filosofal*, y hace decir á Hispalo, en la jornada tercera:

Aquella piedra aplaudida  
 de tantos solicitada  
 y en quien tanta ciencia errada  
 gastó el caudal y la vida,  
 dicen que hace, prevenida,  
 oro de cualquier metal;  
 pues si en bien convierte el mal  
 y la pena en alegría,  
 yo tengo en mi fantasía  
 la Piedra Filosofal.

Y el erudito y gran polígrafo del siglo XVIII Fr. Benito Jerónimo Feijóo suelta un sabrosísimo discurso, denominándolo *Piedra Filosofal*, en el que discurre con respecto á la posibilidad que existe, según él cree, de poder llegar á producirse el oro artificialmente; pero condena y se burla de las prácticas de los alquimistas, las cuales juzga ridículas y de ningún valor científico. Dice:

«La sagrada hambre del oro se fingió la invención de dos  
 » artes: una, para fabricar este precioso metal, otra, para bus-  
 » carle. La primera tiene por blanco la transmutación de los  
 » demás metales en oro, que con voz griega se llama *chryso-*  
 » *pæia*; la segunda consiste en el uso de la que llaman *vara*  
 » *divinatoria*. Trataremos en este discurso de la primera, etc.

» Es la *chrysopæia*, en el sentir común de los hombres de  
 » juicio, un empeño antiguo, pero vano, de la codicia; un  
 » apacible embeleso que empieza sueño y prosigue manía; un  
 » entretenido modo de reducirse á pobres los que aspiran á  
 » opulentos, porque en las experiencias se consume el oro  
 » poseído y no se logra el esperado. Los más de los filósofos  
 » tienen este arte por absolutamente imposible; por el contra-  
 » rio, los alquimistas le aseguran existente. Pienso que unos y  
 » otros se engañan; yo, siguiendo el camino medio, asiento á  
 » su posibilidad contra los filósofos, y niego su existencia  
 » contra los alquimistas.

.....  
 » Puede el arte aplicar aquel agente, sea el que fuere, que  
 » tiene actividad para formar oro, á aquella materia próxima  
 » de que se forma el oro; luego puede el arte hacer oro.  
 .....

» Hasta aquí voy con los alquimistas, pero no paso de aquí;  
 » porque dejando el asunto en esta generalidad, me parece se  
 » prueba eficazmente la posibilidad del oro artificial; mas pa-  
 » sando á la materia y agente que los alquimistas señalan para  
 » lograrle, apenas encuentro supuesto ó proposición que no  
 » me parezca falsa, ó por lo menos dudosa. »

¡Vana quimera fué, pues, cuanta actividad desplegaron los adeptos de Oriente y Occidente al consagrar su vida buscando la manera de fabricar la imaginaria piedra Filosofal... Los alquimistas dedicados á hacer productos químicos ó industriales, con seguridad aprovecharon mejor el tiempo y ganarían oro, ya que no podrían fabricarlo. Mas lo que no se comprende es que hubiese tanto obcecado capaz de creerse que realmente existía ó había existido quien fabricara la famosa piedra del emperador Carlos V. Parece increíble que esos hombres se conformasen con perder su dinero en ímprobos ensayos y raras combinaciones, y que quisiesen devanarse los sesos leyendo tan insulsos tratados de Alquimia, dedicados á explicar la manera de producir la piedra áurea, y no perdieran la paciencia con tantas supercherías y locas manipulaciones.

Y no fué eso porque dejase de haber algún autor cuerdo que advirtiese á sus lectores que no se entregasen al quimérico arte de Hermes Trimegisto. Recordemos que Fr. Nicolás Eymereich escribió un *Tractatus contra Alchimistas*. Y que Pontano, en su *Carta* sobre la piedra que llaman Filosofal, dice:

« Yo, Juan Pontano, anduve muchas regiones para conocer  
 » algo cierto y verdadero de la piedra de los philosophos y  
 » rodando casi el mundo hallé falsos engañadores y no philo-  
 » sophos. » Y termina con estas palabras:

« He querido decir esto y avisar á los prudentes para que  
 » no gasten sus dineros inútilmente, sino sepan qué es lo que  
 » han de buscar. »

En un tratado de autor anónimo denominado *Desengaño de Alquimistas y médicos vulgares* se lee el siguiente párrafo al empezar:

« Habiendo de tratar de la Medicina Magna, ó Piedra de los  
 » Philósophos, diré que el arte transmutatoria de que común-

» mente tratan los Alquimistas, es una profesión ilusoria prohibida con santo acuerdo por el Papa Juan XXII. »

Y Don Pedro Luis Sanz, en sus *Trescientos proverbios, consejos y avisos*, apostrofa á la Alquimia y á su huera literatura con estos versos:

« No hallo mejor alquimia,  
» más segura ni probada,  
» que la lengua refrenada. »

Existe aún otra no menos famosa composición, alquímicamente hablando,—porque hoy nadie resiste tanta charlatanería inútil y tales versos,—intitulada *Testamento de Hadriano* (1), traducida del latín por el célebre calígrafo D. Francisco Xavier de Santiago Palomares, natural de Toledo, y constando nada menos de 413 cuartetas. Después de las composiciones alquímico-poéticas de que hemos dado cuenta, nos parecería faltar á nuestro deber en la tarea que nos hemos impuesto en el presente estudio histórico-literario si no diéramos á conocer al «pío» lector obra tan «lata» y de tanta «transcendencia alquímica» como lo es, en efecto, la del mencionado

### TESTAMENTO DE HADRIANO

#### DE LA PIEDRA ÁUREA DE LOS PHILÓSOPHOS

Aquí tienes, Lector, si á bien lo tienes  
el Tesoro perpetuo, que te ofrezco,  
hallado á costa de cuidados grandes  
con auxilio de Dios, Rector supremo.

.....

Aquel á quien entrar se le permite  
que sin disputa alguna es al Adepto)  
al Philósopho, Alumno de la Ciencia  
por favor del que rige Tierra y Cielo,

Le viene todo honor, toda abundancia  
y un colmo de riquezas tan inmenso,  
que en su Comparación sólo es pobreza  
todas cuantas los Reyes poseyeron!

Busqué y rogué también al Grande Hermes

(1) La primera impresión latina hizose en Roan, 1651.

(de Philósophos padre verdadero)  
que actúe de Escribano en este caso  
porque firme de otro yo no puedo.

.....  
 Buscarle sólo debes en las venas  
minerales que ofrece á manos llenas  
en su Gremio cercano y abundante  
la Madre universal Naturaleza.

En ellos le hallarás únicamente  
y aunque por lo exterior vil te parezca,  
es el único origen de los Bienes,  
y materia primera de la Piedra!

.....  
 Una fué la Materia de las cosas,  
un chaos y un principio verdadero  
de que produjo Dios Omnipotente  
todo cuanto compone Tierra y Cielo.

.....  
 Así del mismo modo nuestra Piedra  
de semejante Masa procediendo,  
es compacta y confusa, pero en ella  
escondidos están cuatro Elementos.

.....  
 De la Sal el Mercurio ha de salirte,  
que en la Philosophía más secreta  
se llama leche virgen, Blanca Nieve  
y es la única llave de esta Ciencia.

Del Blanco y Rubio he dicho bastante  
sobre el modo de hacer los dos Extractos:  
siguiendo con el Arte tan sagrada,  
hablaré sobre el modo de juntarlos.

.....  
 Unidos uno y otro como he dicho  
con Hermético Sello bien cerrados,  
en el grado que sea conveniente  
se les dará un calor tan moderado

Como el que la gallina da á sus huevos  
quando está sobre ellos empollando;

.....  
 Porque si el dicho fuego no le riges  
con la prudencia que requiere el caso,  
ciertamente será trabajo inútil,  
y el cuidado afán mal empleado.

Entonces regirás con mucho pulso  
el fuego mientras esta Reyna hermosa  
rubia y sin tacha se te está mostrando  
semejante á la Aurora en el Cielo claro.

.....

Más claro: si Vulcano es bien regido,  
conseguirás la PIEDRA; y al contrario,  
si aquél falta ó excede, tu fatiga  
será pura chymera, ó sueño vano.

Ninguna de estas composiciones poéticas, ni aun *El Tesoro* (1), tienen méritos literarios bastantes para figurar en Antología alguna. Por eso se hace difícil poder leerlas, y, á este objeto, hemos reproducido íntegras las menos conocidas. El *Testamento de Hadriano*, que es también poco conocido, su extensión nos priva de insertarlo íntegro, y nos limitamos á dar esos versos para que se tenga de él una idea.

Parece increíble que el cerebro humano haya podido concebir ese cúmulo de lucubraciones herméticas sin ningún fin práctico, á no ser el de querer alentar, por su propia conveniencia, la credulidad de los otros. Al leer esos tratados de Alquimia, creemos firmemente que sus autores no eran alquimistas practicantes, sino malos literatos; y que si alguno de ellos era verdadero adepto, aun cuando no produjese la piedra filosofal, esperanzado, sin duda, de hallarla, escribiese solamente para marear y despistar á sus contemporáneos entusiastas del arte oculto de hacerse rico.

La Ciencia hermética ha preocupado al hombre durante siglos enteros, y sea cual fuere su profesión ó jerarquía, no ha podido sustraerse á esa idea tiránica, tan generalizada entonces, de querer enriquecerse por medio de la anhelada piedra Filosofal, que todos creían poder obtener.

A eso se debe el que la Alquimia haya dado y dé lugar todavía á un sin fin de asuntos para el Arte y la Literatura; y se explica, pues, que la mayoría de poetas y novelistas europeos, desde que el vate italiano y ferviente adepto Augusto

---

(1) Sánchez lo incluyó en su obra citada, creyendo que era realmente anterior al siglo XV, equivocándose desde luego.

Angurelli publicó en 1515 su poema latino *Crisopeya*, hasta que el inmortal Goethe compuso su admirable *Fausto*, no hayan dejado de acudir al vasto campo de la Alquimia y á su misteriosa historia, en pos de inspiración y fantasía para sus creaciones literarias.

### EL CURIOSO BARCELONÉS.

Diciembre de 1904.

(*Continuará*)

# EL CATEDRÁTICO ALEMAN ARMANDO HÜFFER

Y EL POETA GODOFREDO KINKEL

---

«¡Armando Hüffer ha muerto!» Ese grito está resonando en las aulas y en el mundo de las letras alemanas.

El simpático decano de los *siete mantenedores de los Juegos florales de Colonia*, el fêrvido amante de la poesía, el que era honra y prez de tres Academias, el crítico imparcial y sagaz de las cuestiones de arte, el sabio de alma infantil y candorosa, el pensador ideal, el investigador ideal, el hombre ideal que nos asombraba con su extensa y vasta instrucción, por la universalidad de su saber, y por el entusiasmo de su amor á la verdad y á la justicia; el que nos encantaba con las lindezas de su ingenio vivo, con su sal ática, su buen humor rhiniano, su optimismo, la ingenua transparencia de su carácter, la claridad diáfana y armonía rítmica de su dicción; el insigne varón á quien mirábamos todos con respeto y cariño, porque entre los hombres sin repliegues, entre los que se mueven por aspiraciones nobles, ocupaba uno de los primeros lugares; el que nos hacía exclamar con la firmeza de un axioma: «Es un hombre bueno á carta cabal»; el ilustre catedrático de la Universidad de Bonn, *Armando Hüffer*, que era á la vez literato, jurisconsulto é historiador, dedicándose á estudiar el derecho rhiniano, la poesía y la historia rhinianas, recorriendo los archivos de Austria, Francia é Italia, al ocuparse de la revolución francesa, revolviendo empolvados legajos, descifrando borrosos pergaminos, descifrando oscuros textos, sumergiéndose en las cosas más pequeñas y saboreando lo más hermoso que hay en la literatura universal; *Armando Hüffer* ¡digo! ha muerto el día 15 de Marzo, á los setenta y cinco años de edad.

Su recuerdo será imperecedero. Hablando de él logro el consuelo de prolongar, aunque sea ficticiamente, recordándolo, su existencia y mi amistad.

Con *Hüffer*, ese hijo de Westfalia trasladado al Rhin, ha desaparecido el pedazo más grande de la historia de la Universidad de Bonn, que contaba entre sus lumbreras á los Ernesto. Mauricio Arndt, Augusto Guillermo Schelégel, Felipe José de Rehgues, Federico Díez, Carlos Simrock, Nicolás Delius, Juan Loebell, Federico Cristóbal Dahlmann, Othon Jahn, Federico Guillermo Ritschl, Federico Amadeo Welcker, Federico Guillermo Argelander y Jacobo Nöggerath.

*Hüffer* era un conocedor profundo de la antigüedad clásica y de la literatura moderna é hizo del cantor de la *Divina comedia* el compañero íntimo de su vida.

Era hijo de una familia distinguida de Westfalia y vió la luz primera en una casa patriarcal de Münster, en medio de numerosa prole, el 24 de Marzo de 1830. Su padre, el alcalde presidente de Münster, era amigo del ilustre estadista Barón de Stein; su madre, Julia Kaufmann, natural de Bonn, era apasionada de las bellas letras y de la música.

*Armando* hizo sus estudios jurídicos en las Universidades de Bonn y Breslau, obteniendo el último grado académico en las facultades de Filosofía y Jurisprudencia, y desde el 9 de Agosto de 1855 perteneció á la Universidad de Bonn, primero como privatdocent, después como profesor extraordinario y desde 1873 como profesor ordinario.

Conoció a la primera señora de su época, Betina de Arnim; y en sus escritos, que le acreditan de maestro de lengua y de hombre universal, erigió monumentos á la gran poetisa de Westfalia, Anita de Droste; al amigo de ésta, el literato Levin Schücking; al eminente poeta lírico Enrique Heine, objeto de tantas controversias entre los alemanes y odiado de los Hohenzollern; al hijo de Schiller, el malogrado Ernesto, que descansa en el cementerio de Bonn sin dejar huella de su paso por las regiones de la poesía; á la famosa *Suleika* del *Diván Oester* oriental de Goethe, la poetisa Mariana de Willemer; á Sulpicio Boisserée, que se refugiaba en la isla encantada de las artes y de la literatura gozando del trato del insigne vate

de Francfort; al sabio diplomático y escritor de Aquisgran, Alfredo de Reumonte; al poeta rhiniano Alejandro Kaufmann, al Ministro infortunado de Federico Guillermo III de Prusia, Lombard, y al abuelo de Bismarck, Anastasio Luis Menken, el ilustre consejero de tres reyes.

En unión de su noble esposa, en cuyas venas circulaba sangre de artistas, y que llamaremos la *Suleika de Hüffer* y la musa del canto, hizo de su casa, sita en la Coblenzerstrasse de Bonn, centro de hospitalidad y de amenas pláticas, perseverando allí el ambiente de cultura.

Postrado en el lecho por gravísima enfermedad, ni su entereza decayó un momento, ni sus amores literarios le abandonaron jamás.

Su última obra fué un artículo que escribió con entusiasmo juvenil sobre su paisana Anita de Droste, y su postrera satisfacción fué la nueva de que Düsseldorf acababa de abrir su biblioteca al busto de su hijo genial Enrique Heine, en torno de cuyo nombre se formaron los apasionamientos del aplauso y de la censura, pero á quien *Hüffer* permaneció fiel, creyendo en el vate en cuyas poesías están armonizadas sus cualidades múltiples y al parecer contradictorias: sentimiento y fantasía, entusiasmo y reflexión, jovialidad y tristeza, ilusión y escepticismo, ternura y sarcasmo, según dice bien su excelente traductor Teodoro Llorente.

*Hüffer* era el genio de la Universidad de Bonn é imprimió el sello de su autoridad á los *Juegos florales de Colonia*.

Con su muerte queda en nuestra alma un hondo vacío. Parece que algo nuestro se muere con él.

El 18 de Marzo se le condujo á la última morada, á la cumbre del monte de la Cruz, el camposanto de Poppelsdorf, pronunciando discursos ante su tumba el rector de la Universidad de Bonn, profesor Schrörs; el deán de la facultad de Jurisprudencia, profesor Landsberg; el presidente de la Sociedad Histórica del Bajo Rhin, profesor Schulte; el presidente de la Sociedad de Historia rhiniana, profesor Ritter; en nombre de los escritores de Alemania, el doctor Joesten, y en nombre del Consistorio de los Juegos florales de Colonia, el que escribe estas líneas.

Mientras hablábamos, lloraba el cielo, como si quisiera asociarse á nuestra tristeza.

Contribuyó como el que más á la erección de un monumento al renovador de la epopeya de los Nibelungos, Carlos Simrock, y al poeta rhiniano *Godofredo Kinkel*.

Este último forma un gran contraste con Armando *Hüffer*. Armando Kinkel pertenecía á esa pléyade de poetas batalladores y enemigos de lo existente, en la cual figuran los nombres de Anastasio Grün, Fernando Freiligrath, Hoffmann de Tallersleben, Jorge Herwegh, Roberto Prutz, Armando Rollett, Carlos Beck, Federico de Sallet, Francisco Dingstedt, Mauricio Hartmann y Alfredo Meissner.

Pero *Hüffer* falleció antes de que se levantase en Obercassel, donde el límpido y fresco Sieg azul se une con las ondas verdes del Rhin, el monumento á *Kinkel*, el poeta y patriota, llevando la lira y la espada, el investigador y campeón en pro de nuestra unidad nacional.

Nadie—excepto el padre Arndt—está gozando de mayor popularidad que él en el pueblo rhiniano, debiendo su fama *Godofredo Kinkel*, que nació en Obercassel, cerca de Bonn, el 11 de Agosto de 1815, á sus encantadoras y sentidas poesías, á su ameno poema épico, celebrando la vida á las márgenes del Rhin, titulado *Othon el tirador*, compuesto de doce aventuras; á sus tertulias literarias que se inauguraron en Bonn en Junio de 1840, con el nombre singular de *Sociedad de melolodones*, y, sobre todo, al poder de su elocuencia castellaniana, á las vicisitudes de su vida azarosa, á su martirio, á sus luchas de 1848 y 49, en pro de la libertad, que le valieron la pena de cárcel perpetua, libertándolo en Spandau en Noviembre de 1850, el estudiante Carlos Srchurz que, merced á sus cualidades sobresalientes y á su brillante carrera, que le llevó en 1861 á España como embajador, es en el día uno de los más distinguidos ciudadanos de los Estados Unidos.

Grande fué el infortunio de *Kinkel*. Perdió á su querida esposa, la reina de las tertulias de Bonn, la ingeniosa poetisa Juana Mockel, que compartió con él el destierro, dando *Kinkel* conferencias en Londres sobre bellas artes, mientras ella daba lecciones de canto. Ésta, en 1843 halló una muerte

trágica el 15 de Noviembre de 1858, precipitándose de la ventana de su casa.

Ansiando volver á su patrio Rhin para vivir como alemán entre alemanes, recordando el tiempo felicísimo en que estando sentado en una enramada saboreaba el néctar de las uvas, mientras la luna se levantaba sobre las ondas dormidas, murió el poeta, lejos de la patria, en la hospitalaria Zurich, el 13 de Noviembre de 1882.

Mientras los Siete Montes se levanten á las orillas del romántico Rhin; mientras el príncipe de los ríos alemanes sea alemán, no se perderá el recuerdo del poeta mártir *Godofredo Kinkel*.

JUAN FASTENRATH.



# CUENTOS CORTOS

## I

### DON QUIJOTE

CUENTO DE ACTUALIDAD

Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que deseando noches atrás echar mi cuarto á espadas en el centenario del *Quijote* y escribir un articulejo para la REVISTA CONTEMPORÁNEA, aguzaba el menguado ingenio mío sin poder dar cima á mi atrevido propósito, y era el punto y hora en que desesperanzado me determinaba á cantar la palinodia de mi insuficiencia, cuando de improviso, como por obra de encantamiento, abriéndose la puerta, se presentó ante mis ojos el propio y perilustre Don Amadís de Gaula, armado de todas armas, alto de cuerpo, blanco de rostro, negra y bien puesta la barba, de vista entre blanda y rigurosa, y corto de razones, como se verá más adelante.

Díjome que habiendo visto desde el limbo, donde creo que reside á la fecha, mi embarazoso aprieto, quería proporcionarme una entrevista con Don Quijote, de la cual pudiera sacar materia sobrada para escribir, no un artículo de revista, sino un tomo en folio de regulares dimensiones. Acepté gustoso el ofrecimiento del Sr. de Gaula y eché á andar tras él.

Al bajar la escalera y contemplar el atavío de mi extraño acompañante, quien llevaba, como digo, armadura completa, con su celada de encaje y su morrión guarnecido de plumas, intenciones me dieron de volver pies atrás, colarme en casa y

cerrar la puerta con llave y cerrojo, porque eso de ir, en los comienzos del siglo XX y fuera de Carnestolendas, con un caballero de aquella guisa tenía sus ribetes de imprudencia y era exponernos á que la pareja de *los del orden* nos metiese en la prevención más cercana; pero desistí de mi propósito: algo tenía que hacer por el centenario.

Ya en la calle, Don Amadís, señalándome un carruaje que á nuestro lado se colocaba, me invitó á entrar en él. Nueva sorpresa y nuevo embarazo el mío; el vehículo era negro como el de Doña Juana la Loca, tenía aspas de molino por ruedas y tiraban de él dos hipégrifos. Tomé asiento en el coche afectando tranquilidad, pero me hallaba dominado de horrible inquietud.

—¿No presume vuesa merced—me decía el Sr. de Gaula por el camino—que este nuestro Don Quijote, con aquel ingenio que tenía y lo mucho que de entonces acá haya podido aprender, hoy le encontraremos como si hubiera estado hasta la fecha sin salir de Alcalá?

Por no disgustarle no quise apuntar la noticia de que no estaba ya donde creía la famosa Universidad, sino un cantón de caballería, y guardé silencio hasta llegar al término del viaje.

Paró el coche, nos apeamos, y pude verme dentro de un vasto cementerio cuajado de sauces, pinos y cipreses; en el fondo destacábase una arcada de blanquecinas piedras cobijando porción de nichos, y por doquier alzábanse arrogantes mausoleos coronados por pirámides, cruces y estatuas. Estaba yo pesaroso de encontrarme allí, con más miedo que el infelice de Sancho cuando la triste aventura de los batanes; pero saqué fuerzas de flaqueza y me dejé llevar á la suerte, con los ojos espantados y el corazón reducido al tamaño de un glóbulo del sistema homeopático.

Nos paramos delante de un sepulcro, y dando Don Amadís dos golpecitos sobre la piedra comenzó ésta á levantarse como caja de sorpresa, apareciendo ante mi vista la figura de Don Quijote de la Mancha como Cervantes la describe, alto, seco de carnes, enjuto de rostro, armado caballero y con el yelmo de Mambrino á la cabeza. Conocido el objeto de nuestra

visita, me dispensó cordial recibimiento, y poniéndome la mano en el hombro, exclamó:

—¡Ah, señor mío, y cuánto envidio á vuesa merced! Muy otros son los tiempos que corren, y muy diferentes de aquellos en que yo fuí causa de general admiración por mi desventuradas aventuras. Agora se encuentra España de distinta manera de como yo la dejé. Dios misericordioso se sirvió volverme la razón, y con sus claros resplandores he podido inquirir que al presente vive vuesa merced en un siglo cien veces más dichoso que aquellos á que los antiguos dieron nombre de dorados. No acontece en estos días lo que aconteció en los míos, donde al esclarecido ingenio que dió á conocer mis famosos hechos se le zahirió despiadadamente. Entonces no se premiaba el verdadero talento, y se dieron principales y codiciados puestos á ruñanes y malandrines, gentes de bajos principios y torpes medios; entonces, y no lo tome á donaire vuesa merced, hubo administradores públicos que prevaricaron, hubo poetastro, de los de ciento en cuarterón, que por escribir sonetos laudatorios alcanzó pingües mercedes, y entonces hubo mujeres que faltando á su sagrado deber engañaron al marido. Indigno soy, por haber nacido en tan impudentes tiempos, de levantar mi voz donde todo es paz, concordia, hombría de bien, moralidad en la administración, rectitud en la justicia y desinterés en los hombres de todos los partidos cuando dirigen la nave del Estado.

Yo le escuchaba corrido de vergüenza, apretándome al mismo tiempo la boca con ambos puños para contener la risa que andaba retozando dentro del cuerpo y pugnaba por salir á borbotonas. Este pecador, pensaba para mis adentros, está loco lo mismo que el primer día.

—Vuélvase á la tumba por otra temporada, Sr. Don Quijote—dije dándole un apretón de manos,—y crea firmemente que ya no hacen falta en España los caballeros andantes, puesto que no hay agravios que deshacer, ni tuertos que enderezar, ni sinrazones que enmendar, ni abusos que corregir, ni deudas que satisfacer.

Luego que en mi cuarto solo me vi, de vuelta de la expe-

dicción, me hice el siguiente razonamiento: si estaba loco Don Quijote porque conceptuaba necesaria su presencia en los tiempos de Felipe III, ¿qué diremos de él ahora que se le figura no hace falta?

## II

## PERICO CALDERÓN

## CUENTO HISTÓRICO

Refieren los tan conocidos *Avisos* de Pellicer un episodio de la vida del gran dramaturgo, y por si el lector, distraído con sus muchas y perentorias ocupaciones, no lo ha leído, á pesar de haberse publicado en el celebérrimo *Semanario Erudito* de Valladares, vamos á referir el episodio citado, presentándolo con carácter anecdótico en cuanto sea compatible con la verdad histórica.

El lector sabe que en los tiempos del Rey D. Felipe IV el palacio del Buen Retiro fué una mansión de placer, una verdadera quinta de recreo. El castillo de Fontainebleau, con su parque y poblado bosque, debió sin duda mover el deseo del Rey poeta, para tener un remedo de aquella posesión á las puertas mismas de la villa, queriendo en cierto modo seguir las huellas del emprendedor Enrique IV de Francia, de quien oiría contar aventuras galantes, y á quien, ya que no en sus energías políticas, imitó algo y aun algos en sus concupiscencias.

El lector sabe también que en el palacio del Buen Retiro se construyó un teatro, donde se representaban comedias de los ingenios cortesanos, y que la construcción de este coliseo debió de terminarse hacia el mes de Enero de 1640, por cuanto en 7 de Febrero siguiente ya se daban en él representaciones. El teatro se construyó de la misma forma que los corrales de la Cruz y del Príncipe, con sus *aposentos* ó palcos, su *patio* y su *cazuela*, sitio destinado á las mujeres.

También sabe el lector que la esposa de Felipe IV, doña Isabel de Borbón, si bien era honesta dama al decir de los cronistas, parece que gustaba de divertirse, distrayéndose por este medio de los malos ratos que le hacían pasar los devaneos de su marido.

Se conoce que á la Reina le hubieron de referir la animación de un *corral* cuando se silbaba una comedia; quiso conocer el espectáculo, y una tarde, quieras que no, al primer poeta que se terció le silbaron una obra dramática para dar gusto á S. M. Divirtió á D.<sup>a</sup> Isabel la fiesta, y los cortesanos, distribuyendo gente *ad hoc* en patio, galería y cazuela, consiguieron repetir la silba con cuantas comedias buenas ó malas se representaban, buscando de este modo ocasión para congraciarse la voluntad real.

Es de advertir que como los espectadores que acudían al regio coliseo llevaban el deliberado propósito de alborotar, sabiendo que con ello se complacía á la Reina, excedíanse en demostraciones de desagrado, amén de otros escándalos á que la diversión daba pretexto: dígalos el que una vez colocaron una caja de ratones en la *cazuela*, soltándolos durante la representación, y dando el oportuno aviso para que fuera mayor el susto de las mujeres. Este espectáculo, según Pellicer, *se hacía más de gusto que de decencia.*

\*  
\*  
\*

En una galería del piso bajo del palacio del Buen Retiro, próxima al salón de comedias, tomaban el sol cierta tarde á fines de Febrero de 1640 y murmuraban á sus anchas tres barbilindos, quienes, después de cortar sus correspondientes vestidos al Conde-Duque, la emprendieron contra los empleados palatinos, los consejeros, las damas de la corte, las comediantas y los poetas, tocándole su turno á Perico Calderón, como le llamaban éstos, que deberían ser amigos suyos, puesto que hacían de él malas ausencias.

—Á fe mía—dijo uno de ellos, calatravo por más señas,— que la asistencia al salón de comedias del palacio del Buen Retiro resulta de más divertido entretenimiento que la fun-

ción de los propios corrales de la Cruz ó del Príncipe; y en Dios y en mi ánima os juro por quien soy que me alegra muy mucho esto de que silben á los ingenios todos, á ver si conseguimos que se le bajen los humos á Perico Calderón, puesto que aspira, como habréis observado, á recoger el cetro que abandonó á su muerte el incomparable Lope de Vega.

—Y no hay quien le reemplace—objetó otro,—ni el anciano padre Téllez, ni Paco Rojas, ni el Sr. Moreto, ni el secretario Hurtado de Mendoza que, si bien es discreto, escribe poco.

—He oído—replicó el calatravo—que como Perico Calderón sabe que le han de silbar la comedia que se está ensayando en estos momentos, parece que anda buscando empeños para que D.<sup>a</sup> Isabel permita aplaudir la tarde que se estrene la farsa.

Los interlocutores hallábanse reunidos delante de una puerta que cubría pesado tapiz, y distraídos con la conversación no advirtieron que éste se había movido como si una persona se hubiera detenido de repente al ir á alzar la cortina para entrar en la galería. Metidos de lleno á murmurar del famoso poeta, haciendo coro al calatravo, apostrofáronle de intrigante, adulador, entrometido y jactancioso, pues los espíritus mezquinos, cuanto mayor mérito reconocen en un ingenio, con más ahinco ceban en él los picotazos de su envidia.

En esto levantóse el tapiz y apareció en la puerta la figura de D. Pedro Calderón, quien, demudado el rostro, ceñuda la mirada y afectando una mal disimulada tranquilidad, se encarró con el calatravo, dirigiéndole estos versos de *Mejor está que estaba*, comedia estrenada en 1631:

Aunque tantas causas tengo  
para vengarme de vos,  
porque á Palacio respeto  
os sufro la demasía,  
os paso el atrevimiento.

No ando buscando empeños para excusar una silba; miente quien tal dijera.

Y agradeced que os respondo  
con la lengua y no la espada  
á tan descortés malicia,  
á sospecha tan villana.

El calatravo, sorprendido por la repentina aparición del enojado poeta, conceptuó cobardía ofrecer satisfacciones en presencia de sus compañeros, y habiendo contestado con altaneras frases á Calderón, terminó la plática brillando en el aire las espadas, y resultando con una herida el autor de *La dama duende* y de *Casa con dos puertas*, comedias ya famosas, es decir, ya publicadas en este año de 1640.

En la época de Felipe IV era cosa corriente que acabase una discusión *levantándose unas cuchilladas*, y Perico Calderón no pudo sustraerse al influjo que en su manera de ser imprimieran las costumbres de sus contemporáneos.

### III

## MEFISTÓFELES

### CUENTO FANTÁSTICO

Una tranquila y apacible noche de primavera se hallaba el autor de este artículo en el balcón de su modesto domicilio contemplando Madrid casi á vista de pájaro, pues tal calificación merece la respetable altura de un piso tercero, según la moderna nomenclatura usada por los propietarios matritenses.

Comparando la tranquilidad de mi cuarto con la vida y animación de la calle, hubo de ocurrírseme una idea que se transformó en deseo tan pronto como adquirió forma. Fuera bueno exclamaba yo, tener una casa que por un lado estuviese en Madrid y por otro en la sierra, donde se respirase ese aire puro y embalsamado de aromáticas esencias que solamente se halla lejos de las grandes ciudades. De un lado tendría los teatros, los cafés, las redacciones de los periódicos, la vida de agitación y movimiento de la corte, de otro la caza en el soto, la vista de la montaña y del río, la naturaleza en todo su es-

plendor apagando el fuego de nuestras concupiscencias con la quietud y el reposo; de un lado el continuo clamor de nuestras ambiciones; de otro, el dulce tañido de la campana que revolotea en el hueco de la ojiva, y que lanzando al espacio su metálica voz va extinguiéndose poco á poco de valle en valle, como se extingue de año en año en el corazón del hombre el sentimiento de la pureza. Sólo por obra de encantamiento podría esto hacerse, y tentado estoy, cual otro Fausto, de invocar el espíritu infernal para que me transforme el reducido patio de la casa en la perspectiva panorámica más deliciosa que se haya contemplado en cinematógrafo.

No bien hube terminado este monólogo, cuando precedida de un resplandor extraño y de cierto ruido vago é incomprendible se apareció ante mí la figura de Mefistófeles, no con el vestido rojo que venía usando en el mundo desde Goethe acá, sino con un trajecito de *gibiot*, á la última moda, lo cual me hace sospechar que ha de haber sastres en el infieruo, y vaya esto por vía de paréntesis.

—Tu deseo me invoca—dijo el diablo con una voz parecida á la de Donato Jiménez haciendo *Entre bobos anda el juego*—y vengo á favorecerte. Si no quieres más que tener una casa con dos fachadas, de las cuales una dé á la corte y la otra al campo, ya puedes decir que se te ha quitado el amargor de la boca.

—Dígame usted, señor de Mefistófeles—pregunté,—¿cuánto me va usted á llevar por este servicio?

—Nada—dijo con sequedad, como un ministro de Hacienda cuando contempla las arcas del Tesoro público.—Has deseado una tontería y te la voy á conceder para demostrarte que eres un majadero.

Abrió el diablo una ventana que hasta entonces había dado á un estrecho y raquítico patio, y me mostró la pintoresca sierra de Guadarrama. Era de día. Mi cuarto parecía enclavado en la plaza de un pueblo. Por la izquierda se alzaba un grupo de pequeñas casas cuyas fachadas estaban formadas de grandes y desiguales piedras; más allá aparecía la iglesia de gótica torre de granito, prolongándose majestuosamente sobre las viviendas del pueblo; por otro lado se extendía un ancho

río, alegrando con el ruido de sus aguas el ánimo triste y abatido; en el fondo altas montañas con los picos nevados, y por todas partes la naturaleza convidando á la meditación y al reposo.

Mefistófeles, después de colocar una escalera cómoda y segura, se despidió á la francesa, dejando en la habitación un agradable aroma del agua de Colonia: por lo tanto, creo yo que el tradicional olor á azufre no lo usan los modernos allá abajo.

Gozoso de verme con tal privilegio, quise hacer partícipes de él á mis amigos, parientes y convecinos, y me fuí en busca de todos para que disfrutasen conmigo de aquella ventura.

Por el primer momento todo fué bueno: se almorzaba á la orilla del río, se comía al pie de la montaña, se asistía por la noche al café ó á una representación de la ópera.

Pero... aquí empezó el autor á padecer. Corrió la noticia de boca en boca y empezaron á llover sobre mí molestias é incomodidades. El uno que necesitaba respirar el aire del campo, el otro que estaba convaleciente, éste que le habían recetado grandes paseos, aquél que tenía pobreza de la sangre, una vieja que padecía de la vista, una joven que se quejaba del pecho: mi casa, en fin, parecía un establecimiento de aguas medicinales. Y á más de esto, ya me traían unos niños para que los sacase á pasear, ya solicitaban permiso para pasar unas familias que se iban de merienda, ya unos rivales que querían batirse, ya una partida de cazadores con un par de perros que se comían los bollos del postre.

La comodidad que Mefistófeles me había proporcionado llegó á ser una molestia insufrible, y un día le supliqué dejase la habitación como la tenía anteriormente, á fin de que me dejasen tranquilo en mi rincón. Desde entonces no quiero ser nada, ni valer nada, ni servir para nada. Mefistófeles es un diablo que conoce bien el mundo.

CARLOS CAMBRONERO.



# ALGO SOBRE IMPRESIONISMO EN EL ARTE

## DE LA PINTURA MODERNA

Perdonad si es que delinco,  
no delinco por maldad.

(... ..)

Ya sé que el camino escogido por mí es espinoso, porque desde el primero hasta el último paso que por el dé serán una serie de pinchazos y tropezones, y no ciertamente por la inseguridad impulsada á mi planta, que podrá haberse equivocado en el derrotero, pero que afronta con la seguridad de una convicción todos los peligros, sino por un cúmulo de obstáculos difíciles de vencer, pues las huellas que en él dejaron los que le frecuentan son no sé si más grandes ó más chicas, pero sí diferentes á las mías.

Voy á tratar del impresionismo en el arte de las pintura, primero, sin meterme á despertar la historia de su dormido origen, pues la mayoría conocerá su sueño; y segundo, sin recurrir á otros alardes literarios que los de la claridad y comprensión; esto es, lisa y llanamente.

Haré constar desde ahora que, si vengo á combatir una revolución en el arte, no lo hago por ser mi opinión conservadora en cuanto á él se refiere, sino precisamente porque deseo su mayor libertad, pues ésta es en todas las manifestaciones de la vida la mayor riqueza que puede poseer el hombre, para poder dar el fruto que en su alma y en su cerebro germinen; y dicho esto, entraré de lleno en el asunto.

¿Es necesario falsear la naturaleza para buscar en ella la verdad de la poesía?

¿Es que antiguos y modernos maestros, pues como tales son y serán tenidos Rafael, El Greco, Velázquez, Murillo, Ribera,

Ticiano, Veronés, Tintoreto, Rubens, Van Dik, Rembrandt, Claudio de Lorena, Wantehán, Goya y tantos otros ayer; y hoy Rosales, Pradilla, Villegas, Domingo, Moreno Carbonero, Haes, Casimiro Sáinz, Pinazo, Sorolla, etc., etc., están ciegos ante el natural, y por lo tanto carecen de sentimiento analítico y de observadora verdad? ¿Ó es que la naturaleza ha sufrido tal transformación en sus matices, en su ambiente, en su aire desfumador de tonos?... Yo no lo comprendo; y no solamente no lo comprendo, sino que llego en esto hasta el absolutismo, en ideas artísticas, de negarles sincera realidad en sus concepciones á los cultivadores del impresionismo.

Se inspiran mis ideas en mi manera de ver y sentir el natural, y en los maestros de todas las épocas y países que con sus distintos temperamentos y ambientes se retratan y dan su opinión á pinceladas en el grandioso libro de la pintura, de cuyo libro tenemos hermosas hojas en nuestro Museo del Prado.

Desde los antiguos tiempos que la historia sin suposiciones escribe, y concretándonos solamente á la pintura, pues el color es el punto de nuestras miras, hasta este momento que traduzco mi opinión, tuvo el hombre la necesidad de expresar la impresión por él sentida, de un hecho real, y tomando por modelos los seres y cosas que en el mundo existen, puso en su interpretación su mayor talento, siendo la suma aspiración de todos los artistas el poner su obra en tal extremo de semejanza con el natural, que haga al espectador, siquiera sea un momento, vivir la misma vida de sus personajes si á cuadro de figuras se refiere, y respirar su ambiente ó sentir su sol si reproduce un paisaje.

Así, por lo tanto, vemos en el cuadro de Velázquez *Las Meninas* la portentosa realidad que encierran aquellas figuras, aquel perro y aquel fondo, realidad por nadie superada y que logró el maestro por una extraordinaria compenetración y por un refinado análisis de la vida que traducía. Así podemos sentir el respeto que ejerce sobre nosotros la contemplación del cuadro de Rosales *El testamento de Isabel la Católica*, cuyo sentimiento de respeto se produce en nosotros, porque asistimos en aquella cámara á media luz al acto que en ella se

desarrolla, y nos parece escuchar el eco de la voz que se apaga en aquel lecho, y el rasgar de la pluma sobre el pergamino y el suspiro cortado de aquel Rey. Así podemos asistir al *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros*, cuadro de Gisbert, y participar de la frialdad de aquellas cabezas que destrozara el plomo, y sentir el calor de aquellas ideas que volarán para retoñar eternamente al abrirse los cerebros. Así podremos comprender en aquel anciano que retrocede, la lucha entre el ideal y la materia, lucha entablada al sentir sobre sus ojos la venda que los apagará para siempre. Así podremos compenetrarnos con las ideas que encierran los cerebros en los retratos pintados por El Greco, Velázquez, Van-Dik, Moio, Rembrant, Goya y nuestros contemporáneos Pinazo, Sorolla, etc. Así podremos extender la vista y dilatar los pulmones, por los lejanos horizontes de Claudio de Lorena. Así podremos atravesar los *Picos de Europa* conducidos por el pincel de Haes. Así escucharemos el rumor y aspiraremos la frescura que exala el *Nacimiento del Elvo* de Casimiro Sainz. Así dirigiremos un recuerdo á nuestros muertos ante el cuadro *La oración de la tarde*, poema de Uguell.

Claro está, y no es necesario esforzarse en demostrarlo, que estas impresiones, que estos sentimientos que se nos despiertan, que estas sensaciones que nos conmueven, son por la fuerza avasalladora de identidad que brota del cuadro, cuya fuerza ejerce en nuestros ojos, en nuestro cerebro y en nuestra alma el vibrante reflejo de la realidad.

¿Cómo podrán aducir los impresionistas la filosofía de su color, si esta filosofía totalmente contraria se encierra en las obras que he citado y en miles más que fueron y son producidas? ¿Cómo encontrar más idealización, más sentimiento y más verdad que en esas *gloriosísimas falsificaciones* de la Naturaleza que nos engañan hasta el extremo de sentir realmente pena ó alegría ante un cuadro que la finge? ¿Cómo pretender enseñarnos otro sol y otro ambiente que el que nos abraza y nos satura?...

Al llegar aquí, tengo que citaros un hecho curioso, tanto más curioso por encerrar la contraposición más absoluta de

dos escuelas distintas, puestas en práctica por un artista en el mismo cuadro.

El hecho es el siguiente: Encontrándose en un pintoresco pueblecito de una provincia del Norte de España uno de nuestros más notables escultores, referíame que halló un día á un artista extranjero pintando á pleno sol un trozo al natural. Era éste una casa de pobre aspecto enjabelgada de blanquísima cal con sus huecos de puerta, balcón y ventanas ornadas de flores y plantas trepadoras, y colgada en la fachada junto al balcón una jaula. Agradó á nuestro escultor el sitio, y curioso, se acercó para ver la pintura; pero su asombro fue grande cuando vió que sobre el lienzo en el cual estaba miniado, más que dibujado, todo aquel conjunto, y alrededor de la jaula, de los huecos y de las recortadas plantas, iba poniendo el pintor, tras examen continuo del natural, una serie de franjas de colores puros cual trozos de arco iris. Al día siguiente vió lo mismo, y satisfecha su curiosidad y no encontrando razón lógica en lo que veía interpretar, dejó su examen.

Pasados tres ó cuatro días volviendo por el mismo sitio, acercóse al pintor y fué mayor su asombro y fué mayor su perplejidad cuando, en vez de un muestrario de colores, se encontró ante un hermoso trozo de pintura. Una de las ventanas con sus flores y sus plantas trepadoras, la jaula, las proyecciones de sombra y el vibrante haz de luz del caleado muro, medio cuadro, en fin, era la realidad fidelísima y valientemente pintada. Y vió pintar y desaparecer bajo el pincel, cargado del arte profundo observador y realmente poeta, todas las soñaciones alquimistas del obsesionado investigador.

Es indudable que aquel pintor veía como base y como preparación para llegar á la verdad todo aquello que puso; pero es más indudable que se acercó á la realidad cuando hizo leal y razonablemente por encontrarla. ¿Fué necesario lo primero para lo segundo en el total resultado representativo de la interpretación verdad? Yo como pintor no lo creo necesario en ese caso ni esa forma, pero tampoco lo combato ante el resultado hermoso de una bien entendida y expresada obra.

Será cuestión de procedimientos distintos en sus principios para venir á lograr el fin supremo de la verdad.

Este caso nos retrata el refinamiento del impresionismo subyugado por el naturalismo puro, y como la fuerza del naturalismo es incontestable y única, claro está fuera del idealismo, puesto que el naturalismo refleja fielmente todos los estados del alma exteriorizados en la expresión del cuerpo y particularmente allí donde funcionan el cerebro, la vista, el oído, el olfato, etc. Donde el odio, la envidia, la ira, la caridad, la dulzura, la pureza, la alegría, todo, en fin, cuanto hace y descubre al ser humano, en sus múltiples contracciones y coloración, tiene su filosofía analítica y su poesía honda. Y como el realismo existe tanto en el bosque sombrío y apartado como en la pradera riente, oscuridad misteriosa que nos mueve al silencio y meditación, y brillantez que nos incita á la expansión y alegría, es incuestionable que si por la verdad y tranquilidad del dibujo y coloración y por el sentimiento arrancado á la poesía logramos impresionar, será debido al mayor análisis razonador que del objeto copiado hayamos hecho. Porque yo pregunto: ¿Logró la inteligencia y el alma del hombre descubrir de una manera clara y precisa, sin dudas ni suposiciones, el límite real de lo ideal en los seres y las cosas, en la naturaleza viva y en la naturaleza muerta? ¿Llegó á descubrir todos los encantos y misterios que en su dibujo, en su color y en su espíritu encierra un paisaje? ¿Encontró completamente el non plus ultra de la expresión en las pasiones humanas?

Todos, dejando hablar con libertad á nuestra conciencia, sabemos que no, y porque lo sabemos, estudiamos y analizamos, y porque estudiamos y analizamos, comprendemos cada vez más, de un trabajo en otro, la compenetración de nuestro ideal con el ideal mismo.

Decía que no comprendía y que negaba la interpretación sincera de la realidad externa é interna en las obras de los pintores impresionistas, y al decir esto, no pretendo negarles alma poética y soñadora en su mundo puramente ideal, entiéndase bien, en su mundo puramente ideal y, por lo tanto, con la menor dosis posible de naturalismo, cosa que á mi juicio es de tan transcendental importancia, supuesto que la interpretación de una idea y de un sentimiento es la manera de que el pintor se vale para expresarla y hacerla comprender.

Es muy generalizada la especie de que el artista (siempre me refiero al artista pintor) interpreta la naturaleza embelleciéndola é idealizándola en lo que tiene de pobre y deficiente, y yo ahora, sin meterme á descender en las deficiencias me atreveré á decir puramente locales de la forma y del fondo externo é interno de un individuo ó de un trozo de paisaje, afirmo que el artista lo que hace es efectivamente en muchos casos embellezer la naturaleza supliendo sus defectos, con otras bellezas vistas, sentidas y arrancadas á la naturaleza misma. Eso es lo que hace el artista profundo y soñador. Enamorado de una idea, la realiza siempre corrigiendo aquellas partes desarmónicas de línea, de color y de sentimiento expresivo, para lo que se vale de línea, de tonos y sentimientos más perfectos que guarda como reliquia, y que halló en el campo en tal sitio y tal hora, ó en tal individuo en tal ocasión. Esto, como digo, lo guarda y conserva, y empezada una obra en que se desarrolla, por ejemplo, una escena de dolor, nunca recurre ni se concreta al mejor ni peor dolor expresado, pero siempre fingido, del modelo que sabe á lo que va, sino que recurre á su imaginación, y uniendo las múltiples expresiones de dolor que penetrando en ella se grabaron, las examina y las expresa en el momento tan hermoso de la inspiración. Y lo mismo que sucede con un cuadro de figuras sucede con un cuadro de paisaje. ¡Todo habla al alma, si el alma sabe escucharlo! ¡La naturaleza es perfecta, lo que es necesario es saber, ver y encontrar sus perfecciones! Y claro es, como el color fielmente encontrado, con la exactitud del dibujo, es parte importantísima en la vida y espíritu de un cuadro, si pusimos exactitud y verdad en el segundo, tendremos que poner lo mismo en el primero.

Y vamos ahora con el Diccionario de la lengua castellana, que dice:

«**Impresión.**—Movimiento que las cosas causan en el ánimo. Hacer impresión una cosa. Fijarse en la imaginación ó en el ánimo conmoviendo eficazmente.

**Impresionar.**—Fijar por medio de la persuasión ó de una manera conmovedora en el ánimo de otra una especie, ó hacer que la conciba con fuerza y viveza.»

Creo que la definición es clara y terminante. Esto es, lograr un efecto rápido y decisivo, y esto, aplicado á una obra de arte, puede lograrse lo mismo en una obra completamente estudiada y terminada, que en una obra de ejecución rápida.

Será cuestión de detalle, pero nunca de espíritu.

Así es que yo admito el impresionismo en cuanto á la ejecución rápida. En cuanto á la totalidad del tono, en cuanto á la demostración verdad, por medio de grandes masas de color, sin que dentro de estas masas se estudie el detalle.

Por lo tanto defiendo y admiro de igual manera por su impresión profunda el cuadro de Rosales *La muerte de Lucrecia*, con su ejecución valiente exenta de detalles en el dibujo y color, pero de una fuerza analítica grandiosa de forma, de color y de asunto. Como admiro el *Fusilamiento de Torrijos*, de Gisbert, con su correcta línea, con sus estudiadas tintas y con su derroche de fuerza dramática en aquellas cabezas, en aquellas manos, en aquellos cuerpos llenos de rígida serenidad, noble expresión de quien muere por una idea redentora.

Del mismo modo, defiendo y razono la impresión de realidad que hace el cuadro de Casas, *Barcelona en 1902*. Allí, la forma individual no se precisa; allí el color no se detalla porque no se debe detallar; lo que es necesario, es que el espectador se meta en aquel círculo y participe de aquel pánico, y entonces verá la síntesis de aquel tono tranquilo y general sin colorismos falsos y sin forzadas tintas. ¿Puede negarse ante la contemplación de este cuadro que nos hallamos en un caso agudo y de impresión? ¡No! Pero tampoco puede negarse que la impresión está lograda por la justa sencillez de sus tonos, vistos con extraordinaria sinceridad. ¿Cómo puede ser lógico y razonable el hacernos participar de una impresión de color, recurriendo para ello á una manifiesta exageración de tintas?

Resumiendo diré, que comprendo al impresionista, con toda la fantasía de sus tonos, en la pintura puramente decorativa: techos, panós, etc. Es decir, allí donde la verdad de dibujo, de color y de asunto no es necesaria; donde el capricho puede libremente campar, puesto que su campo es la inmensidad de la fantasía sin límites, y esa misma fantasía les presta

su mayor defensa encantadora. En todo esto, encuentro la vida de esa escuela; pero nunca la hallo razonada de una manera que convenza en el cuadro propiamente dicho, sea éste de asunto, sea de costumbres ó expresión de la naturaleza muerta.

UBALDO FUENTES.

# COSAS DE LA VIDA

---

## LA VIDA

La vida está cambiando su orientación. Hemos consultado al cerebro para solucionar una situación que nos hacía infelices, y éste ha mostrado el absurdo en que vivíamos.

Desde el momento en que no podemos ó no queremos suicidarnos, se impone la vida, y por lo tanto, la felicidad de la tierra. Y, sin embargo, desde tiempos remotos hemos procurado persuadirnos de que resulta efímero y estéril todo amor puesto en cosas de este mundo; hemos denigrado con ensañamiento de vengador todo lo que pudiera ser nuestro consuelo en *el valle de lágrimas*. Ha sido cuestión de amor propio ésta de probar nuestra desdicha, llevada hasta el punto de considerarnos desgraciados á la fuerza, por tesón, para demostrar experimentalmente la veracidad de nuestros pesimismo. Ganamos el pleito y fuimos desgraciados en fuerza de creérnoslo. Parece risible la cuestión de puro indignante y absurda; pero no por eso es menos cierta.

Hoy, al cabo de los años, van naciendo algunas personas que prefieren dar su brazo á torcer á cambio de una felicidad mayor que la existente. «Si el hombre consiguió la desgracia—piensan,—más fácil será el logro de la dicha, pues en esta última tarea existe un aliciente alentador y risueño.» La cosa es lógica, y por lo mismo no es del todo cierta, pues en la conducta de los humanos suelen escasear los silogismos. No es del todo exacta, porque hoy se considera un galardón la desdicha y es de buen tono la actitud indolente del vencido. Tiene el hombre mucho de los enfermos crónicos: tan conformados están ya con su padecimiento, que hallan en la dolencia motivo de presunción y amenidad. Por esto no es fácil

inducir al hombre á la conquista de la dicha, pero es posible; bastará que surja una esperanza potente; bastará que los médicos no desahucien para que el enfermo busque algo mejor. Su instinto es ese. Todos los sentidos razonables que aún le quedan, claman, exigen un bienestar en la tierra.

Yo creo que ha de ser el arte factor principalísimo para este logro. Por él ha de comenzar la metamórfosis. Si hemos de amar la vida, procuraremos hacerla amable; no hay para esto más camino que descubrir la belleza natural de las cosas, y esto es misión artística. Yo creo en la influencia del arte en las costumbres, influencia poco precisa tal vez, no absoluta desde luego, pero cierta. Si hoy no concretamos el rumbo que ha de tomar un pueblo por efecto de tales gustos literarios, cúlpese á nuestra percepción mental. No por desconocida es menos real la trama de las cosas.

Por tanto, los iniciadores de las corrientes vivificadoras modernas han de buscarse en los artistas nuevos.

Aquí será provechoso advertir que por esa carretera de la nueva vida, como por todos los caminos, circulan ó acechan gentes de mala catadura. Son los que piden imperiosamente hombres viriles poderosos, de inteligencia sana. Y es claro, cuando se habla de todas estas cualidades surge en letras mayúsculas, la mágica palabra: *Juventud*. Toda la esperanza se cifra en hombres jóvenes, y es cosa generalizada el creer que éstos han de amar únicamente los ejercicios corporales si quieren formar una generación progresiva. Comprendo esta creencia absurda, porque durante muchos años se ha dado al espíritu una preponderancia exclusiva, y ahora que, pasado el tiempo, sospechamos si ese espíritu no será una quimera más de cuentos infantiles, queremos deshacer el error dignificando el cuerpo. Comprendo, pero no disculpo. La manía del exclusivismo es poco laudatoria.

Se tiene á los artistas como desequilibrados, neuróticos, inútiles para la vida y, por lo tanto, se ensalza á los jóvenes de constitución física resistente, desdeñando toda manifestación de intelectualismo, sea el que fuere. Las personas contadísimas que admiten compatibilidad entre el arte y la fuerza juvenil, son personas de razón reducida y espíritu sectario:

sólo entienden por virilidad los términos rudos, violentos. Son los rivales de la regeneración abúlica, y para mí tienen un solo defecto: ser rivales. Rival en estas tierras donde nadie aprendió á ser enemigo, vale tanto como tener sistemáticamente, por obligación y espíritu de cuerpo, ideas opuestas al partido que han de combatir. Por eso los defensores de la vida, los que pretenden ser robustos me parecen abúlicos de la acera de enfrente. Son personas que cifran su ideal, sin duda alguna, en tener una aristocracia del músculo—del músculo *solo*—regida por un dios atleta y un santoral para sus rezos cotidianos redactado en los circos y en los *clubs* de *sports*. Tengo para mí que en su furia fanática no han de admitir más iglesias que los gimnasios ni más bautismo que las duchas. Son personas temibles; pasan el día dándoos golpes en el hombro á modo de saludo; la fuerza vital les hace expansivos, rudos, francos, alegres, y este buen humor se manifiesta con carcajadas importunas; si comen, hablan con la boca llena para testimoniar de este modo su buen apetito; las pulcritudes son, sin duda, pequeñeces y escrúpulos de gente anémica y adamiselada. Desde luego todas las franquezas materiales que van dichas tienen sus análogas en la parte moral y, por lo tanto, en el terreno artístico. Aludo principalmente á esos labriegos del intelecto que dicen chistes sucios en la mesa, bajo pretexto de amenizar, y afirman que huir de tales diversiones es tener el estómago enfermo. Se entiende por manifestación robusta la fuerza activa, y así, propagándose el error, vemos personas que necesitan de contendiente para forcejear ejercitando sus energías gañanescas que no saber estar en reposo; vemos una cantidad más ó menos grande de sujetos que, pretextando preparar el mundo para la vida fuerte, son agresivos, biliosos, gruñones; se han quedado por siempre en la actitud del que amenaza, se indignan por costumbre y es de creer que la batura de la tierra nació para que pudieran ellos hacer su labor de cochinos: gruñir hociqueando en el estiércol. Lo más sensible del caso es que sobran motivos para protestar, pero molesta el continuo y, sobre todo, el sistemático descontento, cosa que me entristece al fin y al cabo, pues me dan lástima esos predicadores de un placer terrenal que no han gusta-

do, á quienes nunca he visto respirar con la serenidad del grande. Tanta lástima me dan que los mataría de buen grado; cosa de provecho á la larga, pues la utilidad de estos seres se percibe despues de la matanza, en los meses de Diciembre y Enero.

Si algunos han entonado cánticos á lo nuevo, siquiera sea por venir, ha sucedido algo curioso: cantaron en símbolo y el símbolo fué aplicado después á lo real. Es decir, que yo no puedo ser aficionado á las puestas de sol, pues el crepúsculo significa todo lo que muere, ni puedo amar la noche, porque no hay sol y ese sol es fecundo.

Tal consecuencia parece haber arraigado en los pintores. La juventud siente atracción irresistible hacia los mediodías cálidos: añiles intensos, rojo blanco, todo incandescente, cegador, brutal á fuerza de oftalmías. Pero como la pintura es algo que *entra por los ojos*, se ve más clara y prontamente la mixtificación que si tratáramos de otro arte cualquiera. No hay tal amor por las luces ecuatoriales; hay tan sólo vicio de corderos que no pueden caminar sino en manadas. Siguen á los maestros que pintan el sol y se curan en salud condenando la sombra. Y aun no pensando en esto se halla otra explicación: la luz indecisa del crepúsculo y la luminosa carencia de luz en las noches de Agosto son cosas peliagudas para los pintores de sol. Podrán ser dificultosos los caprichos de luz levantina, pero la paz solemne de los campos, cuando las mulas vuelven al caserón, trueca lo difícil en imposible. No hay otro secreto. Las aspiraciones inquietas y eternamente descontentadizas del creador quedan atrofiadas por la bajeza del espíritu. Los artistas que pudieran ser altos despreciadores, tienen vanidades mezquinas y se rinden a la más diminuta alabanza. Luchan tal vez en los comienzos y dan al público sus primeras obras, donde ponen más buena fe que maestría. Si la casualidad quiere concederles cuatro aplausos, flaquean. No se rinden al parecer, porque en su interior saben de sobra que los ensalzamientos provienen de personas poco entendidas; comprenden que los mismos ensalzadores son incapaces para comprender todo lo bueno que pudiera haber en sus obras si en ellas realizasen el ideal artístico soñado—¡pero la pequeña gloria les mima tanto!—Sus es-

fuerzos desde entonces van encaminados á conservarlas: de aquí el sistematizamiento de la mayor parte y de aquí las teorías curiosas que propalan fingiendo seguir un camino legal. Son demostraciones que inventan, con el objeto de acallar remordimientos y engañarse á sí mismos, que después crecen y se tornan en parapetos defensivos y que más adelante, ya ensoberbecidas, son ellas quienes atacan y aguijonean á todo el que no va por sus caminos.

Cuando veo que alguien alborota demasiado con ademanes descompuestos de voceador callejero, pienso que tiene alguna mala fe oculta y quiere, inconscientemente ó no, distraer como los prestidigitadores á fuerza de palabras. No detenerse á escuchar historias de plazuela, son demasiado burdas para que tengan arte ni aun sinceridad. Pintan en su cartelón miserias del vivir, chafarrinando escenas sangrientas para extasiar á los soldados y criadas, únicos que llegarán á comprar sus versos criminosos. Debieran tener nombre de plaga. Como existió la época decadente de los enfermizos, de los meticulosos que desdeñaban todo lo decisivo, llegaron éstos, los revolucionarios, con la bullanga inharmónica del pueblo contento. Tal vez la sangre se habrá renovado un poco, tal vez los ideales se habrán orientado más risueñamente; pero el arte ha seguido padeciendo, pues si los últimos trajeron salud, rompieron, en cambio, los jarrones japoneses que acertaron á fabricar artísticos los débiles sectaristas del refinamiento.

Ya se me alcanza que los períodos de transición, como el actual, traen más fanáticos de nuevo cuño que pensadores, artistas y discretos creyentes. Yo sé que al abrigo de toda nueva idea medran los falsos, los perjudiciales, y, por lo tanto, no me escandalizo ni sublevo al presenciar lo que ocurre; son contrariedades molestas, pero inevitables y de naturaleza: me limito á limpiar mis rosales del pulgón mortífero. ¿Qué fuera de los jardineros si las plantas no necesitasen cultivo? Yo conservo gratitud á los parásitos, porque gracias á ellos tengo un entretenimiento al extirparlos ó al poner los medios para su extirpación.

Tal es mi tarea: cultivar el jardín canturreando. Razón sobrada tienen los descontentos para envidiarme: cuando llegan

los meses benignos, bajo muy de mañana al jardín; los pájaros y yo nos sentimos contentos al ver cómo los rayos del sol temprano ponen sus luces de cristal en los árboles. Entonces es cuando paseo, deteniéndome para mirar, con ojos escrutadores y proyectos de castigo en el ánimo, si el gato pisoteó el macizo de los pensamientos ó los pájaros trataron de picotear mis racimos agraces. Después cojo el fruto más en sazón de la higuera que hay junto al brocal del pozo y me deleito con su miel. Más tarde, al mediodía, busco la sombra de una acacia, colocándome al abrigo del sol fecundador; y, más tarde, cuando llega el crepúsculo, dejo mi trabajar y salgo al campo.

Créanme los que ven tanto bilioso gritando siempre sin cantar jamás: basta con tener amor á las flores para que el bienestar ponga un poco de paz en el alma.

Tened mucho amor por las flores, ¡tanto amor por las flores, que lleguéis á tener amor por el cultivo! Tal es la vida.

MANUEL ABRIL.

# CANTO ALEMÁN

*(Á Teresa y Carmen.)*

Fué notoria la influencia principalísima que ejercieron los poetas alemanes en el ánimo y en el espíritu del pueblo de su nación cuando se preparaba, como ellos dicen, para el gran momento de la guerra franco-prusiana, 1870-1871.

En previsión de los sucesos decisivos para la vida y porvenir de tan importante Estado, que fatalmente habían de tener lugar, dada la enemiga siempre latente que continuamente se revelaba existir entre ambas naciones poderosas, á contar principalmente desde la época victoriosa del primer Napoleón, los hombres políticos alemanes, el gran Bismarck á la cabeza, no descuidaban un momento en colocar á su patria bajo condiciones inexpugnables, en situación de afrontar y vencer, como así sucedió entonces, á su poderoso rival; quien, fuerza es decirlo, resultó ignorar los grandes recursos y la potencia invencible de su contrario, ignorancia que puso de manifiesto el ilustre Thiers en aquella sesión memorable de la Cámara francesa, en la que él, arrostrando la impopularidad en su nación, con patriótica elocuencia se oponía, él solo, tan enérgica como inútilmente á la declaración de guerra que se sancionó.

No fué extraño, pues, que al sonar el clarín guerrero se levantara Alemania como un solo hombre, y acudiera resuelta y animosa á la frontera en defensa de su patria, para firmar en Versalles, en la corte predilecta de los Reyes de Francia, el tratado de paz, que perfeccionó y dió estado á su resurgimiento y á su completa unión bajo la corona imperial que hoy mismo la ennoblece.

Entre los poetas populares que más se distinguieron en

aquella época puede citarse á Hoffmann, Freiligrath y Max-Schneckburger, á este último muy especialmente, de cuya poesía «¡Al Rhin!» hemos oído decir á alemanes mismos que ella influyó en la consecución de la gran victoria más que todas las armas de guerra juntas. Dejando á éstos la responsabilidad de semejante afirmación, nuestro objeto no es otro, al trazar estas líneas, que dar á conocer á nuestros lectores la traducción literal de los patrióticos versos de Schneckburger; literalmente, como decimos, porque la inspiración, la parte espiritual de toda poesía, sentida por el poeta, no es materia traducible, cualquiera que sea la lengua de que se trate, y mucho menos estaría ello á nuestro alcance tratándose de nosotros.

He aquí la traducción:

## ¡AL RHIN!

Resuena un grito con fragor de trueno,  
las armas crujen y rebrama el mar:

¡Al Rhin, al Rhin, al gótico Rhin!

¿Quién quiere del río el suelo guardar?

¡Patria amadísima, cese tu alarma,  
que fuerte y fiel el río se guarda!

Rápido conmueve aquél la multitud;  
chispas de los ojos brotan á tropel;  
á la frontera la juventud acude  
de Alemania animosa y fiel.

Patria amadísima, cese tu alarma,  
que fuerte y fiel el río se guarda!

El joven mira del cielo los confines,  
do el espíritu de los héroes contempló;  
valiente jura, con ánimo guerrero,  
que al Rhin de la patria nadie separó.  
¡Patria amadísima, cese tu alarma,  
que fuerte y fiel el río se guarda!

Mientras la sangre el calor retenga,  
haya una mano que espada empuñe  
y un brazo reste que fusil sostenga,  
pisar del Rhin la orilla nadie se atreva!  
¡Patria amadísima, cese tu alarma,  
que fuerte y fiel el río se guarda!

El juramento cunde, la ola acrece,  
al viento, en alto, ondea el pabellón.  
¡Al Rhin, al Rhin, al gótico Rhin!  
¡Guardarlo, toda entera, quiere la nación!  
¡Paria amadísima, cese tu alarma,  
que fuerte y fiel el río se guarda!

P. MARTÍNEZ.



# EL LADRÓN URBANO. CONSIDERADO EN GENERAL

Y EN PARTICULAR EL RATERO (1)

---

ALGUNOS CARACTERES DE LA CRIMINALIDAD MODERNA  
IDEAS DE VARIOS ESCRITORES,  
REFERENTES AL ROBO Y AL HURTO

---

Esta mala, ó cuando menos extraviada educación, á que Kropotkine se refiere, es indudable que produce los desastrosos efectos que señala, y que contribuye no poco á la persistencia y acrecentamiento de la criminalidad. Pero factor más importante de ella, y, sobre todo, de la *juvenil* y de la *profesional*, lo es el abandono, altamente vituperable, en que los niños son tenidos, por la clase proletaria principalmente, bien porque los padres no tengan posibilidad de atenderlos, bien por el rebajamiento moral de gran número de familias, ó porque la orfandad prematura ha arrojado al muchacho en medio del arroyo. Uno de los antropólogos y sociólogos citados, Douglas Morison, ha demostrado con numerosos datos estadísticos que la criminalidad de los impúberes aumenta en proporciones alarmantes en Francia, Bélgica, Italia, Holanda, Alemania, Rusia y los Estados Unidos, y nosotros podemos aseverar que igual aumento se advierte en España, muy en particular en cuanto se refiere á los *rateros*. Ya hemos indicado algunas de las causas á que es de atribuir este desconsolador aumento del número de muchachos delincuentes. Nuestra opinión, respecto á tal extremo, coincide con las de Morison y Ferrari, á juicio de los cuales cooperan á tal resultado, «en primer término, los instintos negativos, que se

---

(1) Véase la pág. 601 de este tomo.

manifiestan en la infancia con más fuerza que nunca; en segundo lugar, la oscuridad, el vivir con padres mal reputados, el abandono, y también el ambiente corrompido de las grandes poblaciones, que ponen en riesgo el mañana de la infancia».

Sabido es el influjo que en lo moral del individuo ejercen el ejemplo y el espíritu de imitación, influjo que es doblemente poderoso cuando se trata del muchacho. De aquí, y aun prescindiendo de la acción de la herencia mórbida, el que el gran núcleo de los ladrones y timadores habituales y profesionales lo formen los muchachos maleados desde la infancia por el ejemplo de los padres y por las valiosas lecciones que les depara su triste abandono.

## II

La infancia abandonada, de la que arrancan la generalidad de los *golfos*, han dicho con razón dos de nuestros más distinguidos publicistas, los Sres. Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo (*La mala vida en Madrid*) que «es la clase que da á la delincuencia habitual el mayor contingente, como que excede de un 60 por 100 en nuestro cuadro»; y añaden, á modo de comprobación y esclarecimiento, las siguientes consideraciones, de las que no debemos prescindir: «El aspecto de esta multitud de jóvenes *golfos* mueve á lástima, dejando en el ánimo grande y duradera amargura. Sometidos á las malas influencias que desde los primeros momentos pueden obrar en la concepción ó en la formación posterior de la personalidad como agentes *teratógenos* ó *patogénicos* que la deforman y vician, muchos ofrecen estigmas de anormalidades y defectos orgánicos irreparables. La sífilis, la deficiencia nerviosa, el alcoholismo crónico de los padres, la embriaguez en el acto de la cópula, las mermas de alimentación, los traumatismos físicos ó psíquicos sufridos por la madre, crean estos seres miserables, á los cuales, con todo esto, no les faltan algunos de los rasgos por los que son amables la infancia y las edades juveniles... De los nueve á los quince años se ob-

serva en la cifra una ligera tendencia continuada á duplicarse; pero la marcha irregular con que procede desde esa edad hasta la de diez y ocho, límite legal de la menor edad para los efectos legales, bajando primero, alzándose después y concluyendo con una disminución más marcada que la primera, revela claramente la influencia de un hecho de importancia, la crisis de la pubertad, que al fin se resuelve, para la delincuencia habitual, en el sentido de restarla no leve contingente. Verifica la juventud esta sustracción de dos modos: atenuando y domando las tendencias erráticas y vagabundas, propias fisiológicamente de la infancia, tendencias que sostienen esta menuda delincuencia, lucha de merodeos y de delitos contra la propiedad en sus formas primarias, y derivando la criminalidad, como ha demostrado Marro, hacia otras formas violentas, y particularmente hacia los delitos de sangre».

Prosiguiendo esta serie de consideraciones referentes á la infancia abandonada, de la que es el *golfo* el tipo más marcado, dicen los citados Sres. Quirós y Llanas: «Característico de los que están en esta clase es el carecer de familia, de educación, de oficio, de todas ó de algunas de las cualidades que completan la personalidad del individuo. Holgazanes y perezosos, trabajan sólo irregularmente. Muchos á los diez y seis y á los diez y siete años han pasado por cinco, seis y aun siete oficios poco similares. Su inestabilidad profesional se puede inducir hasta cierto punto por otros datos de la ficha antropométrica. Consultados veintidós casos de apodo profesional, en diez coincide, en efecto, el apodo con el oficio ejercido, pero en doce deja de coincidir. Al mismo tiempo les domina la necesidad del placer, agujoneado en la ciudad por continuados estímulos. La curiosidad viciosa de lo sexual se les despierta precozmente, porque desde muy niños se va sedimentando en el fondo de sus inteligencias un fondo de obscenidad pervertida».

Concluyen dichos publicistas esta parte de su estudio antropológico del muchacho delincuente en las ciudades diciendo: «El hurto es el delito típico de la infancia abandonada. Entre los 424 jóvenes objeto de nuestra observación,

sólo 51 tienen en sus fichas mención de otros. Este delito se presenta desde las primeras edades. El robo se retrasa hasta los doce años, y la estafa sólo se presenta á los quince».

Con efecto, el hurto es el delito casi exclusivo del *golfo*, respondiendo esta particularidad á sus condiciones orgánicas y á las de su triste vida. Su debilidad física y su mayor debilidad psíquica ó espiritual, que le impiden acometer empresas que requieran vigor, energía y cierto desarrollo intelectual, por una parte, y por otra el ser los hurtos en sus diversas formas los hechos delictuosos que más frecuentemente se le ofrece á la vista, sugestionándole, y los que le son más asequibles, determinan el que á ellos se dedique. Es muy raro el *golfo* que antes de la *pubertad* pase de *randa*, de *descuidero*, á ladrón de más categoría, y más raro todavía el que se dedique á los timos ó pequeñas estafas, fuera de servir de *gancho* á los audaces *timadores* de la llamada *ronda* ó *justicia ful*. El hurto se compagina perfectamente con su debilidad fisio-psíquica, y el *timo de la ful* con su precoz obscenidad, consecuencia del abandono y de la funestísima educación del arroyo.

Otro escritor también de nuestro país, pero en cuyos trabajos predomina la imaginación, sin que por ello pierda de vista la vida real, el Sr. Baroja, ha sintetizado en pocas líneas la que denomina *patología del golfo*, y lo ha hecho con bastante exactitud. «El *golfo*—dice—no pertenece á una sola categoría social: es un detritus de las distintas clases sociales. El *golfo*, al romper con las ideas más ó menos exactas de su medio, se forma, sin darse cuenta, una filosofía para su uso particular. Por instinto comprende que en la vida la línea recta no es la más corta entre una aspiración y un resultado. Cuando se llega á la posesión de esta idea y no se tiene el freno de una conciencia rígida, se abandona el camino ancho, se busca la senda tortuosa, se pierde la noción del bien y del mal, y entonces empiezan los equilibrios del *golfo* entre los dos códigos. Si el equilibrio se mantiene en su cuerda, es un hombre honrado, porque la idea actual de honradez es una idea negativa y no expresa más que el desconocimiento de un hecho posible en la vida de un hombre. Si el equilibrista

cae, no es equilibrista, es un delincuente. En resumen, el *golfo* es un hombre desligado, por una causa cualquiera, de su clase, sin las ideas ni las preocupaciones de su clase; con una filosofía propia, que es, generalmente, negación de toda moral.»

Estamos conformes con el Sr. Baroja en que el *golfo* es un *desclasificado*, pues ni en sus ideas, ni por sus sentimientos, ó más bien instintos, ni por sus hábitos, se compagina y adapta á la clase á que pertenece, verificándolo en cambio, perfectamente al medio particular en que ha vivido y sigue viviendo. También asentimos á lo que dice respecto á la que llama su filosofía, que concibe para su uso, y está determinada por el desconocimiento completo de las nociones del bien y del mal, apartándose, por lo tanto, de la moral verdadera. Al mismo tiempo es un degenerado y un pervertido; degenerado, en lo general, por el triste efecto de una herencia mórbida; pervertido por el abandono, por el ejemplo, por las malas enseñanzas, por la letal atmósfera que desde la cuna respira. El arroyo le atrae, le seduce y le cubre con su cieno; el vicio, aun el más nauseabundo, le envuelve en su torbellino; la lucha por la vida, que tiene que sostener sin ayuda á pesar de sus cortos años, se le ofrece con sin igual aspecto; y el hurto, y las pequeñas estafas, le inician en la fatal carrera.

Todo esto es casi exclusivamente aplicable al *golfo* salido de la clase proletaria, al que arranca de la infancia abandonada, al que vemos recoger colillas de cigarros en la vía pública, correr jadeante detrás de los carruajes desde las estaciones de los ferrocarriles, merodear por los mercados, aprovechándose de los descuidos, poner de manifiesto en determinados sitios sus precoces liviandades, dormir, formando repulsivas agrupaciones, en cuevas inmundas, en los huecos de las puertas, en casas explotadoras del vicio y del crimen, en los inconcebibles dormitorios á cinco céntimos, en pajares y hasta entre los escombros de las obras.

Pero al lado de estas desventuradas víctimas de la tan vituperable indiferencia social, hay otros *golfos* pertenecientes á clases más elevadas, degenerados también como aquéllos, abandonados asimismo, si bien este abandono lo es de distri-

to género, y que, por lo común, no practican los hurtos y los *timos* callejeros, sino estafas de mayor importancia; *golfos* que aun cuando vistan la levita y el frac, no por ello dejan de ser tales, que encajan muy bien en la *hampa* tan magistralmente pintada por el Sr. Salillas, y uno de cuyos tipos presentó ya en pleno siglo XVIII, lo cual demuestra que no es un feo engendro de la civilización contemporánea, el inmortal enciclopedista Diderot en su *Le neveu de Rameau*.

«Una tarde—dice—fuí abordado por uno de los personajes más extraños de este país, donde Dios no ha querido que falten. Es una mezcla de altanería y de bajeza, de buen sentido y de sinrazón, precisándose que las nociones de la honradez y del deshonor están muy embrolladas en la cabeza de un modo extrañísimo, porque contra lo que la naturaleza le ha dado de buenas cualidades sin ostentación, lo muestra junto con lo que ha recibido de los malos sin pudor. Por otra parte, está dotado de una organización fuerte, de un valor de imaginación singular y de un vigor de pulmones poco común. Si le encontráis alguna vez y su originalidad no os detiene, ó habréis de taparos los oídos, ó tendréis que huir. ¡Dios mío, qué terribles pulmones! Nada desemeja más de él que él mismo. Algunas veces se presenta flaco y débil como un enfermo en el último grado de consunción, pudiéndose contar sus dientes al través de sus mejillas, y se diría que, ó ha pasado muchos días sin comer, ó que sale de la Trapa. Al mes siguiente está grueso y repleto como si no hubiese dejado la mesa de un banquero ó hubiese estado encerrado en un convento de Bernardos. Hoy con la camisa sucia, el pantalón destrozado, lleno de jirones, casi sin zapatos, va con la cabeza baja y se oculta; estaría uno tentado á llamarle para darle una limosna. Mañana bien peinado, bien calzado, bien vestido, con la cabeza alta, se exhibe y casi le tomaremos como un hombre honorable. Vive al día, triste ó alegre según las circunstancias. Al levantarse en la mañana su primer cuidado es el saber dónde podrá comer, y después de comer saber dónde cenará. La noche le produce también sus inquietudes: ó se mete en el pequeño granero que habita, á menos que el dueño, cansado de esperar el alquiler, no le haya reecogido la

llave, ó se cobija en una taberna de los suburbios esperando el día entre un trozo de pan y un vaso de cerveza; cuando no tiene ni un céntimo en el bolsillo, lo cual le sucede con frecuencia, recurre, ya á un coche de sus amigos, ya al cochero de un gran señor que le da cama en la paja al lado de los caballos, y por la mañana todavía conserva en el pelo parte de su colchón. Si la noche es apacible, divaga toda ella por las calles y los Campos Elíseos. Al entrar el día reaparece en el centro de la ciudad vestido como la víspera y casi siempre para el resto de la semana.»

Este tipo, tan perfectamente descrito por el inmortal enciclopedista, es más común de lo que se cree, y se ha mantenido á pesar de los años, no obstante las transformaciones que en las condiciones de la vida social ha producido el gran desarrollo de la civilización. En el mundo de los *hampones* se le conoce con el nombre de *golfo alto*, diferenciándole así del que lleva la mugrienta blusa ó la chaqueta haraposa. De igual modo que éste tiene por especialidad el *merodeo* y el *hurto al descuido*, mientras que la edad y las lecciones de los *maestros* no le pongan en disposición para actuar como *ladrón de pisos* ó como *timador callejero*, el *golfo elevado* se distingue en el manejo del *sable*, y á veces explotando ciertos extravíos, en los *timos del ful*, y en los que van desarrollándose por el sistema del *chantage*.

Pero como ahora no nos ocupamos de los estafadores, sino de algunas de las más comunes clases de ladrones y más extendidas por las ciudades, de aquellas precisamente que se nutren con los precoces *golfillos* del *arroyo*, nada más diremos de los retratados por Diderot.

De la generalidad de los *golfos* harapientos puede decirse con los autores de *La mala vida en Madrid*: «Los pilluelos de la ciudad—pájaros de la selva, según Victor Hugo—forman la avanzada principal de la mala vida. Van rotos y sucios. Como advierte un escritor, no son Pepito ni Juanito, cual por su aspecto infantil parecía natural, sino el *Retoza*, el *Seis dedos* y el *Gabacho*. Viven en la ciudad como el hombre primitivo vivió sobre la tierra, de la cosecha natural, de los despojos que quedan en el suelo. Á veces la recolección es

tácil, como la de las colillas; á veces peligrosa, como la de espoletas y cascos de metralla en los campos de tiro, donde la muerte acecha y les hiere. Se recogen los más felices en paradores y casas de dormir, los *Hoteles del Hampa*, como alguno los ha llamado (Mr. Marsillach); otros acuden á los refugios y asilos de noche, y los que llegan tarde se quedan en los montones de escombros, caldeados por estiércoles y detritus orgánicos, en cavernas, como verdaderos trogloditas, ó bien dentro de la ciudad, en los ángulos de solares abandonados, en las garitas de los cuarteles, en los pórticos y en los quicios de las puertas. Acechando y esperando la ocasión de algún provecho, se brindan con un natural cortés, en sus relaciones con los señoritos, á toda comisión, á todo encargo. Sirven de *soguilla* en estaciones y mercados; son agentes de negocios de cualquiera; pero se rebelan contra toda relación de dependencia respecto á una sola persona: no toleran amo. El *golfo*, que lo es todo, que hace momentáneamente á todo oficio, nunca es criado. Sólo conocemos una clase de jóvenes sirvientes: el sirviente de la casa de prostitución».

### III

Esta vida singularísima de que acabamos de dar ligera idea, entraña fatalmente los más lamentables resultados. Así como en la infancia abandonada se halla el germen del verdadero *golfo*, así éste es el más vigoroso, el más fecundo, el más á propósito para el desarrollo de la criminalidad profesional, muy particularmente de la que se traduce en atentados contra la propiedad ajena, sea bajo las múltiples formas del hurto, sea bajo las del robo tal cual lo define y considera nuestro Código penal. La casi totalidad de los *golfos* son *randas*, y muchos de éstos, ascendiendo en la escala de la maldad, después de haberse encenagado por completo en el vicio, llegan á delitos más graves. Es raro el niño abandonado que no se entregue á la vida de *golfo*, es también raro el golfo que no apure la copa del vicio y que para satisfacer éste no practique los pequeños hurtos, siendo pocos los casos en que el raterillo

no llegue á ser, siempre que se le presente ocasión oportuna, tomador, espadista, topista, etc.; pero es de notar, y así lo enseñan los sociólogos criminologistas citados, que á medida que los robos precisan de mayores energías, son menos los ladrones provenientes del plantel de *golfos*, por las razones que ya hemos expuesto. La herencia mórbida ó degeneración congénita, que tanto influye en la tristísima evolución del golfo al vicio y de éste al delito, encuentra poderoso apoyo en el medio ambiente. Del arroyo, donde se cría, pasa el *golfo* á la taberna y á las más nauseabundas casas de disipación; éstas y los dormitorios donde se recoge le aleccionan en vicios y en inmoralidades indescriptibles; los ejemplos que se le ofrecen son los más perniciosos: su instinto innato de imitación no puede satisfacerse sino en el mal; desconoce el trabajo en lo general é instintivamente le odia; la ocasión le lleva al primer hurto; seres malvados explotan su predisposición; las funestísimas *quincenas* de cárcel le ponen en contacto íntimo con nuevos compinches; la repetición de los hurtillos le depara el hábito; por último, la cárcel, ese foco de corrupción que la sociedad sostiene, hace lo restante. Tal es con suma frecuencia la génesis del *ladron profesional* de las ciudades: en los primeros pasos un niño digno de lástima, al final un verdadero malhechor.

Hace algunos meses refería la prensa, en términos que no ocultaban su sorpresa y su indignación, la captura que la policía había hecho de media docena de golfillos en una casa que aparentemente lo era de dormir, casa de malísima nota, situada en una plaza de los barrios bajos madrileños, cuyo dueño, inscrito en los registros de sospechosos, albergaba y daba escaso y miserable alimento á aquellos desdichados, en cambio de la entrega que habían de hacerle de cuanto hurtaban. Verdaderamente no había motivo para sorprenderse del hecho, pues son bastantes los Monipodios en nuestros días, no menos malvados que el inmortalizado por Cervantes, y que acogen, aleccionan, encubren y explotan á los pequeños *rancadas*, actuando de ese modo como *patronos* en la desgraciadamente provechosa y poco peligrosa industria del robo. Estos siniestros patronos son los que más contribuyen á que el golfo

se convierta en malhechor profesional. Recorriendo los sitios ya mencionados, donde los golfos pasan las noches, se observará con frecuencia que juntos con ellos hay individuos de bastante más edad y cuyas menores indicaciones atienden. Los individuos, verdaderos tipos de criminal *instintivo*, son casi siempre reincidentes, veteranos del presidio y de la galera, y decimos de la galera porque á veces están al frente de esas tan dañosas casas de dormir mujeres envejecidas por la disipación, que excitan, para utilizarlos después, ciertos indicios incipientes y sucios apetitos de los golfos, que les designan los sitios donde mejor pueden ejercitar sus mañas, y que en el reparto del producto de las rapiñas se atribuyen la parte del león.

De una de estas odiosas mujeres y de una cuadrilla de precoces rateros, golfos de su país y que en nada se diferencian de los del nuestro, han hecho mención especial los notables sociólogos italianos Alfredo Nicéforo y Sergio Sighele en su interesante libro *La mala vida en Roma*.

«Entremos en una barraca—dicen:—una dueña, vieja ladina, pone término á su carrera alegre haciendo de empresaria teatral; arenga á una docena de muchachos, dándoles sus últimas lecciones. Aquellos bribonzuelos son raterillos que durante el espectáculo trabajan á mansalva en los bolsillos de los espectadores. Entre ellos y la dueña existe un pacto: ésta les deja entrar gratis en la barraca, dándoles, además del goce artístico, comodidad para desvalijar á cuantos estúpidos están mirando la comedia. Como el contrato es bilateral, los raterillos, por su parte, se obligan á dejar en la bolsa de la vieja, una vez terminado el espectáculo, la mitad de lo hurtado. Si pudierais asistir á la escena del cumplimiento de esta consigna, presenciariais el espectáculo más divertido del mundo. Los raterillos tratan de ocultar en los pantalones, en las costuras dobles de los bolsillos, preparados ya al efecto, lo que quieren y pueden esconder á la fiscalización de la vieja. Si se trata de un billete de una lira, ocúltanlo bajo la lengua ó en otro sitio cualquiera, haciendo una pelotilla invisible; si se trata de una cadena, ven de meterla en un ángulo del sombrero ó la tiran fuera del barracón por un sitio determinado

del tablado, donde un muchacho que está en el secreto tiene montada la vigilancia; si se trata de esconder un alfiler de corbata, se le clava en un medio cigarro que ponen en la boca. La dueña, sin embargo, no se deja engañar fácilmente: lleva á cabo una requisa escrupulosa: hace volver los pantalones al granuja, le obliga á quitarse la chaqueta y mira los zapatos. Con dificultad puede el bribonzuelo engañar á la vieja furia, y con frecuencia tiene que marcharse contentándose con la mitad de la rapiña. Entonces, el ratero, feliz de hallarse él también con dinero en el bolsillo, se lanza á las oscuras calles de los alrededores, en casa de alguna *damisela*, como las llamaba el buen Sacroche, con quien partir lo afanado. Y cuando, á las altas horas de la noche, la vieja contratista de ladrones cierra su honrado local, halla los bolsillos repletos, y los rateros se esparcen por las lóbregas calles para nutrir las crónicas de hechos delictuosos.»

En estos tipos de granujas, verdaderos *golfos randas* italianos, aparece clarísimo todo el proceso evolutivo del niño abandonado y sumido en perniciosísimo ambiente desde la categoría ínfima de *merodeadores descuidados*, por la que los predestinados al crimen suelen muy frecuentemente comenzar en edad muy temprana su carrera, hasta ser *rateros profesionales* y llegar á terribles *ladrones* en su más alta esfera, con fuerza en las cosas y violencia en las personas.

De algunos, llegados á este último grado, no obstante sus pocos años, é instrumentos también de mujeres odiosas, ha hecho un buen retrato en sus interesantes *Memorias* el célebre ex jefe de Seguridad de París, Mr. Goron.

Refiriéndose á los tres autores del robo y asesinato de una anciana, casi niños, pero ya sumamente pervertidos cuando cometieron su horrible crimen; manifiesta Mr Goron aparecer en ellos, de un modo muy perceptible y con toda su fealdad, «el tipo del granuja abyecto y del *golfo* vicioso que se reproduce como una seta venenosa». Con efecto, así como en los raterillos mencionados por Nicéforo y Sighele, sobre los que comienzan á actuar los factores antropológico y social, se ve á los viciosos precoces y á los malhechores incipientes que completan su formación en el pavimento de la

calle y en el antro de una mujer malvada, así también en los ladrones homicidas de Mr. Goron, en quienes los expresados factores han ejercido ya todo su influjo, se descubre á los empedernidos viciosos y á los verdaderos malhechores, á los que han dejado de satisfacer las pequeñas raterías, y en los que se encuentra desvanecido, por efecto del medio en que vivieron, lo poco que poseían de los sentimientos de *probidad y piedad*: los unos representan el tipo del *golfo randa*, los otros el del *golfo* hecho *ladrón y bandido*.

Mr. Goron hace respecto á ellos indicaciones que pueden servir muy bien de base al estudio psicológico de los mismos. «El primero—escribe,—apodado *El Mezquino*, el segundo *La Sardina* y el tercero llamado *Petit*, eran tres tipos que representaban maravillosamente aquella pillería de la calle, en la que se reclutan los *profesionales* del crimen. Jeantroux, alto, delgado, pálido y de mirada atravesada, era evidentemente el más inteligente de los tres; Ribot, pequeño, con el pelo cortado al rape y la mandíbula saliente como la de un animal, parecía la encarnación misma de la bestialidad; Pilet, con su frescura juvenil y sus mejillas rosadas, era, no obstante, el que por naturaleza tenía el peor instinto y los más malos sentimientos, pero fué también el que mostró mayor sensibilidad y emocionándose de repente ante la idea de que dos inocentes pudiesen pagar por dos culpables; circunstancias que se observan en estos pobres seres que por la fatalidad de su nacimiento ó de su educación parecen predestinados al crimen. Ni Ribot ni Jeannandreux habían seguramente premeditado el asesinato: mataron tan sólo porque era preciso para evitar que gritase la víctima. Fierrecillas arrojadas, sin principios y sin educación moral, en una sociedad donde la lucha por la vida parece ser la suprema ley, y sin duda ellos habrían querido no matar para no agrandar el peligro, pero no tenían escrúpulo en manejar el cuchillo cuando lo creían necesario.»

Á continuación del estudio de estos malhechores, á quienes ya no contiene ni el mismo asesinato, y el mayor de los cuales no pasaba de diez y ocho años, refiere Mr. Goron algunos de los hechos y aprecia los caracteres fisio-psíquicos

de otros malhechores de no mayor, edad pero acaso más desprovistos de todo sentimiento moral que, como los anteriores, coronaron su corta y funesta carrera, que había comenzado por la holganza, por hedihondos vicios y por constante merodeo, con el robo y asesinato de la viuda Menier.

Fíjase en primer término en la repugnante figura de la mujer conocida por la Berland, agente de la perversión de aquellos precoces criminales. «Era—dice—un vampiro que había tenido dos maridos y un número infinito de amantes, reclutados todos ellos entre los pordioseros y los transeuntes. Después había caído en la más baja prostitución, acechando de noche al borracho en las calles oscuras y transformando á menudo los bancos de los paseos y los dinteles de las puertas en alcoba.»

Esta vieja, tipo el más repulsivo de la más nauseabunda inmoralidad, tipo que se parece no poco al presentado por Nicéforo y Sighele, fué quien, buscándolos en el arroyo, cuyos miasmas ya les habían inficionado, dió vida á la pandilla de *golfos*, lanzándoles desde los pequeños hurtos al mayor de los crímenes, haciéndoles recorrer en pocos meses una senda que otros, ó no concluyen nunca, y son los más, ó tardan años en seguir. Veamos cómo les retrata:

«Su hijo, que era uno de los ladrones asesinos, había crecido junto á ella, en aquella educación del vicio, no trabajando nunca, durmiendo de día y rondando de noche para robar las gallinas que habían de comer al día siguiente. Durante dos meses había dormido en el mismo lecho de la madre y del amante, viejo pordiosero que un día amaneció muerto al lado de esta madre infame y de este hijo odioso.» En las anteriores líneas, á las que presta indudable fuerza la grande autoridad del inteligente funcionario que las trazara, se halla una demostración de la exactitud de las doctrinas de las escuelas sociológicas criminologistas modernas, referentes á los factores que más concurren á la formación del verdadero malhechor, pues, con efecto, presentan sobre aquel muchacho la herencia morbosa, determinante de su degeneración moral y física, el ambiente del vicio en toda su asquerosidad, el ejemplo cotidiano y una educación encaminada á producir los

resultados que produjo. Pero ¿quiénes fueron sus compañeros?

«Doré, un muchacho mofletudo—dice Mr. Goron—que no hacía mal papel en aquella sociedad: había sido abandonado por sus padres desde su más tierna infancia, revelando desde muy joven perversos instintos. El cura de Bourget se cuidó de él por algún tiempo; pero pronto tuvo que desistir de sus buenos propósitos para con aquel pordiosero, que no quería más que jugar en la calle y hacer raterías en los puestos de frutas. Doré no encontró más que un oficio en que le fuera bien, el de mozo de carnicería, pues le divertía ver matar, mucho antes de que él matase. Aún había otro joven, *Chotin*, apodado *Cri-cri*, hijo de un hombre honrado que, no pudiendo hacer carrera de él, se vió obligado en cierto modo á ponerle en la calle. Chotin se había convertido en ladrón, desvalijando los almacenes con una destreza extraordinaria. Por último, había otro joven, Deville, apodado *La Bola*, pilluelo de diez y ocho años: colocado por sus padres como criado, fué despedido por todos los amos que tuvo, y el instinto le llevó á la casa de la vieja cual atraído por el magnetismo especial del vicio.»

Tipos como éstos de ladrones que, sin haber entrado en la pubertad ó tocando apenas con ella, no vacilan en agregar al robo el asesinato, son rarísimos y apenas como excepción pueden presentarse; en España casi no se les conoce. En cambio, son muy comunes los que se aproximan ó, más bien, se confunden con los de Nicéforo y Sighele. Casi todas nuestras poblaciones, y sobre todo las grandes, nos ofrecen numerosos ejemplares de ellos; en Madrid, en Barcelona y en otras ciudades puede afirmarse que pululan. Su génesis y su desarrollo son los que hemos venido señalando, acaso con demasiada insistencia. Su acción va siendo cada día más funesta, puesto que, lejos de aminorarse y debilitarse sus causas determinantes, se aumentan y vigorizan. Los medios hasta ahora empleados para combatir tal azote son empíricos, habiendo demostrado la experiencia de muchos años su poquísima eficacia. Mientras se tolere el abandono de la infancia y se vea con indiferencia la vida del *golfo*, se aumentarán los *ran-*

*das*, pulularán los *rateros*, conquistará nuevos elementos la clase de los verdaderos ladrones, de los *topistas*, *espadistas*, *ratoneros*, etc., y no dejarán de presentarse en los suburbios y calles solitarias los *atracadores*, y los *dronistas* en los descampados y alquerías.

## CAPITULO V

Varios tipos de ladrones: consideraciones finales.

### I

Al escribir estas líneas (19 de Marzo de 1903) leemos en la prensa periódica una noticia referente á un proceso terminado en París en dicho día, el cual confirma plenamente nuestras ideas. «Hoy han comparecido ante el tribunal correccional de París quince pilluelos acusados de robos y de llevar armas prohibidas: el mayor de los procesados tiene diez y seis años. Estos granujas habían formado una partida llamada de *Los caballeros de la luna*, y todos los que la componían llevaban en la mano un *tatuage* representando la luna con las letras C L. El jefe de la banda es un muchacho de diez años que mantenía relaciones íntimas con una muchacha de catorce años, y tan precoz criminal que ya tiene en su activo varios ataques nocturnos, robos y puñaladas. Todos los procesados han confesado sus robos y se han mostrado orgullosos de comparecer ante los tribunales. El jefe y uno de sus compañeros han sido absueltos en vista de su poca edad, pero se les recluye en una casa de corrección. Al mayor de todos se le condena á tres meses de prisión.»

Esta noticia es interesantísima, siendo de lamentar que no se suministren otros datos que la completasen y sirvieran para formar un juicio perfecto de la psicología de tan precoces malhechores. Sin embargo, puede inducirse con exactitud el que entran de lleno en la creciente clase de los degenerados, y el que han actuado sobre ellos, á más de esa degeneración congénita, el abandono de la infancia, el *atavismo* tan magistralmen-

te estudiado por Lombroso y su escuela, ciertas lecturas de las novelas del crimen y narraciones romancescas de las hazañas de los grandes bandidos, la acción deletérea del ocio y de la educación de la calle, la no menos dañosa de las detenciones en los depósitos policíacos y cárceles, que entre nosotros se conocen con el nombre de *quincenas*, etc., etc. Sólo degenerados, abandonados y viciosos pueden á los diez años de edad, que era la del jefe de la cuadrilla, contar, cual éste y alguno de sus camaradas, tal número de robos y de otros hechos delictuosos. No son *criminaloides*, porque no es la ocasión la que les determina á obrar como lo hacen; no son reos *pasionales*, por eso sus actos nada tienen que ver con las tormentas de la pasión; no son delincuentes *locos*, porque ninguno de ellos ofrece los caracteres propios de éstos: son verdaderos *criminales natos* ó *instintivos*, como lo son los iguales de nuestro país, que diariamente nutren la crónica de sucesos. Que en ellos hay algo de *atavismo* y de lo que constituye la esencialidad del malhechor *profesional*, lo revela su *tatuage* de la mano, adorno propio del salvajismo y marca tan generalizada entre los veteranos del presidio y de las cárceles, y que también poseen no poco transpirado de ciertas lecturas, se infiere de la misma organización de la cuadrilla y de su significativo nombre. Creemos, pues, que dichos criminales, como todos los que habitualmente se entregan al delito, son desdichadísimos productos de la herencia y del medio ambiente, y en tal creencia no nos sorprenden ni extrañan demasiado las siguientes palabras estampadas por Schopenhauer al finalizar su opúsculo sobre *el amor*:

«Sin dejarnos llevar de planes quiméricos, hay para reflexionar que si, después de la pena de muerte se estableciese la castración como la pena más grande, se libraría á la sociedad de generaciones enteras de tunos, y esto con tanta mayor seguridad cuanto que, como se sabe, la mayoría de los crímenes se cometen entre las edades de veinte á treinta años.»

## II

Ya que á noticias dadas por la prensa acabamos de referirnos, y porque además sirve para patentizar la fijeza, persistencia é identidad de los caracteres de los verdaderos malhechores, haremos algunas ligeras indicaciones respecto á lo que en el mes de Marzo de 1852 decía *El Clamor Público*, de Madrid, acerca de dos típicos criminales. Ambos eran ladrones de profesión, pero los caracteres de los delitos cometidos por el uno formaban singular contraste con los de los realizados por el otro. El primero, apodado *Farfón*, era de aspecto simpático en cuanto es posible en un criminal, y había tomado como modelo al célebre Candelas, á quien la justicia histórica hizo ahorcar no obstante no haber cometido un solo homicidio ni maltratado á ninguna de las víctimas de sus latrocinios. El segundo, apodado *Caldocher*, era un tipo repulsivo: experimentaba en asesinar tanto ó mayor placer que en robar. Usando los términos del eminente sociólogo y criminologista Garofalo, podemos decir que aquél tenía atrofiado el sentido moral, por faltarle el *sentimiento* de *probidad*, mientras que éste carecía por completo de dicho sentido moral, puesto que le faltaban los dos sentimientos fundamentales del mismo, el de *probidad* y el de *piedad*. Aquél era un malhechor á cuya formación había concurrido casi exclusivamente el medio ambiente, y llevádole al hábito de delinquir: éste era un verdadero criminal *instintivo*. En el uno no se advertían anomalías físicas: en el otro aparecían muy marcadas. Tan distintas como lo eran en su organismo físico, lo eran en su psicología. Las doctrinas de las más modernas escuelas de antropología y sociología criminal encuentran en ellos plena confirmación.

Según los datos suministrados por dicho periódico y por otros de aquella época, *Farfón* gozaba en el mundo del crimen y de la *hampa* el siguiente concepto: «Ladrón lleno de ingenio, sereno y resuelto; desdeñaba todo *negocio* fácil, considerándole indigno de su talento; descansaba en medio de los peligros, y en lugar de envanecerse por su gran éxito, se

limitaba á proyectar nuevos golpes». En estas líneas, escritas muchos años antes de que se formara la escuela de antropología criminal, se perciben algunas de las cualidades, ó más bien caracteres del malhechor *profesional*, tales como aquélla les presenta: la osadía, la vanidad, el goce en la repetición de hechos difíciles, la imprevisión que le hacía descansar en medio del peligro y la fuerza del hábito. Era un joven «de gallarda presencia, buena educación y elegantes modales, diciendo sus admiradores que se distinguía por lo bien que hablaba», cualidades por las que es de incluir entre los llamados ladrones del gran mundo y que le alejaban de la casi totalidad de sus cofrades. «Digno sucesor y discípulo aventajado del célebre Candelas, parecía excederle en genio resuelto y organizador.» Era decidido enemigo del derramamiento de sangre; se le tenía por tan generoso y caritativo con los pobres cuanto enemigo de los ricos y de los poderosos, particularidad singularísima que le hacía tocar con algunos de los ya legendarios bandoleros y le apartaba de la generalidad de los ladrones de entonces y de hoy, que hacen de las ciudades campos de operaciones, los cuales no distinguen de ricos y pobres. Fueron muchos los robos de importancia que cometió, citándose entre otros el ingenioso de Masveisler, el de la *pepita oro* del Museo de Historia Natural y el de la calle de Postas, para cuya realización se fingió dependiente del Jefe político.

Estimamos suficientes las anteriores indicaciones para que pueda apreciarse la fisonomía del ya olvidado malhechor, tipo singularísimo entre los de su clase y entre los criminales en general. Con todo, para completar este diseño añadiremos que fué el creador y el jefe de una agrupación de *rateros* y ladrones en la que no eran admitidos los malhechores que pueden decirse de *baja estofa*, agrupación que entonces alcanzó bastante celebridad. La denominaba *Sociedad de jóvenes de la industria*. Dicha Sociedad tenía sucursales en varias poblaciones de España; los socios se entendían entre sí por medio de cartas; cada uno de ellos llevaba el nombre de un guerrero ó de un personaje famoso de la antigüedad, y cada uno desempeñaba un cargo.

Repulsivo, muy repulsivo es el tipo del otro criminal de quien hemos hecho mención contraponiéndolo al de quien acabamos de hablar. De él decía *El Clamor Público*: «Es animal sanguinario y carnicero: por el gusto de robar dos reales es capaz de matar á una familia entera: es feo, mal enfachado y de aspecto repugnante. Su ídolo es el célebre Balseiro, contemporáneo de Candelas, y de quien habla con entusiasmo. Le falta un mechón de pelo, el mismo que se le encontró en la mano á la pobre mujer asesinada en la calle de la Encomienda de esta corte, y tiene cortados los dedos de una mano. Hasta la moneda que le han encontrado en el bolsillo estaba llena de sangre. Pertenece á la categoría de los ladrones llamados *montañeses*».

Así pues, en estos tipos se marcan las desemejanzas psíquicas esencialísimas que separan, aun dentro de la clase de los criminales *natos*, á los que únicamente están desprovistos del sentimiento de *probidad* de los que á más carecen del de *piEDAD*. Afortunadamente, este segundo tipo escasea tanto como el primero abunda en las ciudades. El uno hace mirar al *dronista*, y en la fragosidad de los montes al *salteador de caminos*; el otro, al *tomador* y al *ladrón de pisos*.

### III

Es creencia muy generalizada, pero sin embargo errónea, la de que los *ladrones* y los *rateros* se confunden y asimilan entre sí, hasta el punto de no diferenciarse ni por su manera de vestir, ni por sus modales, ni por las casas y zahurdas en que habitan, ni por los sitios que frecuentan, ni por sus costumbres, ni por otras muchas circunstancias. Entre los *rateros* y *tomadores*, más que al bien trajeado, ó cuando menos limpio y decentemente vestido, que no teme penetrar en los carruajes, teatros, cafés, restaurants y demás sitios á que concurren las llamadas clases media y culta de la sociedad, suele verse tan solo al que ostenta la mugrienta blusa ó el poco atractivo traje de *chulo*, de mal lenguaje y no mejores maneras, que desde los suburbios y los barrios bajos en especial de las

grandes ciudades se dirige, para realizar el que llama su *trabajo*, á los campos de operaciones que tiene elegidos. Esta creencia en la identidad del ladrón y del tomador y de los distintos matices del último, que acaso en otros tiempos pudiera tener algún fundamento, no lo tiene hoy, atendiendo á los cambios que experimentan la criminalidad y los criminales en sus formas y manera de ser, conforme cambian las costumbres generales y las condiciones de la vida social. No negaremos que existen ladrones, tomadores, etc., que perpetúan los antiguos tipos y que se parecen; pero son infinitamente más los que se apartan de ellos. Si los toscos y mal trajeados, que no se han desprendido de la corteza del *golfo callejero*, penetran en sitios con los que no corresponde su aspecto de *hampones*, inspiran desde luego sospechas que dificultan sus golpes y, en cambio, encuentran muchas menos posibilidades que sus *congéneres de altura* para eludir la acción de la justicia, que tanto suele pagarse de las exterioridades. Por eso, buscando el medio ambiente que les sea más apropiado, donde *trabajar*, los unos no aparecen los otros y, por lo mismo, tan distintos son, y no pueden menos de ser, en varias de sus cualidades y condiciones.

De uno de estos tipos de ladrones y timadores de altura, de los que pueden llamarse *malhechores del gran mundo*, tipos que van siendo más frecuentes entre nosotros, como lo demuestra la cuadrilla de señoritos que en los comienzos del año 1903 se dedicaba á robar las joyerías madrileñas, aunque no tan generalizados como en París y en otras ciudades del extranjero, se ha ocupado el distinguido literato Marceliano Schott al describir y apreciar la vida del tristemente célebre aventurero y criminal Pranzini. «Cuéntanse en París—dice—cuarenta mil individuos que no comen todos los días, pero que no por ello dejan de tomar su café, en lo cual estriba su fuerza. Con traje irreprochable, cuello derecho, corbata con lazo de nudo marino, el pico de un pañuelo bordado asomando por el bolsillo, una flor en el ojal, una eterna sonrisa en los labios, retorcidas las guías del bigote, y que toman asiento en las terrazas de los grandes restaurants, hacen como que miran á los que pasan, los acechan, y si la fascinación ejercie-

ra influjo sobre los portamonedas, si el flúido pudiera atraer las joyas, se vería vaciarse los bolsillos y desprenderse los broches y pendientes para reunirse en la bolsa del magnetizador como las moléculas se aglomeran para formar un planeta. Los hoteles de todas clases rebosan de *Pranzinis*. Un baúl, un saco de noche robado en la red de un vagón, tres camisas, algunos pañuelos marcados con iniciales diferentes y una vieja elástica de franela, sucia y estropeada, componen todo su equipaje... El hombre de rapiña habla tres ó cuatro idiomas y ha recorrido diversos pueblos y balnearios. En todas partes encuentra un compatriota que, como él, busca una presa.»

Atenuando algunos de sus matices pueden obtenerse retratos parecidos correspondientes á tipos de nuestro país. Es el tipo del *tomador*, del *caballero de industria* y del *timador*, especialidades que muchas veces se reúnen en una sola persona que, como ya hemos dicho, frecuenta sitios en donde sus congéneres de *baja estofa* no pueden hacerlo sin llamar la atención y despertar recelos. Ejemplares muy parecidos nos ofrece Quevedo en sus célebres *Caballeros de la Tenaza*, copias exactísimas del natural, que lo mismo hurtaban que estafaban ó *timaban*. Ante los tribunales suelen comparecer algunos de ellos, pero en proporción infinitamente menor de la que, atendiendo á su número, correspondería; su habilidad, y sobre todo las apariencias, disminuyen para ellos bastante más que para los otros los riesgos del *oficio*. Se comete, por ejemplo, un hurto en un tranvía, y así los pasajeros como los mismos agentes de la autoridad se fijan en cualquiera individuo de pobre aspecto y le detienen, en tanto que se escurre y desaparece el bien vestido *señorito* y, sin embargo, las más de las veces aquél no es sino un desgraciado y éste un malhechor *profesional*.

Nosotros hemos conocido, por razón del cargo que desempeñábamos, á varios que hubieran podido servir de modelo á Schott, entre ellos á un joven de veinte años de edad, Adolfo C..., de aire distinguido, de instrucción bastante adelantada de aspecto simpático, pero vicioso, muy vicioso, tanto que llegaba á las más extrañas aberraciones del amor mórbido, y



que, para satisfacer sus malos hábitos, cometió varios hurtillos, por uno de los cuales estuvo preso en la cárcel de Barcelona, y que con el propósito de robarle, se hizo amigo de un honradísimo diamantista que no conocía su historia, al que con efecto sustrajo algunos brillantes: condenado á presidio, engañó al médico del establecimiento, y abusando de su protección cometió actos reveladores de su mala índole. Recordamos también á otro, de alguna más edad, que, igualmente que aquél, se esmeraba en el vestir, que asimismo frecuentaba los sitios donde se congregaba la que ha dado en llamarse buena sociedad, y que fué sorprendido en el momento en que, acompañado por un *espadista* célebre, forzaba la caja de caudales de una casa de banca.

Ambos habían sido educados en colegios, habían visitado por distintos motivos varias poblaciones, disimulados sus precoces vicios y sus no menos tempranos hechos delictuosos, y merecido el concepto de *calaveras*.

Ambos jóvenes, atendiendo á sus caracteres fisio-psíquicos, á la índole de sus extravíos sexuales y á la naturaleza de sus actos, puede aseverarse que correspondían á la clase de los *criminales instintivos*, y dentro de ella á la subclase de los que, no careciendo del *sentimiento de piedad*, y repugnándoles por lo tanto los delitos de sangre, influídos por sus morbosidades psíquicas, por sus vicios y por el medio ambiente en que éstos les sumieron, realizan con agrado los delitos contra la propiedad, primero bajo sus más sencillas y rudimentarias formas, que no tardan en desdeñar, y después bajo las más perfeccionadas. Su hipocresía, sus refinados engaños y sus correctas maneras les depararon inconscientes y valiosos cómplices hasta en el bello sexo. Mr. Schott, que escribía bajo la impresión que le produjeron los Pranzini y Prado, restringió demasiado el tipo criminal á que se refería, limitándolo á los ladrones de cierta especie. Nosotros vemos el tipo más general de los que, viciosos, de espíritu algo aventurero, acostumbrados á ciertos goces que la posición familiar proporciona, al no poder satisfacer todos los que apetecen, fingiendo lo que en realidad no son, penetran allí donde no llegan las últimas capas sociales, y tomadores expertos y *caballeros de industria*

modernizados, hurtan cuanto pueden, así á los conocidos como á las personas extrañas, cometen verdaderos robos siempre que se les presenta ocasión propicia, cultivan la estafa y en su falta de sentido moral no vacilan en convertir en víctimas á sus mismas conquistas amorosas: comparado con ellos, el *golfo* retratado por Diderot era un niño. Muy pocas veces llegan al asesinato ni aun á las meras violencias en las personas, y esto únicamente cuando sus anormalidades psíquicas, congénitas ó adquiridas, aquellas que, auxiliadas por otros factores, les han conducido á la delincuencia, han producido el efecto de suprimirles por completo ó atrofiarles, cuando menos, el sentimiento de piedad.

Con lo dicho creemos queda lo bastante caracterizado este tipo de malhechor, que va alcanzando triste desarrollo y que constituye otra de las pruebas de la transformación que la criminalidad y los criminales experimentan. Antes constituía una excepción entre nosotros; ahora se multiplica: los carteristas Domenech y los señoritos hurtadores de joyas son más de los que se piensa. Forman parte de la fecundísima clase de los ladrones urbanos; pero por sus circunstancias particulares son inconfundibles con sus congéneres de *baja estofa*. Á muchos podría corregirles una buena higiene moral y social: á bastantes no hay nada que les corrija.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará).

---



# ES UN QUIJOTE <sup>(1)</sup>

---

Nadie desconoce esta frase, y apenas habrá un español que no la haya pronunciado millares de veces. Frase despectiva, inquisitiva, en ocasiones hasta un tantico insultante, aplicable al hombre ridículo, quisquilloso, que no transige con la menor falta, y que en el trato común jamás se distingue por la llaneza, sino por la presunción y endiosamiento. Con ella ha creado el vulgo otro Quijote, tan distanciado del Quijote cervantesco como la caricatura del original.

Todo sea por Dios. Está visto que el destino deparó á Cervantes y á su héroe la misma desgraciada suerte; porque si el primero fué en vida el rigor de las desdichas, y sigue siéndolo después de muerto, hasta en los homenajes que con mejor voluntad que acierto se le tributan, el segundo cosechó desventuras á granel, y su memoria es sin piedad escarnecida.

Y conste que la frasecilla de referencia no sólo anda en boca de analfabetos. Usanla también los doctos, los eruditos, los que han saboreado las incomparables bellezas del *Quijote*, y tienen por ende el deber de rectificar conceptos tan fuera de razón y de buen sentido. La misma Academia Española, obligada á velar por la pureza del lenguaje y la propiedad de los términos, lejos de oponerse á la corriente, se deja arrastrar por ella, aceptando el significado vulgar, bien que con atenuaciones vergonzantes.

Leamos el Diccionario. Dice así: «*Quijote* (por alusión á Don Quijote de la Mancha). Hombre ridículamente grave y serio. Hombre nimiamente puntilloso. Hombre que pugna

---

(1) Trabajo leído en la solemne velada literaria y musical celebrada en El Ferrol en homenaje á Cervantes, el 28 de Mayo.

con las opiniones y los usos corrientes por excesivo amor á lo ideal...» Y como si esto fuera poco, añade para remachar el clavo: «*Quijotería*. Modo de proceder ridículamente grave y presuntuoso.»

Repito que la definición de la Academia atenúa el sentido general y corriente del epíteto; pero con atenuación y todo la estimo inadmisibile. Según ella, un quirote es un hombre ridículo, nimiamente puntilloso y presuntuoso; y en verdad que al más ducho le costaría Dios y ayuda conocer por este retrato el original concebido por el genio de Cervantes.

Cierto que el gran revelador se propuso hacer auto de fe con los desalmados libros de caballería, y para ello creó un personaje que, rematado su juicio por la lectura de tan disparatadas obras, tuvo el extraño pensamiento de «hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras.» Mas á pesar del fondo cómico que, á modo de epopeya burlesca, tiene necesariamente la novela cervantina, el héroe manchego no es, no, un ente ridículo, ni un hombre ridículamente grave y serio, como reza el Diccionario, porque lo ridículo excita no solamente la risa, sino también el menosprecio, y Don Quijote, lejos de ser un personaje despreciable, á modo de figurón de sainete, es, á vueltas de su locura y manía en resucitar la ya muerta caballería andante, siempre grande y siempre sublime, en armonía con la sublimidad y grandeza del ideal caballeresco que él alimentaba.

¡Don Quijote ridículamente presuntuoso! No cabe mayor injuria y calumnia. Si el ingenioso hidalgo se levantara de su tumba, arremetiera lanza en ristre contra quien tal dijo. Y razón sobrada le asistiría, pues la llaneza, que no la presunción, es el rasgo más saliente de su carácter. Ni se envanece cuando los Duques le agasajan, ni cree denigrante sentarse en el suelo al lado de humildes cabreros, que le brindan frugal comida, aceptada por él de buen grado. Y viendo á Sancho en pie, para servirle la copa hecha de cuerno, «Quiero, le dice, que aquí, á mi lado, y en compañía de esta buena gente, te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y

bebas por donde yo bebo», y como Sancho renunciara á la merced, hubo de replicarle: «Con todo eso, te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza, y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase.» ¿Es éste el lenguaje y el proceder de un presuntuoso?

Ábrase el *Quijote* al azar y en todos sus pasajes aparece el caballero manchego siempre afable, galante, sencillo, sin aparato ni ostentación, igual en el trato con grandes y pequeños. A tal extremo llevaba su llaneza, que aun contravieniendo las leyes de la andante caballería, que para él eran el más sagrado de los códigos, departía familiarmente con su rústico escudero, llamábale *Sancho amigo*, y cuando era preciso reprenderle, hacíalo siempre con paternal benevolencia: conducta tanto más digna de admiración, cuanto que, en aquella época, una valla infranqueable separaba á las clases sociales.

Y he aquí otra de las virtudes del héroe manchego: la benevolencia, unida á sus similares, la indulgencia y la benignidad, con todo lo que no arguya trasgresión á las leyes del honor, ó falta de respeto á las damas, especialmente á la dama de sus pensamientos, la sin par Dulcinea del Toboso.

Nada prueba mejor este aserto que la famosa aventura de los galeotes. Preguntóles D. Quijote la causa de su desgracia, y cada cual satisfizo la curiosidad del hidalgo, narrando sus fechorías. Eran éstas de la peor especie, y sin embargo, Don Quijote, con indulgencia sin ejemplo y movido á compasión y lástima de aquellos seres, á su juicio más desgraciados que criminales, les habla en estos términos: «De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que pudo ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dinero deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de su perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.»

Ahora bien: ¿qué semejanza, ni la más remota, existe en-

tre el personaje creado por la poderosa fantasía de Cervantes y el mal perjeñado por el sentido popular, según el cual *un quijote* es un hombre exigente en las cosas más nimias, é intolerante con el menor descuido ó falta? Pobre hidalgo, peor tratado ogaño por malas lenguas, que antaño por galeotes y yangüeses.

Por todas estas razones, y otras muchas que pudieran alegarse, paréceme inverosímil que no figurase en uno de los primeros números de las fiestas del centenario—ya que del centenario del *Quijoté* más bien que de Cervantes se trataba—una solemne vindicación de la memoria del ilustre caballero. Nunca es tarde, sin embargo, para el caso. No se me oculta cuán difícil es hacer frente á un uso inveterado; pero la Academia Española tiene deber ineludible de salir por los fueros del idioma, aun contra viento y marea.

Si por artes de encantamento fuera yo miembro de tan docta corporación, propondría una reforma del Diccionario en estos ó parecidos términos: «*Quijote*. Hombre valiente, hidalgo, generoso. Dispuesto siempre á romper lanzas y poner en peligro su vida en defensa del oprimido y débil. Esclavo de las leyes del honor. Galante y cumplido caballero. Afable y llano en su trato social, sin distinción de grandes y pequeños. Enamorado del ideal, bien que indulgente con las flaquezas humanas.»

¿Es inexacto el concepto? Puede que sí. Pero inexacto y todo, entiendo que daguerrotipa mejor que el sentido popular, y no peor quizá que el asignado por nuestro Diccionario, la simpática, interesante y sublime figura de Don Quijote de la Mancha.

RAMÓN L. DE VICUÑA.

*C. de la Academia de la Historia.*

# ROMANCE HISTÓRICO

---

(*Conclusión.*)

## XVIII

En balde el ligur piloto  
no hubo acariciado un sueño,  
vislumbrando en la Anonciata,  
del sol al rayo postrero,  
como esmeralda que se hunde  
del Apenino en el seno,  
suntuario pensil de frutos  
en mil riquezas espléndido.  
Si la frente de Amaltea  
veis desbordarse á lo lejos,  
también renueva sus nupcias  
Canaam en el virgen suelo:  
son ornamento en sus bosques  
la nutria y castor armenio;  
ritmo celeste en la vega,  
del sinsonte los gorjeos,  
y en el pico de Apalache  
anida el cóndor soberbio;  
hermosas pieles y plumas  
decoran manto realengo,  
que en Aragón el monarca  
luce, y el Papa en Viterbo.  
Del Marañón en la pampa,  
ó en manigua sin acceso  
horda torcaz se embadurna  
el rostro curtido y seco,

con púrpura que envidiara  
el pescador penibético.  
Brilla el cocuyo en el cáliz  
de tulipanes esbeltos  
y entre las lises alumbra  
el perfumado sendero,  
para que huyan los coionos  
del manzanillo el veneno.  
Dulce pepita en la Guaira  
hallan los monjes austeros,  
que, por regalar á Europa,  
traen á la Chartreuse con ellos  
La fértil guanabacoa  
del trapiche con el hierro  
sus cañaverales trueca  
en ambrosía del cielo.  
La sabana de Florida  
no desmiente su abolengo  
y ofrece abrigo en los blancos  
copos del algodónero.  
Deidad de la poma ubérrima  
echó por siempre al Averno  
al monstruo devastador  
del hambre con un tubérculo;  
adornen las albas hojas  
de sacra hortaliza el pecho  
en Westminster de la dama,  
en Saint-Cloud del caballero.  
En la cortesana orgía,  
de Tabago los helechos  
logran inspirar al vate  
y aroma prestan al viento;  
los vapores que desprenden  
damasquino pebetero,  
como la sangre renuevan  
y cual doran los ensueños;  
contemplad de Catalina  
el áulico consejero

sobreexcitado, gallarda  
muestra presentar de genio.  
De Clío escuchar la trompa  
merece el feliz encuentro  
de la santa compañía  
que arrancó á Loxa el enérgico  
antídoto de la fiebre  
que diezmaba los imperios.  
¡Cesa la inopia, por Dios!  
¡Argentíferos veneros  
del Potosí! ¡Áurea fontana  
el río del Sacramento!  
Enriqueced al pelasgo  
como al hijo de Lao-Tseo;  
y si fenece la mina  
de la zapa ante el estruendo,  
no haya que temer: la reina  
que os dió el prodigioso suelo,  
Arcadia de lo futuro,  
os reserva mar adentro:  
si en el Perú hay una Jauja,  
hay otra en Río-Janeiro.

## XIX Y ÚLTIMO.

Piensa bien en tus obras, peregrina  
de Elio, Trajano y Teodosio raza:  
vélos, tus hijos son; aquel obrero  
artista á Dios desde el suplicio canta;  
ó el que la avena rústica de Títiro  
obliga á resonar en lira hispana;  
ó ya quien las espumas bullidoras  
sabe copiar ante el raudal del Niágara;  
y el sabio que la alcaica tiburtina  
trueca en idilio á Flora americana;  
todos saludan á Isabel insigne  
y un obelisco en cada pecho se alza,

ante el fulgor de neoyorkina Electra  
que alumbra el mar cual otra Vía Sacra,  
recordando la empresa que custodia  
el muro incontrastable de Simancas.  
Mas si llega á vosotros una endecha,  
cual suspiro de Caros y de Andradas  
que por separatismo vergonzoso  
ausencias llora de colonia ingrata,  
piadosos perdonad que á los hijuelos  
en el nido no hallando gima el águila.  
Aún de tal subversión conserva el grito  
el arenal desierto de Atacama,  
y el fragor de combate fratricida  
mil cráteres recuerdan en Guamangas.  
¡Oh! de Artigas secuaces y de Itúrbide:  
goce Chilöe su filón de plata,  
mas no olvide que un día la Metrópoli,  
Catón viviendo, á una Catón domara,  
no sea el beduino, de Cartago  
insultando el escombros cuando pasa.,  
Broten aquellas testas de los héroes,  
como el botón de la azucena al alba;  
en su sepulcro al amaranto rieguen  
y á la violeta del patricio lágrimas;  
venid de roble y lauro prevenidos,  
deponedlos en la urna cineraria.  
Y vosotras, naciones, acercaos;  
la sombra de Cisneros se levanta  
y enhiesta hinca la cruz que fué en América  
emblema redentor que llevó España;  
estrechad vuestros lazos fraternales  
y en insoluble haz, firme alianza,  
seguid el curso de la vida breve  
á donde el sol declina: Dios lo manda:  
saliendo del Eúfrates sagrado  
cual negro cisne hasta la azul montaña.  
Y las que fueron ¡ay! ricas colonias  
conviertan á nosotros su mirada

y recuerden que fué para aquel suelo  
tierra de promisión la madre patria.  
«Toda júbilo es hoy» del carpentano  
la villa; para todos pide Mnntua  
desde el sillar tu intercesión divina,  
Virgen de la Almudena Inmaculada.

ENRIQUE PRÚGENT.

1892.



# POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

Cumpliendo el Gobierno sus ofertas de que las Cortes se abrirían cuando hubiese labor preparada para ello, tiene ya marcada su apertura para el 14 de Junio y un programa que ojalá se realice y no sea malogrado por el desacreditado debate político y la no más interesante discusión de la crisis pasada.

Los presupuestos, que encierran proyectos nuevos y al parecer buenos, los aranceles, que pueden modificar la balanza hoy tan desequilibrada del comercio, el saneamiento de la moneda, que puede normalizar la situación financiera interior, la crisis agraria..... Ese parece ser el programa del Gobierno en las Cortes. ¡Quiera Dios que se realice!

\* \* \*

Cosa extraña es que, aun después de anunciada la convocatoria de las Cortes para fecha determinada, ha seguido la oposición al Gobierno por no reunir las, oposición que liberales y demócratas han hecho en la prensa y los republicanos en mitins, en Madrid, Zaragoza, Logroño, Valladolid, etc.

Justo es consignar que el país apenas ha hecho caso de tales protestas, acaso porque ya está harto de palabras siempre iguales y nunca cumplidas, acaso también porque no cree en la eficacia de las Cortes. La explicación de que en un régimen constitucional no se crea en las Cortes es fácil: en España al menos, después de un siglo de Cortes y salvo rarísimas excepciones, no se puede apreciar la labor de éstas, que se ha limitado á asuntos personales. No es que no se quieran las Cortes, es que no se quieren tal como funcionan; es que no se conocen unas Cortes verdad. Quizás con una labor seria reac-

cionaría la opinión y se corregiría el ambiente de descrédito que hoy las rodea. Ésta debe ser la idea que presida al Gobierno y á las oposiciones en la próxima reunión, que si no, acaso fuese la última.

Y no se crea que esto representa creer en *eso* del poder personal que se susurra, ni en trabajos en el ejército, ni en golpes de Estado: representa otra cosa, que luego se aclarará.

\* \* \*

Más alcance han tenido los mitins contra la desgraciada ley de alcoholes, que unidos á las huelgas de Bilbao y Barcelona y á la siempre latente crisis agraria, forman un núcleo de asuntos importantes y de resolución urgente, bajo todos los puntos de vista. Para la tranquilidad interior y para evitar la creciente emigración, que ya alcanza una cifra aterradora.

\* \* \*

De Barcelona han venido dos notas de importancia. Una, la de que el catalanismo vuelve á renacer, con mal aspecto, que el Gobierno debe cortar inmediatamente, ayudándole España entera. Algo se ha hecho con la clausura del «Progreso Autonomista», pero es necesario más y sobre todo pegar más alto. Extirpar la planta, por cualquier medio, por fuerte que sea.

Otra de orden político, ha sido la discusión de la carta del Rey al Cardenal Casañas, con motivo de la apertura de la capilla evangélica. Y aquí hay más fondo de lo que parece. La parte constitucional ha quedado cubierta por el Gobierno, la particular es exclusivamente del Cardenal Casañas, que hizo la publicación de la carta. Pero queda la de relaciones exteriores. Y de ella hay un *se dice*, en el extranjero, digno de atenderse.

*Se dice* que en esa carta el Rey no tiene más participación que la firma y que el objeto de tal misiva era hacer conocer á alguna nación que la casa de España no transigiría nunca con ninguna casa protestante. *Se dice* también que se ha dado

en el blanco y que, apercibido el Rey de Inglaterra—que virtualmente dirige la excursión de Alfonso XIII al extranjero,—contestará oportunamente á la alusión.

Como *se dice*, lo digo, y lo que fuere sonará.

\* \*

Y por la mano viene la cuestión del viaje del Rey que, acaso sin apercibirse de ello, es la mejor obra del Gobierno Villaverde. Á pesar de que había corrientes y deseos de que se empezase por Austria y Alemania, y de que el Emperador de esta última ha hecho lo posible para ello, se ha seguido el deseo del Rey de Inglaterra y se ha empezado por París para seguir por Londres. Esto era lo lógico: mezclarse España en la antigua *entente cordiale*, ya alianza franco-inglesa, que es la que nos conviene por todos estilos. Hasta el orden ha sido oportuno. Un Rey joven debe empezar por París, por la alegría y las ovaciones, por la expansión latina que deslumbra, por el ambiente popular que atrae, y que, ya muy marcado desde el principio, se ha hecho más vivo después de los cobardes y odiosos atentados de que ha sido objeto.

Luego de las expansiones del corazón en París, las reflexiones del cerebro en Londres, la seriedad inglesa, la atmósfera de grandezas; después del soldado francés, el marino inglés. El poder del mundo, en sus dos formas: la idea y la acción, el dinero y la fuerza, el comercio y la industria. Y quizá como final, algo de aquella contestación sobre la carta antes dicha.

Éste ha sido, en esencia, el viaje al extranjero; el Rey ha aprendido mucho en él; España ha podido ver clara su situación y su orientación. ¡Ojalá los directores de la política sepan aprovechar lo mucho que la excursión tiene de aprovechable!

\* \*

Cierran esta crónica interior dos sucesos: uno, la peregrinación al Pilar, á la que se ha querido dar un aspecto político, que no creemos que tenga, y otro la muerte de D. Francisco Silvela, sentida por todos, amigos y enemigos, que le hacen

la justicia de reconocer que, si no acertó en su vida política, fué debido, tanto á una debilidad de carácter ingénita en él, como á un exceso de caballerosidad que le hizo retirarse de aquel camino sin explicar las razones de ello, cuando acaso hubiese podido recoger el fruto de su labor. Además, tuvo la suerte de que, alejado de los altos destinos cuando el desastre, no fué partícipe de él. Era además un verdadero trabajador, un hombre ilustrado, un conservador moderno y un hombre honrado.

¡Descanse en paz!

\* \* \*

Del exterior lo más saliente es la inexplicable y hasta ahora inexplicada derrota de la escuadra rusa, que ha hecho perder las esperanzas de un desquite á los más rusófilos. Sólo con los informes japoneses—evidentemente exagerados—no es posible formarse exacta idea de la importancia de este hecho de armas, desde luego importantísimo. Hay algo de mala estrella, algo de desmoralización, quizá mucho de indisciplina, fomentada por la revolución latente, en las armas rusas. Pero de no sobrevenir una paz inmediata, sigo opinando que aún no está la cuestión resuelta, ni la guerra terminada á favor del Japón.

Y en caso, vendría una paz de mediación, para la que puede influir mucho el hecho ya notado de que en los rozamientos habidos entre Francia y el Japón, con motivo de la estancia en aguas francesas de la escuadra rusa, Inglaterra ha hecho más á menos directamente de suavizador y acaso más, dando así á su nueva aliada la primera prueba de cordialidad.

Decididamente el Emperador de Alemania no tiene suerte en sus proyectos; la balanza europea, que todavía es la del mundo, á pesar del Japón y de los Estados Unidos, se inclina más á la futura unión anglo-latina que á la también futura germano-eslava.

\* \* \*

Se anuncia una evolución del Pontificado, para el día que se realice en Francia la separación definitiva de la Iglesia y el Estado. Sin embargo, no es creible la forma en que se dice que ha de realizarse, pues para nadie ni para nada sería conveniente.

La cuestión austro-húngara en igual estado y difícil de solucionar.

ABDESLÁN-BEN-VRIZ EL ICHUDER.





# BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

---

**Apología del Cristianismo**, por el R. P. ALBERTO MARÍA WEISS, del Orden de Predicadores — *Obra escrita en alemán y traducida por distinguidos literatos.*—Juan Gili, editor.—Cortes, 581, Barcelona.

Véase el *prospecto* de obra tan interesante:

«En todas las épocas de su gloriosísima existencia ha tenido la Iglesia católica entusiastas panegiristas que, cual denodados y animosos campeones en el orden científico, han expuesto y defendido briosamente su doctrina inmaculada y su moral sublime, han trazado con mágicas pinceladas el cuadro deslumbrador de su prodigiosa actividad en pro de la cultura en sus múltiples aspectos, han cantado en mil tonos diferentes sus triunfos envidiables sobre todos los sistemas que envilecían al hombre y lo apartaban del camino de su perfección, y han puesto de relieve los incalculables beneficios que la humanidad debe á sus constantes y magnánimos esfuerzos para asegurar la paz, el orden, la libertad y la justicia, condiciones sin las cuales ni concebirse puede la existencia de la sociedad.

Todas estas admirables apologías se nos ofrecen en el curso de la Historia como jalones luminosos que nos indican la obra civilizadora realizada por la Iglesia en las épocas á que hacen referencia; son, por decirlo así, hijas de su tiempo; cada una ha tenido su bardo predilecto que, con sus cantos inspirados, ha sabido inmortalizar la prodigiosa labor, la persistente y bienhechora acción de la Esposa de Jesucristo en las entrañas del cuerpo social.

¿Podía acaso faltarle á nuestra época, tan trabajada por la in-subordinación de los espíritus y el desbordamiento de las pasiones, un cantor inspirado, un juez competente y justo, que supiera avocar á sí el litigio, ese pleito formidable y perenne entablado entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre el sacrificio y la ambición, y dictar la sentencia definitiva que llevara el sosiego á los espíritus, la tranquilidad á las conciencias, y volviera por los fueros de la verdad y la justicia, hollados en nuestros días en nombre de un mentido progreso y de una barbarie con visos de opulenta y brillante civilización? En manera alguna.

Ese atleta formidable de la verdad cristiana, de la moral cristiana y de la vida y costumbres cristianas, es el R. P. Alberto María de Weiss, de la ínclita Orden de Santo Domingo. Su incomparable *Apología del Cristianismo desde el punto de vista de las costumbres y de la civilización* se distingue de todas las demás por la novedad del punto de vista en que se coloca, por la asombrosa erudición que manifiesta, por la adaptación de la obra á las necesidades de la época presente y por la originalidad con que trata las materias que comprende. Lo que más llama la atención es el portentoso caudal de ciencia que aparece en las áureas páginas de tan augusto libro, así como la admirable facilidad con que domina todos los conocimientos humanos—la Historia, la Poesía, el Arte, las Ciencias Naturales, las Sociológicas, el Derecho, la Filosofía, la Legislación, etc., etc.,—poniéndolos al alcance de todas las inteligencias por medio de habilísimas citas de los más grandes pensadores de la humanidad, lo que da á su obra las excelencias de un panorama universal, atractivo y deslumbrador como pocos.

Para llevar á cabo su empresa, ha tenido que poner á contribución, según él mismo afirma, «las religiones, las costumbres religiosas, la mitología, la teología, la historia de los tiempos fabulosos, los proverbios, la filosofía, la literatura, las artes, la ciencia de gobierno, la política social, la vida de los pueblos y la de la familia, la educación, los principios de formación y de instrucción, y, naturalmente, ante todo, la vida moral privada, bajo todos sus aspectos, la historia del pecado y la de la santidad.» Pero al propio tiempo, «ha sabido escoger y ha sabido contenerse»; y de aquí que su obra no fatigue, no canse nunca, antes por el contrario—y debido á la exquisita sobriedad con que se aprovecha de los materiales, á las pintorescas comparaciones con que engalana la exposición, á la ingeniosa y ática sal que campea en toda ella, á los atractivos inimitables de su fácil y flúido estilo, á la ternura de su corazón, enamorado del bien, de la verdad y de la belleza, y, sobre todo, á su completo dominio de la materia,—se lee al P. Weiss con tal especial complacencia, que desde las primeras páginas hasta el fin de la obra se siente uno profundamente asombrado y sugestionado por la gracia inimitable, la erudición portentosa y la incomparable rectitud, de que hace en ella verdaderos derroches el insigne dominico.

El P. Weiss ha sido calificado por críticos y biógrafos de *teólogo* profundo, de *filósofo*, *historiador* y *jurista* distinguidísimo, de humilde *asceta*, de *polemista* formidable, de *poliglota* consumado, de insigne *literato* y *estilista* inimitable, de inspirado *poeta* y *observador* concienzudo. de *orador* elocuentísimo, y, sobre todo, de varón justo, piadoso y prudente, que ha sabido conquistarse aun el respeto y la admiración de sus más encarnizados enemigos. Y ciertamente todas estas condiciones eran necesarias para llevar á feliz término tan colosal empresa.

En efecto, abarca ésta al «Hombre completo», considerado en su naturaleza íntima y en sus destinos (I.<sup>a</sup> parte); al hombre en

su desenvolvimiento fuera del Cristianismo, «Humanidad y humanismo» (2.<sup>a</sup> parte); al hombre bajo la influencia del Cristianismo, «Naturaleza y sobrenaturaleza» (3.<sup>a</sup> parte); al hombre como parte del todo social, «Cuestión social, orden social é instituciones sociales» (4.<sup>a</sup> parte), y finalmente, al hombre aspirando á la perfección cristiana, «La perfección» (5.<sup>a</sup> parte). El índice completo de la obra va en el 2.<sup>o</sup> tomo de la primera parte.

Nada más vasto, grandioso y completo que este plan. En su desarrollo aparece el Catolicismo como la única doctrina con eficacia suficiente para dignificar al hombre, la única que contiene la solución de todos los problemas que le atañen, la única que dulcifica todas las asperezas de la vida y encamina á la humanidad á la consecución de su inmortal destino. No son, pues, de extrañar la inmensa popularidad y el prestigio que tan excelente obra se ha conquistado en todo el mundo, ya que interesa por igual al seglar como al sacerdote, al patrono como al obrero; al rico como al pobre; en una palabra, á todos los hombres, pues todos tienen mucho que aprender en sus hermosas páginas.

He aquí la razón que ha movido al editor á publicar en castellano la obra de Weiss. Nadie podrá dudar de su importancia y oportunidad en las actuales circunstancias.

*Condiciones de la publicación:* La obra consta de cinco partes de dos tomos cada una, ó sea 10 voluminosos tomos en 4.<sup>o</sup> La edición castellana se publicará con toda regularidad, esmeradamente impresa, en tipos claros y nuevos, en excelente papel y con todo el esmero que esta casa pone en sus producciones.

Para responder á la importancia de la obra se ha hecho una encuadernación especial en tela inglesa, con hermosa plancha alegórica tirada en oro y colores, con el lomo en piel achagrinada y cortes rojos pulidos.

Acaba de salir á luz la primera parte.

*Condiciones de venta:* La obra se publica por partes. Cada parte, compuesta de dos voluminosos tomos en 4.<sup>o</sup>, vale 12 pesetas en rústica y 16 lujosamente encuadernada. El precio total de la obra será de 60 pesetas en rústica y 80 encuadernada. Las partes, á medida que se vayan publicando, se remitirán francas de porte y certificadas á nuestros suscriptores.

*Pago anticipado.*—A los que se suscriban á la obra y anticipen el importe total de la misma se les libraré el recibo correspondiente y se les hará una importante rebaja, esto es, les costará la obra completa 50 pesetas en rústica y 70 encuadernada, cantidad que deberán remitir al editor para obtener la ventaja que ofrece y que no dudamos agradecerán nuestros favorecedores, pues sólo para corresponder á sus atenciones y en gracia de la difusión de obra tan importante se ofrece este beneficio.»

E.



**Religions et Sociétés.** *Lecciones explicadas en la Escuela de Estudios Superiores Sociales, por TEODORO REINACH, A. PUCH, R. ALLIER, A. LEROY-BEAULIEU, BARÓN CARRA DE VAUX É HIPÓLITO DREYFUS.*—*París, Félix Alcan, editor, 1905.*—*En 4.º, XII-286 páginas, encuadernado á la inglesa, 6 francos.*

En esta interesante obra se estudian, aparte de otros asuntos, el cristianismo primitivo y la cuestión social; el cristianismo y la democracia y el cristianismo y el socialismo; el islamismo frente á la civilización moderna.

\* \* \*

**Le moralisme de Kant et l'amoralisme contemporain,** *por A. FOUILLÉE, del Instituto.*—*París, Félix Alcan, 1905.*—*En 4.º, XXIII 375 páginas, 7.50 francos.*

De algunos años á esta parte está la moral en tela de juicio, ya sea como *real*, ya sea como *útil y necesaria*. Entre las teorías que luchan, las más importantes se reducen á los dos campos enemigos del moralismo y del amoralismo.

En la primera parte de su obra, el autor prueba que Kant no hizo una verdadera crítica de la razón práctica, y traza después el esbozo de una crítica verdadera y completa de la noción del deber imperativo y categórico. En la segunda parte trata del amoralismo bajo sus dos formas esenciales: doctrina del placer y doctrina de la fuerza. Después de demostrar que es imposible atenerse á los dos términos de la antinomia actual, establece las bases de una síntesis científica y filosófica.

\* \* \*

**La psychologie des romanciers russes du XIX siècle,** *por OSSIP-LOURIE.*—*París, Félix Alcan, editor, 1905.*—*En 4.º, XVI-438 páginas, 7,50 francos.*

Cada uno de los grandes novelistas rusos procede de un medio social diferente y nos da á conocer en su obra el espíritu, ideas, costumbres y aspiraciones de personajes y de grupos diferentes. La novela rusa, en su conjunto, se compone de fuerzas que dimanán de todas las clases que constituyen la sociedad rusa. La novela rusa es el cuadro fiel de la Rusia del siglo XIX.

El autor estudia á cada novelista ruso bajo los distintos aspectos de su personalidad y de su talento literario; establece el estado psicológico, psíquico é intelectual del escritor por los rasgos característicos de su vida; diseca, analiza y define su obra, fundándose en el contenido de la misma.

\* \* \*

**Les idées socialistes en France de 1815 a 1848, por G. ISAMBERT.**  
—Paris, Félix Alcan, editor, 1905.—En 4.º, 426 páginas, 7,50 francos.

El autor, después de hacer un análisis general del *socialismo* (que tiende á establecer un reparto equitativo de los bienes materiales entre los individuos de la sociedad), expone las causas históricas de la formación de este movimiento social en Francia. Luego estudia la vida y las doctrinas filosóficas, políticas y económicas de Saint-Simon, Fourier, Sismondi, Enfantin y Bazard, Víctor Considérant, P. Leroux, Bouchez, Luis Blanc, Vidal, Pécqueux, Proudhon, etc.

El autor considera que las doctrinas de estos pensadores son merecedoras de examen no sólo desde el punto de vista histórico, por haber servido de base á las doctrinas socialistas que posteriormente han aparecido, sino también por el favorable influjo que pueden ejercer en el desarrollo del espíritu de asociación.

\*  
\* \*

**La vraie religion selon Pascal, por SULLY PRUDHOMME, de la Academia Francesa.**—Paris, Félix Alcan, editor, 1905.—En 4.º, x-444 páginas, 7,50 francos.

Tiene este libro por objeto sistematizar los pensamientos apresuradamente anotados por Pascal con el objeto de hacer ver que éste pensaba la verdad de la religión católica. Es un estudio á la vez doctrinal, filosófico y psicológico.

El autor une al cuerpo de su notable producción un comentario analítico del discurso sobre las pasiones del amor.

\*  
\* \*

**Les mensonges du caractère, por F. PAULHAN.**—Paris, Félix Alcan, editor, 1905.—En 4.º, 276 páginas, 5 francos.

La necesidad de vivir en un medio muy complejo y siempre más ó menos hostil, obliga al hombre á disimular su verdadero carácter y á afectar otro distinto del suyo. A menudo, una cualidad cualquiera determina al que la posee á fingir una cualidad opuesta, en ocasiones hasta sin darse cuenta de ello. El autor estudia los disimulos más principales y corrientes; estudia primero los disimulos generales, los de la impasibilidad; luego algunos hechos particulares; la franqueza simulando la falsedad y recíprocamente; los disimulos del orgullo y de la modestia, del valor y de la cobardía etc. Estas mentiras no son nunca absolutas y siempre corresponden á la realidad hasta cierto punto. El autor esta-

blece que el disimulo es un hecho universal y necesario, examina su mecanismo general y procura determinar su sentido y alcance.

\* \* \*

**La morale des religions**, por J. L. DE LANESSAU.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1905.—En 4.º, 568 páginas, 10 francos.*

Muchas personas creen aún que la moralidad de los individuos y de los pueblos depende directamente de las ciencias religiosas. Se afirma también por muchos que sin las religiones la humanidad estaría siempre sumida en profunda inmoralidad, y añaden que, á no ser por aquéllas, se caería de nuevo y súbitamente en la barbarie.

El autor examina en su libro las precedentes opiniones, y á este propósito estudia las morales de las principales religiones y los efectos que han producido en los diversos pueblos. La moral del judaísmo, la del vedismo, del brahmanismo y del budhismo, las de los poemas religiosos y filosofías de los arios antiguos, y, por último, y más especialmente, las del cristianismo é islamismo.

El Sr. Lanessau en su última producción procede como naturalista que observa, comprueba y deduce conclusiones sin apasionamientos ni prejuicios.

\* \* \*

**Henri Heine penseur**, por ENRIQUE LICHTENBERGER, profesor de Literatura en la Universidad de Nancy.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1905.—En 4.º, 250 páginas, 3,75 francos.*

Heine, á la vez que poeta apasionado de la belleza, fácil para las emociones religiosas, lleno de patriótico amor por las tradiciones nacionales y populares, y al propio tiempo tribuno revolucionario, enemigo jurado de los sacerdotes y de los nobles, admirador de Francia y cosmopolita entusiasta, oscila perpetuamente entre las dos grandes concepciones de la vida que dominan en el siglo XIX, el racionalismo y el romanticismo, sin que logre nunca conciliarlas de un modo duradero. Apenas consigue mediante el saintsimonismo el equilibrio interior, cae de nuevo en el pesimismo escéptico. Todavía hoy le es hostil la opinión alemana. Están en contra de él los defensores del orden de cosas establecido, los campeones de la Alemania imperialista, los espíritus en quienes domina el respeto á la tradición en política, en religión y en moral, los amigos del orden que combaten la disolución de la sociedad contemporánea. En cambio, es simpático á los inquietos, á los innovadores, á los que no se aficionan á nuestra presente civilización y prevén ó desean trastornos profundos

Pero sea cual fuere el veredicto definitivo que la historia dicte acerca de Heine, le quedará siempre el mérito de haber sabido pintar de manera admirable los estados de alma frecuentes en su época, y que después del medio siglo transcurrido, aún se han generalizado más. De aquí que todavía hoy podamos comprenderlo y gustarle como un contemporáneo nuestro.

\* \* \*

**Psychologie de deux Messies positivistes, «Saint-Simon y Augusto Comte»** por JORGE DUMAS, profesor de la Sorbona.—Paris, Félix Alcan, editor, 1905.—En 4.<sup>o</sup>, 316 páginas, 5 francos.

En este libro expone el autor, con multitud de detalles, la psicología de Saint-Simon y A. Comte, que intentaron ser fundadores de religiones, y aun lo fueron para sus discípulos. Ambos filósofos, persuadidos de que la sociedad no podría subsistir sin un poder espiritual, distinto del poder político, trataron de que un clero de sabios y una aristocracia industrial sustituyese á la Iglesia católica y á la aristocracia feudal.

Se hace también un detenido estudio del estado mental de los dos; el de Comte, en particular, con su locura caracterizada en 1826, sus crisis nerviosas y su amor místico por Clotilde de Vaux.

J. O. R.

\* \* \*

**Les preludes, poesías de PAUL-HYACINTHE LOYSON.**—Paris, 1905.

De tierras francesas llegan canciones sanas de un poeta robusto. Leyendo sus ensueños, florecidos en el trascurso de los años, veo constituirse al autor, ó, por lo menos, á un hombre cuyas cualidades morales y físicas se hallan de acuerdo con las palabras rimadas del libro *Preludios*, y como la lectura del libro sugiere un ser de aspecto varonil (voluntad fuerte y pulmón recio, capaz para cantar en las cumbres), quiero que sus canciones hallen eco en las montañas de acá, y que junto con el eco vayan mis alabanzas, satisfecho de ser yo quien alabe, pues, como soy joven, me complazco en protestar del juicio sistemático que de boca en boca circula en el decir de que los jóvenes actuales—todos los jóvenes actuales—son pusilánimes, escépticos, estériles y viejos precoces sin amor á lo fuerte.

Quiero ensalzar á este autor noble y animoso que pronuncia la palabra «parvenir» con vibración de entusiasmo, y que dice: «No es el optimismo esa vana presunción que promete contra toda evidencia; es una razón para vivir y esperar, frente á frente de las adversidades.» Y he de subrayar esta cita, porque en la pa-

tria del Quijote no puede hablarse de algo venidero con ilusión y esperanza en los ojos sin que apunten sonrisas escépticas é irónicas en los labios de hombres corridos, repletos de experiencia.

Yo—aun á riesgo de crearme fama de cándido para mí, y otra de utópico para el autor que ensalzo—seguiré diciendo que Pablo-Jacinto Loyson prepara el camino de la humanidad nueva con paciente optimismo. Inteligente y confiado, va esparciendo con su más noble gesto la semilla del pan futuro; después observa las mudanzas del tiempo, contemplando las nubes, y da al aire una copla. Canciones que tienen son diverso, variando según el sol y el agua hagan ó no fructificar sus campos. De esta suerte, cuando el año termina, tiene dos cosechas: trigo y canciones: músicas y pan.

Ahora le ha tocado el turno á las melodías y nos ofrece sus preludios:

Le vieux semeur depuis l'aurore marche et sème.  
Le sillon qu'il arpente est d'immense longueur;  
Le grain qu'il jette au large il l'a pris dans son coeur  
Et la moisson qu'il rêve et le moisson suprême.

Como este sembrador no siembra con el trigo de todos, tampoco sus canciones son las oídas de siempre. Su estado de alma se armoniza siguiendo las pautas de los grandes maestros, y por eso *Los preludios* tienen facturas varias. Sigamos los acordes, veréis vosotros que os llamáis amantes de la vida y habláis mal del crepúsculo, cómo de una cadencia lánguida surge un *allegro*, cómo después del *largo* puede venir el *andantino*. Y esto se consigue fácilmente: basta con tener alma de amante que sepa tornar en dulcedumbres lo que para los pobres de espíritu son amarguras. Así, con «Les jours qui passent ..», con todas las emociones que huyeron. La nostalgia de lo que fué despierta en nosotros como una coloración indecisa de algo lejano y perdido; triste cosa para muchos; suavemente triste para otros; aquellos que encuentran el encanto del arte en los segundos términos y en las borrosidades del color lejano; encantadoramente dulce para todos los que hallan una razón de vivir en sus tristezas. Tal este poeta. Conoce bien el dolor de las emociones pasadas, y sabe que un alma artista puede gozar efectos de arte puro y paz plena transformando ese dolor en poesía. Por ello le parece una razón suficiente para santificar lo actual está de saber que los dolores ó el contento de hoy han de arrullarle mañana, cuando todo esté huído y pongan en su alma los óleos nostálgicos.

¡Aprendedlo, amantes de la vida! Para gozar, alegrías; tristezas, para gozar. Vibre el alma nuestra al unísono de alma que *tiene letra para todas las músicas*.

Miradle: hoy surge en él una *Evocación* y piensa en el arte antiguo, mañana dedica una flor «á las que nunca ha visto», mañana también se regocija con el cuadro humilde y pintoresco de las

*Bretonnes* y con la desnudez triunfante de «une fille des Montagnes Sabines», modelo de escultor que desafía con los pechos provocadores la energía moza de quienes le contemplan, desnudez que él dedica, con honradez impúdica, al mozo viril de la misma casta que ha de verter en sus entrañas la semilla fecunda.

Y para cuando todo concluya y se inicie el período fatal de la decadencia, subir «Sur la Montagne», y en la cumbre, á solas con la Naturaleza, tenderse en el terruño, aspirar á pulmón pleno los aromas en flor y morir contemplando el infinito azul con los brazos abiertos.

MANUEL ABRIL.



# INDICE DEL TOMO CXXX

## MES DE ENERO DE 1905

	<u>Páginas.</u>
La vida campesina en Rusia, por <b>Jorge Adams</b> .....	5
Doctrinas sociológicas acerca del principio del fenómeno social, por <b>Luis del Valle Pascual</b> ... ..	17
Nota sobre la conservación del tipo heleno en algunos pueblos de España, por el <b>Dr. Emilio Ribera</b> .. .	35
Meditaciones sobre el desastre, por <b>Don Ramiro</b> . ..	39
Estancias reales, por <b>J. L. Estelrich</b> .....	61
El señor vicario, por <b>Pedro Gascón de Gotor</b> .....	65
La Nochebuena, por <b>Carlos Cambronero</b> ....	81
Los contemporáneos: Francisco Acebal, por <b>Andrés González-Blanco</b> . . . . .	87
El ladrón urbano, considerado en general, y en particular el ratero, por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	101
¡¡Muerta!!, por <b>Vicente R. Rojo</b> .. ..	107
Crónica de arte, por <b>Anselmo Gascón de Gotor</b> ....	113
Política interior y exterior, por <b>L. Mariscal</b> .....	117
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>Manuel Abril</b> y por <b>P. B.</b> .....	121

## MES DE FEBRERO

El fundador del Ateneo de Madrid, por <b>José Díez de Tejada y Urbina</b> .....	129
Los contemporáneos: Ramón Pérez de Ayala, por <b>Andrés González-Blanco</b> .....	143
Cuentos cortos, <b>Carlos Cambronero</b> .....	169
Cadalso de los Vidrios, por <b>José Palanco y Romero</b> .....	179
Sonetos, por <b>Rafael de Balbín y V. de Unquera</b> ..	189
Meditaciones sobre el desastre (continuación), por <b>Don Ramiro</b> ....	197

El ladrón urbano, considerado en general, y en particular el ratero (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	213
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por <b>D. A. de Segovia y Corrales</b> .....	221
Soneto, por <b>Juan Palou Coll</b> .....	239
Revista de revistas, por <b>Y. Z</b> .....	241
Política interior y exterior, por <b>Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf</b> .....	249
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> .....	253

### MES DE MARZO

Las antiguas repúblicas rusas, por <b>Jorge Adams</b> .....	257
Reformas de nuestra Hacienda, por <b>Enrique Sánchez Pastor</b> .....	273
Pío Baroja, por <b>Miguel A. Ródenas</b> ..	291
Causas y efectos de las huelgas, por <b>José María García Boiza</b> .....	301
Romance histórico (continuación), por <b>Enrique Prúgent</b> .....	335
La mendicidad en Madrid, por <b>Gabriel M. Vergara</b> .	345
Necesidad de una Asociación antituberculosa ebusitana, por <b>Enrique Fajarnés y Tur</b> .....	349
La canción del huracán, por <b>Narciso Alonso Cortés</b> .	355
Política interior y exterior, por <b>Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf</b> .....	357
Excelencias de la sal, por <b>Juan Palou y Coll</b> .....	363
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>Miguel A. Ródenas</b> , por <b>Manuel Abril</b> , por <b>Francisco Alvarez Ossorio</b> , por <b>M. A. R.</b> y por <b>E...</b>	365

### MES DE ABRIL

Política general que á España conviene seguir para su engrandecimiento.—Aplicación de la política de los Reyes Católicos á la época actual, por <b>Luis Manuel de Ferrer</b> .....	385
El gran monumento de Alemania en el Rhin descrito por Fr. H. de Bouffier, de Wiesbaden, por <b>P. Martínez</b> .....	409
Fruslerías sobre danzantes, toreros, cantarines, comediantes y comedias, por <b>J. J. M.</b> .....	421

Meditaciones sobre el desastre (continuación), por <b>Don Ramiro</b> ...	433
Pablo Verlaine y los poetas <i>simbolistas</i> y decadentes, por <b>Julio Lemaitre</b> .....	451
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por <b>D. A. de Segovia y Corrales</b> .....	481
Excmo. Sr. Adolfo de Menzel, insigne pintor alemán, por <b>Juan Fastenrath</b> .....	497
Boletín bibliográfico, por <b>M. R.</b> , por <b>Manuel Abril</b> , por <b>Miguel A. Ródenas</b> y por <b>E.</b> .....	503

### MES DE MAYO

Observaciones sobre la lengua sueca, por <b>Antonio Balbín de Unquera</b> .....	513
Los cosacos, por <b>Jorge Adams</b> .....	527
Jirones y retales históricos sobre amoríos y connubios linajudos un tanto heterodoxos, por <b>J. J. M.</b> .....	539
Blanca, por <b>Carolina García Vera</b> .....	545
Un libro nuevo americano, por el <b>Dr. Emilio Rivera</b> .	551
Romance histórico (continuación), por <b>Enrique Prügent</b> ...	555
Estudio sucinto de las aves en general y particularmente de las de España (continuación), por <b>D. A. de Segovia y Corrales</b> .....	563
Los orígenes del Imperio Romano, por <b>Edmundo González-Blanco</b> .....	577
El vestido de baile, por <b>Carlos Cambronero</b> .....	597
El ladrón urbano, considerado en general, y en particular el ratero (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	601
Triste amor, por <b>Miguel A. Ródenas</b> .....	625
Política interior y exterior, por <b>Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf</b> .....	629
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>M. R.</b> y por <b>M. A. R.</b> ...	633

### MES DE JUNIO

El <i>argot</i> francés, por <b>Antonio Balbín y Villaverde</b> .	641
La agricultura y <i>El Quijote</i> , por <b>Jaime F. Castañeda</b> .	653
Algunas contestaciones para el <i>Averiguador papular</i> de <i>El Liberal</i> , por <b>El Curioso Barcelonés</b> .....	657

El catedrático alemán Armando Hüffer y el poeta Godofredo Kinkel, por <b>Juan Fastenrath</b> .....	685
Cuentos cortos, por <b>Carlos Cambrenero</b> .....	691
Algo sobre impresionismo en el arte de la pintura moderna, por <b>Ubaldo Fuentes</b> .....	701
Cosas de la vida, por <b>Manuel Abril</b> .....	709
Canto alemán, por <b>P. Martínez</b> .....	715
El ladrón urbano, considerado en general, y en particular el ratero (continuación), por <b>Manuel Gil Maestre</b> .....	719
Es un Quijote, por <b>Ramón L. de Vicuña</b> .....	743
Romance histórico (conclusión), por <b>Enrique Prügent</b> .....	747
Política interior y exterior, por <b>Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf.</b> .....	753
Boletín bibliográfico, por <b>E.</b> , por <b>J. O. R</b> y por <b>Manuel Abril</b> .....	759